

Historia del señor Cody

Benito Yrady



COLECCIÓN CONTINENTES

Historia del señor Cody

Benito Yrady

Historia del señor Cody



1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2024

Historia del señor Cody

© Benito Yrady

DIAGRAMACIÓN:

Odalis C. Vargas B.

DISEÑO DE PORTADA:

Greisy Letelier

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2024

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22,
urbanización El Silencio, municipio Libertador,
Apartado Postal 1010, Caracas, Venezuela

Teléfono: (+0058 212) 482.8989

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL N.º DC2024000985

ISBN 978-980-01-2447-5

Lejos de Dublín

Me llamo Óscar Lynch, como mi abuelo paterno, y tengo un día del santoral católico cada tres de febrero. Estoy representado en esta Iglesia, y en la ortodoxa, luterana y anglicana, por el patrono de Escandinavia y arzobispo de Hamburgo, Ascario de Amiens. Ordo Sancti Benedicti. Hablo el latín y el nórdico antiguo, spanish, english, alemánico, gaélico y otras lenguas de vikingos noruegos. Nací después de la celebración de la Virgen de la Luz, la Candelaria, que anunció la llegada de James Joyce a este mundo. Fue el mismo año en que los Invencibles Nacionales asesinan al secretario jefe de la Comisión de Estado para Irlanda, *lord* Frederick Cavendish, y a su asistente, Thomas Henry Burke, los agentes británicos que caminaban en el Phoenix Park tras despedir a sus vasallos del Castillo de Dublín. El cielo disminuyó su color. Se cerraron sus ojos. No se escuchaba entonces el murmullo del mar.

Había aires de guerra, como siempre, la guerra que suele suceder en Irlanda con toda la especie humana involucrada. Guerra del mundo sin fin, guerra de guerras, entre un lado y

otro de las religiones. Una nube empezó a cubrir el sol, lentamente, oscureciendo la bahía con un verde más intenso, señaló tiempo más tarde mi héroe de las letras, de quien conocí las primeras historias de *Dubliners* antes de que las páginas del libro fueran a la hoguera. Encontré en la casa de huéspedes las angustias de la señora Mooney, intentando casar a su hija con uno de los inquilinos con quien mantuvo relaciones sexuales. Yo refrendaría que el amor es un maldito fastidio, especialmente cuando se une a la lujuria.

También como el gran Joyce, nací durante el mando de la reina Victoria de Inglaterra, por donde está el río Liffey. Fue en mi propio hogar, en un punto lejano y de ficción de Dublín, donde aún se vive libremente. No me declaro ateo, porque miro más allá de la muerte y recibí el bautismo, pero no estoy libre de pecado. Me siento orgullosamente irlandés, y siempre quise escribir una novela para mostrar la grandeza de mis sueños. Nunca tuve la oportunidad de hacerlo en los mejores tiempos. No me atreví. Tampoco me formé en el campo de las letras, ni en el de las artes, ni en el doctrinal. Me dedicaría al estudio de las rocas y a seguir sin descanso la pista del petróleo. Me arropó en Dublín el Trinity College, y en Londres, Oxford, la más antigua universidad del Reino Unido.

Me dediqué a las ciencias y a otras cosas no conocidas en mi juventud. Me dediqué al entusiasta oficio de geólogo que me aleja cada día más de mi propia ciudad. *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*. Allí en Irlanda conocí el *Libro de Kells*, escrito por los monjes celtas en latín, y amaría su linda tinta roja, y sus alas de ángeles, y las miniaturas de la Virgen, y al hijo de Dios. Se me ha ido la vida alimentando la sed de petróleo en el planeta, sabiendo que terminaba la era del carbón. La Gran Bretaña aseguró los mercados de Indonesia y del Lejano Oriente, Persia, Irak, y por supuesto, América del Sur, donde ahora me detengo. He sido un simple funcionario de ese imperio.

La historia de los pueblos vikingos me apasiona. Ellos movieron flotas de navíos a las aguas más profundas de Dublín tras la llegada de Turgesius, como lo refieren los *Anales de Úlster*. Esos manuscritos también los encontré en el Trinity College. Los vikingos, siempre los vikingos en aquellas largas naves con cabezas de dragón y de serpientes, una sola vela cuadrada de lona y cuero con su máximo poder en la maniobrabilidad con los remos.

Siempre los vikingos, endiabladamente ingeniosos. Igual que en el río Liffey, los vikingos navegaron también por el Guadalquivir. Llegaban al-Ándalus y a sus pequeños reinos. Recorrían el Tajo, el Sena, el Don, el Rhein, el Volga, las aguas pantanosas del Moscova, y sus cinco mares. Ponen plazo a la península ibérica y se enfrentan además a franceses, a ingleses y a los ejércitos del principado ruso. Así los descifré, como si viviese con ellos de condado en condado, y como si entendiera las lenguas extrañas de cada grupo tribal.

Viajaban del Atlántico Norte al Atlántico Sur, y aquí en América sembraron viviendas, aserraderos y almacenes en el año mil mientras seguían explorando un mar oloroso a flechas de guerra, a cerbatanas de vieja estirpe, a lanzas encendidas. En todas partes ondeaban sus banderas. Solo el mar. El mar y los vikingos. Los imagino entre el Orinoco y las aguas tormentosas del Caribe.

Entonces, riéndome como un loco, la fantasía se apodera de mí.

Descubro a los vikingos con sus cascos erguidos y con las olas siempre hacia adelante cuando rompían a navegar. Un día encuentran el país del petróleo y traen su acento islandés, y marcan jeroglíficos sobre rocas ya desaparecidas. Una aldea oculta en el trazado de la selva. Gema perfecta.

Creo que digo bien, y los observo bajo el centelleo indetenible del invierno. Los saludo con palabras que salen de mi boca

en ciertas tardes de lluvia, y en ciertas noches de celebradas aventuras. En las mañanas de sol calafatean sus naves junto a un lago de brea, y cortan leña, y acarrean piedras para el lastre, y ponen las plantas de los pies sobre el nombre secreto de Guanoco, sin imaginar la aparición de Asphalt Company of América, ni conocer, ni de cerca ni de lejos, al aventajado Cyrenius Fitzgerald, hijo de la sangre gitana de Ángela Reyna, y de Charles Fitzgerald, irlandés como yo.

Los vikingos no supieron de otros buscadores de riquezas, ni de Turnbull, ni de Phillips, ni de Horacio Hamilton, el ciudadano alegre de Estados Unidos que arrendó el lago inmenso de Guanoco en terrenos baldíos del país del petróleo. Miles de hectáreas. Pagaría pocos centavos por cada novecientos noventa y nueve y medio kilogramos de asfalto. Igual pasó con el precio fijado a la madera de ebanistería, y a las plantas medicinales, y a las resinas tintóreas, y a las simientes aromáticas, y a más y más productos, abundantes también en toneladas. Además de todo aquello, y de las semillas de los bosques, ríos y caños, buena parte del cielo serían suyos por decreto. Sin dar ningún aviso, el famoso Horacio Hamilton traspasó de prisa su negocio a una poderosísima sociedad de New York.

¿Quién lo podrá dudar?

Aquí llegué a conocer los tesoros más grandes del mundo. Veo mil rostros de hombres barbudos, y con sus cabezas descubiertas, recorriendo la Orinoquia inspiradora. Erick el Rojo, quien llegó a Groenlandia quince años antes de su muerte, no forma parte de esta historia, ni tampoco su hijo Leif, que en el mil uno anduvo cerca, pero se fue a vivir a otros lugares de islas desconocidas, y nada tiene que ver con los vikingos míos muy a pesar de su fama de gran navegante en barcos de alta proa y sin quilla. Entre el río Orinoco y las selvas vírgenes, que jamás se habían visto, descubro el enjambre gigantesco de sus naves flotando ligeras sobre las tormentas.

Así los describo, y vuelvo a los recuerdos de Dublín. Canto a los guerreros que entraron al río Liffey. Blanco seno del oscuro mar. Anclas y cascos de barcos bogando hacia el este. Son enlazadas frases de James Joyce que tomo de las páginas de su libro más famoso. Grabo de la narración inalterada de Stephen Dedalus, profesor y autor. Corazón destrozado. Irlanda sobria es Irlanda libre. Los vikingos llegarían en el noveno siglo con un viento muy fuerte para hacer sus campamentos en Dublín, la ciudad de la que no me cansaré de hablar, y que ahora tiene un escudo de tres castillos de plata, dos guardianes de las leyes con ramas de olivo y un lema centenario que nunca se cumple.

«La obediencia de los ciudadanos produce una ciudad feliz».

Soy dublinés, y además de los vikingos sueño con las fiestas de San Patricio y con su bastón que espantó a las serpientes para siempre. Padre, Hijo y Espíritu Santo. Me adueño de la savia de los tréboles enfermos, rojos, crudos, sangrantes. No verdes. Me detengo frente al edificio de la aduana para admirar su cúpula de bronce, y me atravieso de un lado a otro, y echo una ojeada, y le grito a los grandes carromatos, y hago ruido entre los puentes sobre el río Liffey hasta llegar a la calle Talbot. Celebro el mar profundo de esta isla de caracoles muy antiguos, de nutrias, delfines, focas, y grandes tiburones. Celebro una ciudad que no se parece a ninguna otra ciudad, y que es mi ciudad, la ciudad a la cual no regreso desde hace muchos años, y por la que suspiro amorosamente. La incomparable Dublín.

¿Se dan cuenta?

Llega a mi piel un día largo de San Juan, Saint John the Baptist, y me pierdo en el amurallado Phoenix Park donde salían a cazar los reyes de Irlanda. Logro ver las ardillas que trepan por los árboles y las manadas de ciervos en busca de agua clara. No olvido el breve espacio de Jerusalén en

el barrio de emigrantes judíos donde debió caminar alguna vez el atrevido Leopold Bloom con sus uñas bien recortadas. Come y se ríe entre las aventuras que inventó el gran Joyce sobre aquel jueves dieciséis de junio.

¡Oh, maravilla!

¡*Ulysses*!

La novela más perseguida de todas las épocas.

Gran éxito de risa. Mundo sin término. El alma es en cierta forma todo lo que es el alma en la forma de las formas.

Adoro el tiempo inolvidable de la Navidad, las vidrieras de lindísimos arreglos, los entrañables platos que las multitudes degustan con placer. Aplaudo la danza y la música de mis antepasados, la gran pandereta, la gaita con su fuelle entre polka y mazurca, las flautas metálicas de seis agujeros, el violín de tono agudo, el arpa con cuerdas de tripa que trajo en el siglo XI el gran rey Brian Boru para distraer a sus cuatro mujeres. Un día pude contemplarla en un lugar blindado, junto al antiguo *Libro de Kells* en el Trinity College donde me educué. Estaba de rodillas y sin pronunciar palabra, cuando Leopold Bloom me dijo:

—En algún lado hay fuego. Corre. Rápido. Mejor cruzar aquí.

¿Para qué habré corrido?

—¿Qué le sucede? —fue lo único que Leopold Bloom intentó preguntarme.

Descubrí el vertedero de la noche, y que el famoso Bloom tiene una esposa infiel que toca con la punta de las uñas, y es hijo único también con un triste final en el número 7 de Eccles Street, allá en Dublín, donde hizo todo lo que podía hacer empapado de mar, caído, a la deriva.

Sencillamente, James Joyce lo quiso así.

Un hombre pelirrojo, y de barba espesa, tan similar físicamente a mí, escucha con gran atención este relato. Pertenece

al más poderoso imperio del mundo. Al vernos juntos nos confunden, porque resultamos asombrosamente parecidos, y no lo podemos ocultar. Es el señor Cody, quien adora a Texas, dentro y fuera de Norteamérica. Además del lugar donde nacimos nos diferencia el uso de espejuelos, el color de las pupilas, el tono de la voz. Él tiene como yo una nariz larga, unas cejas arqueadas, unos labios delgados, pecas en el cuerpo, abundante cabellera, y además alcanzamos una estatura similar. Él es zurdo y yo ambidiestro. Sus ojos abiertos son celestes, y los míos color castaño. Él fuma cigarrillos marca Lucky Strike, y yo uso pipas Peterson fabricadas en Dublín. Tengo varias con anillos de plata entre el cabo y la boquilla. Él apunta en un cuaderno blanco lo que le resulta de mayor interés. Hace trazos con su mano izquierda, y sigue mi explicación palabra por palabra, mientras tose y se ríe.

Observo los gestos del señor Cody y detallo sus fuertes líneas de expresión. Sus párpados son ligeramente gruesos. Las venas hinchadas de las sienes asoman un leve tono oscuro. Con su barba extendida adquiere la imagen de un antiguo caballero de la guerra. Es mi vivo retrato. Miro sus pupilas azules, y pienso que las mentes poderosas tienen ojos penetrantes. Yo le hablo también de mis sueños, pero de mis sueños con Irlanda. Cada loco con su tema.

¡Hay que ver!

«Ten cuidado con lo que deseas en tu juventud, porque lo conseguirás en la edad madura» —son palabras que pasan por mi mente cuando James Joyce se atraviesa otra vez, y me pregunta—: ¿Dónde está mi varita mágica de agorero?

Le hablo al señor Cody de James Joyce. Le refiero que el gran Joyce apareció ante mí como un obsequio inesperado de la vida, y pienso, como él, que no hay pasado ni futuro, porque todo fluye en un eterno presente. Igual sostengo que se debe jugar sin hacer trampas, y que los peores enemigos

del hombre serán los de su propia casa y familia. Le explico al señor Cody que nací en el mismo año en que nació James Joyce, pero un día después de su llegada al mundo entre los jardines de las afueras de Dublín y en un mes de febrero esplendoroso. El señor Cody se sorprende, porque ese pudo ser con bastante exactitud la fecha de su propio nacimiento. 1892 también. Madres diferentes, padres diferentes, lugares diferentes. Descubrimos que éramos hijos únicos, como Leopold Bloom, y que deseábamos jugar cuando niños en presencia de otro hermano. Ya la guerra civil había llegado a su fin en Norteamérica, me dice el señor Cody, y en ese tiempo se prohibía la entrada de los inmigrantes chinos. Los acusaban de ladrones para que dejaran Chinatown, y los perseguían, los empujaban, los golpeaban. Nunca más recibieron beneficios del gobierno.

Le recuerdo al señor Cody que allí mismo, en Norteamérica, delante de la Santísima Virgen, los inofensivos irlandeses fueron abofeteados por el odio.

—*No Irish need apply.* —Era la frase más común.

Eran irlandeses pobres, irlandeses que vagaban por el mundo entregados a San Patricio y al trébol en New York City, y tenían disputas con ingleses, italianos y judíos.

Fue el año en que mataron en Missouri a Jesse James, el más audaz forajido de trenes, antes de que Butch Cassidy se hiciera célebre en las praderas del Oeste. Nadie imaginaba en esa época fantasmagorías nunca vistas con linternas mágicas, ni la aparición de la Paramount Pictures Corporation, ni de sus filiales, ni de los estudios de Hollywood, ni de la United Artists. Fue el año en que Buffalo Bill inauguró su famoso Wild West Show, y decía en voz alta:

—¡Damas y caballeros, permítanme presentarle a ustedes el congreso de los soldados de caballería del mundo!

Fue el año en el que al llegar la primavera sepultaron a Walt Whitman, el poeta universal. Me asegura el señor Cody que Whitman representa para él lo que para mí representa el gran Joyce.

—Son dos tiempos distintos —le respondo.

A diferencia de Whitman, James Joyce está vivo, recordando sus escritos sobre las verdes hojas ovaladas intensamente verdes, y haciendo memoria de las grandes bibliotecas del mundo, incluida la de Alejandría. También le digo al señor Cody que James Joyce navegó sobre el helado río Liffey, y siempre andaba buscando algo perdido en su vida anterior, porque en él, el pensamiento es el pensamiento de su pensamiento. El señor Cody me cuenta una parte de su historia con Walt Whitman, y yo la mía con James Joyce, a quien no abandono para nada, porque vivo sin prisa encajado en sus libros. Así seguimos la conversación.

Nos conocimos después de la Gran Guerra, en 1922, cuando él servía para la empresa Standard de New Jersey, y un chorro de petróleo, más allá de su fuerza, arrojaba cien mil barriles al Lago de Maracaibo. Fue en una sola noche, salida de nueve noches diferentes de diciembre. Fue un día jueves cargado de furia.

Todos los días dan con su fin.

Fue el mismo mes en que terminé la quinta lectura del perseguido *Ulysses*, calculando la inevitable vejez de Leopold Bloom y de Stephen Dedalus bajo una nueva era:

—¿Qué relación existía entre sus edades?

—Bloom, llevando en vida 1190 años y habiendo nacido en el año 714, habría sobrepasado en 221 años la edad máxima antediluviana, la de Matusalén, 969 años, mientras que, si Stephen siguiera viviendo hasta alcanzar esa edad el año 3072 d. C., Bloom habría estado obligado a llevar viviendo 83 300 años, y habría estado obligado a nacer el año 81 396 antes de Cristo.

Eso, y mucho más que eso, fue lo que releí del gran Joyce. No lo oculto para nada, porque siempre cuando escribo escucho su voz. No soy un plagiario, ni un untuoso intruso disfrazado de literato, de lo que se acusó a Leopold Bloom, precisamente cuando iba a publicar su colección de cuentos. No tengo miedo de a quién hablo, con tal que le vea los ojos. ¿No tengo razón?

Guanoco quedó atrás, aun siendo el lago de asfalto más grande del mundo del que se enamoró la sociedad de New York. Ahora se llama Maracaibo el nuevo sitio del dinero.

Maldita sea la muerte.

¡Viva la vida!

Es muy cierto. Todos los días dan con su fin. No me acostumbro a la desaparición del máximo líder de Irlanda, Michael Collins, a tan temprana edad, después de tomar posesión del Castillo de Dublín. Fue sepultado sin sus armas y con un crucifijo entre las manos luego de la emboscada fatal, a los treinta y un años de edad. Estoy de pie guardando luto. Miro su retrato de comandante en jefe y redacto un epitafio. Digo en gaélico Éire, y pienso en el traje marcial del Ejército Republicano Irlandés, en los hombres G, en los escuadrones y en los veintiséis condados opuestos al viejo rey y a su consorte en mi soñada isla.

¡Guerra Negra y Negra!

¡Irlanda nació muerta!

¡Alto al fuego!

Estoy entre ellos, entre sus cuerpos trabados en lucha, en el torneo de la vida. Estoy entre ellos, entre el encarnizamiento de sus cuerpos, como estuvo el gran Joyce.

Aquí el señor Cody representa intereses de los Estados Unidos de Norteamérica a través del *trust* de William Rockefeller. Yo en cambio he llegado a Maracaibo por la Corona inglesa desde una filial de la Royal Dutch, en manos de Henri Deterding,

el famoso magnate, caballero de la Orden del Imperio Británico, casado con Lydia Pavlovna Koudoyaroff. La señora Koudoyaroff reaparece en las noticias porque posee las más soberbias colecciones de joyas, rubíes y diamantes de procedencia rusa rediseñadas por Cartier. Una de esas joyas puede valer más que todo el dinero invertido por la Royal Dutch en cualquier concesión petrolera del Lago. Los gobiernos de Washington y Londres compiten por el control del petróleo en el planeta, pero también establecen alianzas a través de consorcios mundiales.

Desde aquel insospechado encuentro, el señor Cody y yo fuimos entablando una amistad que se hizo interminable. Nos divertía mucho entrar y salir a simpáticos lugares donde podíamos toser libremente, y hacer ruidos en tonos alegres, y analizar la vida sin que nadie moleste, pero siempre insistían con la misma cuestión por el inocultable parecido entre los dos. Desatendiendo cualquier comentario equivocado decíamos que era asunto de trucos, y que hablábamos idiomas diferentes, y que era distinta nuestra piel muy pálida, y nuestras ásperas mejillas, y el latido de los ojos, y la manera de peinar-nos hacia atrás. Yo daría un paso más para volver al punto de partida. En mis diálogos conmigo mismo, me preguntaba a veces si realmente seríamos hermanos. Me preguntaba si en épocas desconocidas alcanzamos a vivir otras vidas.

¿Cuándo?

¿Dónde?

Con el primer saludo, empezamos a vernos como si nos hubiéramos entendido siempre. Nos maniatamos. Existía un motivo interior que nos impulsaba a saber cada vez más de cada uno de los dos.

Para entrar a los grandes banquetes, el señor Cody usaba levita. Le gustaba ir bien vestido al club de la corporación donde ocurrían importantes agasajos, y se brindaba con licor de variados tipos, y aceitunas negras, y jamón de bellota, y queso

azul afinado en aguardiente de pera, pero la mayor parte de cada mes, incluidos sábados y domingos, su traje diario estaba compuesto por las botas de seguridad, el *hardhat* remachado en el sombrero redondo de aluminio, la ancha correa de cuero ajustada a la cintura y la invariable combinación de conexos uniformes de kaki que exhibían a cada hora los trabajadores de la empresa. Similar vestimenta usaba yo.

Pasamos de un extremo al otro del gran escenario donde el viento se derrumba y se pone a prudente distancia de las dominantes torres petroleras. Sobre las cabezas de las olas, que voltean enloquecidas una vez y otra vez, secretamente crece en el lago un tejido de andamios y poleas.

Aguas nerviosas.

La embestida del anclaje mayor hace flotar muros sobre grandes navíos. Allí, en el mismo Lago, nos movemos sin miedos el señor Cody y yo llevando los dedos enguantados, y la grasa gris en las camisas, y el murmullo de los números, y el lapicero de grafito de manufactura francesa, y la metálica carpeta de apuntes donde anotamos los gruesos avances de la industria. Todos los trabajadores sobresalen en el nado y se sumergen cuerpo a cuerpo burlando la ruta de los peces. Empujan los taladros hasta el fondo más antiguo de los tiempos. Se hace girar el trépano. Se perforan los suelos adormecidos por los siglos. Las tuberías, conectadas a una mano y a otra mano, se desplazan hacia colosales tesoros a más de mil quinientos pies de profundidad. Lentamente escarban hasta enroscarse en el milagroso ombligo de la sangre. Las rocas desesperan. Se mata su piel. Se astillan sus huesos. Las zambullidas se repiten minuto a minuto, y en lo más alto de la brisa, en cada cabria, sobre la cima del bloque de la corona, se enarbolan banderas de los dos países vencedores.

Somos las únicas naciones de habla inglesa que dominan la industria del petróleo.

Un lago abierto al mar por un solo orificio está pariendo fuego. Se trata de un lago como ningún otro del paraíso terrestre observado con asombro por el mundo. El mismo Lago que caprichosamente Américo Vespucio comparó con Venecia:

—*Klein Venedig.*

Resulta el más grande de los lagos de esta ruta de América, con millones de años de existencia, desde la era terciaria, y un relámpago silente que segundo tras segundo pregona la aparición de excitantes riquezas. Siempre se precipita el hermoso Catatumbo en el espejo más oscuro del cielo. Una noche, y otra noche dispara sus grandes anuncios en curioso espectáculo, y se ve pasar a las barcazas con ocultos eslabones de oro.

Cuando festejamos por los altos niveles de producción, con voz ronca y lenta, el señor Cody me pide que le cuente cómo es la ciudad de Dublín.

Él disfruta escuchándome. Yo le describo las ideadas casas georgianas con sus distintos pisos a los que se accede por escaleras de rejas de forja. Balcones que se multiplican, columnas, frisos y molduras semejantes, elevados techos y grandes ventanales. Le describo veintiocho casas con sus puertas de distintos colores, y cuando llego a la *number twenty nine*, con muebles originales de la época, le explico cómo es en su interior cada espacio. Detallo su cocina, su despensa, sus barriles de vino y de vinagre, y su cuarto de ama de llaves. Le hablo de Olivia Betty, de su mesa de costuras, de la colección de muñecas, de la forma de ofrecer el té. Le hablo también al señor Cody del castillo de torre medieval del que se adueñaron los ingleses para seguir controlando el puerto de Dublín. Le hablo de los muelles, y de unas calles de piedras, y de la Catedral de la Santísima Trinidad. Se dice que fue mandada a construir por el rey vikingo que gobernaba en el año mil. Le hablo de la Catedral de San Patricio que es mi preferida, y que me

seguirá asombrando por el epitafio que redactó con amargura el propio Jonathan Swift. Su fama por haber escrito en cuatro partes los *Viajes de Gulliver*, después de *La batalla de los libros*, justifica los pomposos funerales, pero verdaderamente está sepultado junto al altar, por reconocerse entre los más apreciados sacerdotes irlandeses de este templo:

«Aquí yace, donde la indignación salvaje ya no puede lacerar su corazón».

Más adelante la sustancia de su máscara de muerte.

La historia es una pesadilla de la cual estamos intentando despertarnos, escribió James Joyce. La inteligencia es memoria. A Dublín también la hace famosa la temporada del siglo XVIII en el que se dio acogida al alemán Georg Friedrich Händel, quien se inspiraría en la ciudad para componer *El Mesías*. Fue justamente en la Catedral de San Patricio, con un órgano de cuatrocientos tubos y un coro de envidiables voces, donde se interpretó la Pasión del gran oratorio el mismo año de su invento. Después se dio a conocer en el planeta entero.

Invito al señor Cody a decirme si en su patria hay algo similar. Otros recuerdos aparecen, entre ellos, el de la planta de fermentación que, por nueve mil años, fabricará la cerveza Guinness con vejiga de pescado, lúpulo, cebada, levadura y agua, en una mezcla de inolvidable sabor único. No hay otra parecida en el mundo. El señor Cody aprueba mi discurso con sonrisas, pero yo voy más allá, y le digo que este apellido Lynch, de mi abuelo paterno de Dublín, viene de los siglos. Le menciono unos cuantos Lynch de Irlanda, y le recuerdo que, en su propio país, un tal Thomas Lynch, lejanísima figura de mi sangre, a los veintiséis años es el más joven firmante del Acta de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. Después de la derrota del imperio británico, al proclamarse libres las trece colonias norteamericanas, Jefferson tenía treinta y tres y Benjamín Franklin, setenta. Thomas

Lynch, mi héroe de esta estirpe, los superaba como padre fundador por su corta edad. El señor Cody vuelve a reírse con gusto y simpatía. Es sincero en el horóscopo de nuestro encuentro al saber que mis noticias son muy reales.

Lo que el tiempo no me dejó decirle al señor Cody, como quise, es que, al escuchar la música dedicada a la vida de Molly Malone con su vestido largo y escotado sobre el que silban los vagabundos, al imaginarla a ella tan cerca de mí, entre esos coros familiares, me siento irremediabilmente abatido.

Vuelo a las épocas más lejanas, de las más lejanas épocas, y veo la sangre derramada del rey Brian Boru un Viernes Santo de batalla y de angustias, y de repentino dolor, y de extraña fantasía entre cuervos con picos y garras de hierro. El himno de Molly Malone deletreado en la linda ciudad de Dublín, donde las muchachas son tan bonitas, me entristece. Nombro a los atrevidos Black and Tans, a la División Auxiliar, a la rechazada Patrulla del Cairo. Los extremos se tocan. Vienen a mi cabeza las descargas fulminantes del partido de fútbol. Correr de personas llenas de pánico, mientras se escuchan las ráfagas de las ametralladoras ubicadas en el estadio Croke Park. Lanzan una moneda al aire. Disparan desde sus muros, desde el propio campo, desde todos lados, y caen heridos jugadores y fanáticos. La joven Molly Malone debe verlos, mientras empuja su carreta cargada de moluscos muy frescos por las calles anchas y las estrechas de Dublín. Muchos niños inocentes aparecen lacerados y con huellas de pólvora.

Lo que no llegué a decirle al señor Cody es cómo me duele el alma cuando suenan las guitarras de Molly Malone, y anuncian que murió de fiebre, y nadie la pudo salvar al diluirse la noche.

Yo me encierro en las guerras de Dublín después de tantos siglos con los ingleses en Irlanda. Veo mujeres y hombres levantando barricadas en la Rebelión de Pascua. Las calles

llenas de sangre. Sigo en la tarde que se despide escupiendo fuego. Entro a la oficina central de correos, mientras los rebeldes aparecen en medio de las llamas frente al pelotón de fusilamiento del imperio británico. Están contra los muros de una cárcel. Qué duras batallas las de mi incomparable Dublín, con una época de pobreza espantosa y largas líneas de tranvías donde reina la tristeza. Recuerdo el doloroso camino de mi vida junto al mar:

Rathmines, Rathfarnham, Blackrock, Kingstown y Daley.

Las tropas enemigas aparecen disparando a las mujeres, y a la Cruz Roja, y a los ancianos cargados de lágrimas. Tengo que confesarlo, nos matamos unos y otros, nos matamos a diario. Es el asqueroso paso de la guerra. Olores que chocan. Distintos olores de batalla en batalla. El sentido del olfato debe ser más fuerte también. La ciudad se convierte en un sacrificio de sangre demasiado intenso. Es una gran comedia entre ambos bandos. Se encuentran minas escondidas dentro de las máquinas de escribir. Las grandes colecciones históricas de todos los tiempos desaparecen con los estallidos en la oficina pública de registro. Cientos de cuarteles en ruinas. La principal calle de Dublín queda incendiada de esquina en esquina, y las tiendas de la monumental Sackville Street son salvajemente destruidas. También las elegantes lámparas del puente. Al otro lado del río Liffey, los cañones de campaña siguen anunciando el avance de una guerra.

Llevo muchos años sin volver a mi sufrida ciudad y me persigue el recuerdo de la bella Molly Malone vendiendo pescado por las calles. Entregando su cuerpo en las noches a los hombres sedientos de amor y cargados de lujuria.

El señor Cody me pide dejar este capítulo de lado. Él sabe que echamos de Irlanda a la bandera combinada de colores blanco, rojo y azul, con cruces de los santos patronos que formarían el territorio del Reino Unido de Gran Bretaña. Por

eso somos libres. Los reyes han sido destronados. La bandera que ahora izamos tiene tonos distintos. Son hermosas las franjas que nos unen en la paz a protestantes y a católicos. Verde, blanco y orange, con su grito desprendido de los ojos.

Brindamos.

Como en tantas ocasiones, le propongo al señor Cody probar el *whiskey* irlandés tres veces destilado y madurado en barricas de jerez español. Tiene aroma y sabor a piel de lima y canela. A vainilla, a caramelo, y viene de una de las tantas destilerías de Dublín. La de Bow Street, adquirida por John Jameson hace mucho más de un siglo. Le digo que beba sin miedo, pero él siente temores al pensar en la interminable migraña que le castiga bajo la luz del día con un dedo de sol.

Mantengo despierto en Maracaibo el barril de mi licor irlandés. A menudo celebramos cuando un pozo de petróleo se entromete en nuestras vidas. Descendemos más y más. Tres mil pies horadando con silbidos las gigantescas rocas bajo el Lago, entonces allí, en la prueba de la oscuridad, gas, luego sólido, luego mundo, luego filo, luego corteza muerta a la deriva, como piensa el gran Joyce.

La luna.

Debe haber luna nueva. Estamos en el Lago zumbador que nunca imaginamos, el Lago que vuelvo a recordar entre torres de perforación, remolcadores, gabarras, cascarones y gases encendidos en cada plataforma. El único Lago de aguas dulces y saladas a la vez, con más de cien ríos tributarios, y muchas islas naturales, y una maldición que pesa demasiado por las asombrosas reservas que pueden financiar una nueva guerra planetaria. Es el Lago que todo el mundo quiere poseer.

El señor Cody también me habla de su país. Me habla de los casi diez millones de kilómetros cuadrados que ocupa, y para hacerme sentir como un enano, escribe en rojo la medida

de mi islita, con sus setenta mil kilómetros libres del imperio británico.

¡Que linda mi pequeña Irlanda libre!

¡Mi gran Éire!

Me dice el señor Cody que no hará como yo un recorrido tan amplio y detallado, y me ofrece diez mil kilómetros en ventaja, porque escoge solo una isla más chica que la mía, que no llega a los sesenta mil, y le anexa otra más de kilómetro y medio donde está la famosa Estatua de la Libertad. Dibuja en un cuaderno solo la cabeza de la diosa madre con los veinticinco balcones de su corona, y muchas manos saludando. Piensa en los cien mil donantes franceses que aportaron el dinero, y en los combates de boxeo, y en las noticias marineras. Piensa en el público enamorado de la estatua de mujer. Me habla del monumento que navegó por el Atlántico con amor, con coraje, con sus propias cajas de tuercas y de pernos, y con los recuerdos de las noches parisinas.

Eleva en el discurso a su querida isla de Manhattan, y también selecciona un río distinto al Liffey, recordándome que el Liffey tiene solo ciento veinticinco kilómetros, y el suyo, que es el Hudson, al que quiere elogiar, pasa de los quinientos. Entre los cuarenta y nueve ríos que trae en su memoria este resultado minúsculo, y por el respeto que merezco no me nombra el Mississippi, ni el caudaloso Misuri, porque al juntarlos a los dos estaríamos citando una cifra de miles de kilómetros. Total, que dejamos a un lado los logaritmos y es entonces cuando el señor Cody va al grano, porque escogió Manhattan para nombrarme a Walt Whitman, de quien parece conocer todo lo que ha rodeado su vida. Sobre la ciudad y en las aguas próximas había una leve bruma que lejos de ocultar la belleza de las cosas las aumentaba y nada en la tierra, nada, nada, nada, podrá superar este espectáculo, recalca el señor Cody, y sostiene que así vio Whitman en el pasado siglo a la ciudad que ahora veremos.

Indica el señor Cody que para hablar de Whitman necesita contar con otra isla vecina, y más grande, en forma de pez. La dibuja. Es Long Island, donde cabe tres veces una Irlanda como la mía. Sus largos bancos de arena se internan hasta milla y media en el mar que bate sin interrupción. Sobre ellos caminó Whitman en repetidas ocasiones, siendo joven. Allí, en ese bello refugio que Whitman llamaba Paumanok, al recordar a sus antepasados, charlaba él con los pescadores que juntaban lobinas muy brillantes. Escribiría luego sobre una serie bella, variada y pintoresca de ensenadas, y vastas extensiones de aspectos marítimos. Sentía el sedante murmullo de las olas, y el olor salino. El señor Cody así lo expone, y reafirma que lo aprendió de sus memorias.

No suelta el pie de la letra y sigue dibujando islas, para decirme que por Ellis Island pasaron miles de miles de inmigrantes irlandeses desde que Annie Moore, del condado de Cork, se convirtió en la primera y más joven persona en llegar a Norteamérica desde mi amada Irlanda. Cita a Governors Island, que era la preferida de las autoridades inglesas. Cita a Staten Island, y a City Island, antes de describirme los mayores puentes del mundo, unos puentes largos como ninguno, y otros suspendidos mediante cables de acero, que entrecruzan mar y río, continúa repitiendo como Whitman:

—Variedad, rapidez, colorido.

Los puentes enlazan a las mayores islas para darle forma a la ciudad, y al estado de New York, con sus grandes rascacielos y envidiables monumentos repartidos de condado en condado. El señor Cody bordea con sus plumillas el río, y el escenario de la bahía, todo en torno a las islas de New York en cualquier momento de un hermoso día. Quedo convencido así de que no hay algo similar a New York, tan bien narrado por Whitman, como lo explica el señor Cody, mientras va dibujando, al nombrar aquel tiempo de

la pasión por los gigantescos ferrys, y al recitarme repetidas veces sus escritos:

—Oceánico escenario de la bahía de entonces, con miles de balandras, goletas de blancas velas, esquifes y los maravillosamente hermosos yates.

Le digo al señor Cody que New York merece que la admiren, pero yo no cambio por nada a mi inolvidable nido de Dublín. Idea ingeniosa San Patricio y el trébol. Tiempo de descanso.

Dejamos de pensar en New York, y volvemos al Lago. Invito al señor Cody a dar un paseo por Luna Nueva, el lugar permitido de la ciudad de Maracaibo, donde conviven largas horas las mujeres más bellas con hombres cargados de nostalgias. La carnalidad se aviva. El señor Cody, que está muy sobrio, se entusiasma. Ya conoce el exclusivo enclave de las citas envuelto en un círculo mágico y yo le digo que no hay que desvariar. En Maracaibo existe la creencia de que el petróleo que yace bajo el Lago llegó un día desde la luna porque han escuchado frases sueltas sobre términos geológicos, al citar las rocas madres de los lugares más profundos. Dicen que en otros planetas hay petróleo, y que en otros satélites también. La gente ha inventado que, bajo la luna nueva, puede encontrarse un mar infinito de petróleo. Son sus palabras, no rumores. El dominio imaginativo se combina de manera perfecta en esta urbe del palpitante Lago.

—¡Oilmoon! —gritan por las calles sin saber de qué hablan. Ocurre de minuto en minuto.

La apertura del sitio llamado Luna Nueva fue idea de Carmen Ballesteros, también conocida como Lola. Una hermosa mujer que procede de un café cantante de Andalucía, y ha viajado entre Florida, La Habana y el cercano puerto de Cartagena. Es ama de la casa de trato creada recientemente. Vamos allí a compartir con pupilas muy jóvenes bajo

su responsabilidad. Varias de ellas salieron de Colombia, y de Santiago de los Caballeros, y de la propia capital de isla dominicana. Solo dos con castañuelas en sus manos son de España, pero no están todas juntas, porque al lado, en un local de grandes dimensiones que es la atracción del momento, está el cabaret. Se intenta bailar danzón con una orquesta de tumbadoras, piano, trompetas, y un joven timbalero de piel oscura llamado Acerina y vestido de frac. Procede del teatro de carpas de la Ciudad de México. *Mujer perjura* es el danzón de moda. El local luce repleto. Muchos personajes se saludan con farfullantes gritos. Disfrutan del ambiente entre artistas, marineros, sastres, abogados, médicos, maestros, obreros, minusválidos. Hay una seguridad extrema para evitar desórdenes, pero siempre ocurren discusiones inútiles.

Afuera, desde la calle, viene de lejos una descarga de tambores. Tremendo desfile de la noche. Se siente un coro de voces de gente y gente pobre que paga promesas en honor a un hijo de esclavos africanos del cual son sus devotos. La Iglesia lo beatificó como San Benito de Palermo. Compite ahora en cantidad de milagros concedidos con la de otra imagen de una Virgen mestiza, que apareció grabada sobre un trozo de madera entre las aguas más pacíficas del Lago. Hay una deidad masculina para los descendientes de esclavos africanos, y otra deidad femenina para los que se definen herederos de indios y españoles. Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá es la virgen que tiene ofrendas de oro, y a la que le dicen familiarmente Chinita.

El señor Cody, que me ha confesado tener un amor en este exquisito lupanar, se interna en Luna Nueva. Tropieza con su propio cuerpo y con su sombra. Está entregado a la joven vampiresa que le hace recordar a Pola Negri, la actriz polaca de pelo muy corto triunfante en el cine mudo de Hollywood, y acusada de romances con Charles Chaplin y Rodolfo Valentino.

Carmen, no sé cómo hará, pero me sorprende de nuevo con un *whiskey* irlandés de sabor dulce y delicada aroma. Siempre imagino que es un Tyrconnell, que se elabora con misterios de cebada malteada. Se lo aseguro, y se ríe a carcajadas. Le explico que ese nombre viene de un famoso caballo de carreras propiedad de la familia Walt, que compró la destilería, allá, en el siglo XVIII. Ella sigue riendo a carcajadas. Se sienta sobre mis piernas, y me abraza. Me sirve otro trago, y brindamos.

—Déjame ser y déjame vivir —me repite de forma cariñosa, mientras me da un beso, y sonrío.

Delicias de bacalao, soldaditos de Pavía, pimienta roja y tortillitas de camarones, resulta la primera ofrenda de Carmen Ballesteros, pero también sirve dátiles, altramuces y sangre encebollada. Dice que le basta una hoja de laurel, sal, pimienta negra, aceite de oliva, vino blanco, abundante cebolla y ajos, y la sangre de pollo que corta en pequeños trozos. En pocos minutos tiene lista su invención a la que agrega un poco de *brandy*. Me convence. Como buena sevillana conserva sus costumbres del hogar. Yo la busco al menos dos veces al mes, y paso noches enteras acariciando las formas de su cuerpo. Se vuelve más mimosa cuando le obsequio botellas de Bols que proceden de la destilería más antigua del mundo. He pagado más de cien florines holandeses por las de cerámica blanca y azul de colecciones.

Carmen Ballesteros me dice que no soporta la temperatura espantosa de la ciudad de Maracaibo. Que desea irse a España, regresar a Sevilla o a Málaga. Ella solo toma vino, y disfruta las semillas saladas de los altramuces. Hablamos suficiente sobre el lecho improvisado de nuestra Luna Nueva. Ella es una dama de libertad de palabras. En la casa novísima donde estamos destaca una obra de arte conocida como *Anatomía del corazón*. Es de un pintor de su península que describe a un médico forense sosteniendo en la mano izquierda el corazón

de piedra de una joven mujer. Una hermosísima doncella semidesnuda, y de larga cabellera, yace en una camilla de disección. Tiene nombre de reina. Representa la historia famosa de una niña de las calles de Sevilla, conocida como Leopoldina, la portuguesa de Brasil, que murió envenenada. La niña Leopoldina era feliz en las tabernas.

—Miro esa pintura día a día para recordar de dónde vengo —dice Carmen otra vez.

La intimidad se interrumpe con la presencia imprevista del señor Cody. Prueba dos dátiles. Muestra cara de felicidad, y domina despacio el temblor de su voz. Ya se le ha olvidado la migraña. Me toma por sorpresa, y en medio de su euforia que va y viene, traza un nuevo plan. Me pide acompañarlo a un señalado lugar del río Orinoco para ver la invención que está en su cabeza. Lo suponía. Se trata de establecer otro campamento petrolero lejos de aquí.

—¿Qué me dices?

Guardo silencio.

Carmen Ballesteros, quien remarca los deseos de volver a España, le repite de manera firme al señor Cody:

—¡Si te llevas al gran amor de mi vida, mañana mismo hago maletas!

Vuelvo a darle un beso y brindamos.

Gloriosa, piadosa e inmortal memoria.

En ese instante en que me pierdo no le respondo a Carmen Ballesteros, tampoco al señor Cody. ¿Contesto o no contesto? Ahora solo pienso en las doscientas sesenta y cinco mil palabras del *Ulysses*. Veo que navegan, dan la vuelta y se colocan frente a mí con sus cañones. ¿Hay alguien que lo entienda? El Comité de Literatura Malvada del Departamento de Justicia lo entenderá en Dublín, y si no lo entiende lo prohíbe, como lo ha hecho la Sociedad para la Supresión del Vicio en Norteamérica. Reventándose de risa aparece de nuevo el obsequioso

James Joyce. Sacude el dado. Hace sonar unos cuantos chelines con las manos metidas en los bolsillos del pantalón de lana. Tal vez viene a interrogarme. A proponerme un relato corto.

—¿Qué es un campamento petrolero? —me pregunta.

—¿Es una historia inventada de algún proverbio?

Debo decirle que es una poética idea rosa, luego dorada, luego gris, luego negra. Un chirrido y un grave zumbido en el aire, allá arriba, transformado en fábula, además un muelle, una cosa que sale de las olas, una actualización de lo posible como posible, con un manual de estrategia que no se podrá borrar del pensamiento. Cerca de un millón de barriles, lo mismo de siempre y mucho más. Eso le repito al mismo Joyce, al citar sus propias palabras sobre los lugares más profundos de la tierra.

Dejemos las bromas a un lado, y vamos a lo real. Al gran Joyce le gusta la respuesta, la siente suya, y luego anuncia que pudo haberla escrito. Al César lo que es del César. A Dios lo que es de Dios. Agrega a su discurso otras frases enigmáticas de sus epifanías y de sus epifonemas, y se interna en el crestón de Luna Nueva, siguiendo en la liturgia del Dios creador la ensambladura de unas esbeltas caderas con su sonrisa nerviosa.

¡Qué tiernas son!

Hay rayas de crepúsculos. Amanece muy rápido. Si James Joyce en realidad estuviera aquí, habría dicho severamente a través de Buck Mulligan:

—¡De vuelta al cuartel!

Pero él no está aquí, tampoco está en Irlanda. Seguramente viaja por Suiza o Italia o Alemania, o Francia. Apuesto a que debe estar en la ciudad del Sena, dando la pelea por el *Ulysses*, como debe ser, para dedicar más ejemplares de la primera edición de las tapas azules, que ha llegado a mis manos con su firma de cortesía en la primera página. Casualmente la recibí

un mes de junio, en un sobre cerrado y clandestino, sin el sello imperial de la Royal Dutch. Celebrará el gran Joyce con un vaso de vino de Borgoña antes de cruzar hacia Gardiner Street en su nuevo delirio de Dublín.

Llega la hora del desayuno. Al distanciarnos de la casa de trato, el señor Cody y yo tomamos una ruta diferente. Bromeo sobre el clima teñido del sol de Maracaibo que provoca pasar el día entero dentro un tonel con agua. Empezamos a meditar sobre el nuevo campamento junto al Orinoco. Le digo al señor Cody que allá nos volveremos unos comedores de salchichas, y no habrá que sufrir nueve horas ablandando las patitas de cochino con el hueso quebrado. Ahora se trata de un hecho totalmente histórico, me insiste el señor Cody, y repite tres veces el mismo adverbio:

—¡Sí, sí, sí!

Descansaremos de las Pig's Trotter por un buen tiempo, y seguramente vamos a extrañar el Roast Kid con la salsa de hierbabuena. A los dos nos gusta el chivito asado con mucha pimienta y poco orégano. Seguimos por un rato dando vueltas y más vueltas, y ofreciéndonos consejos culinarios. ¿Cómo mantener el color de los *petip pois* por más tiempo? ¿Cómo desalar la manteca con manzanas? ¿Cómo hacer postres con helados derretidos?

Pensamos que allá en el Orinoco las legumbres tendrán un sabor distinto al tocarlas con nuestros cubiertos de plata, y que, al llegar a su vastedad, los olores del pescado no se pegarán a las ollas, por ser peces de aguas dulces, y de ríos cristalinos, y de un clima más sutil. Le confieso al señor Cody que me conformaría con tener una paciente vaca en el nuevo campamento petrolero, y una señora que la ordeñe y me dé un tarro de leche cada mañana para recordar siempre a mi gran Éire. Así mantendría a raya al zalamero Buck Mulligan, y al malquerido inglés Haine en la Torre Martello, donde los

ha encerrado el gran Joyce entre la leche, el té, y los terrones de azúcar. Lo imagino todo, metido en las páginas del *Ulysses*.

Una cucharadita de té coloreaba levemente la leche rica y espesa, como lo hemos querido. Logramos desayunar empuñando esa jarra de leche, y consumiendo mucho té, miel, huevos y gruesas rebanadas de pan, sin tocar en los sueños las aguas del puerto de Dublín. Será una comida distinta a las de Maracaibo, donde la gente que sigue y sigue a los borrachos termina degustando patas de ganado sometida al fuego con jugo de limón, cebolla y ajo. Es su plato predilecto después de beber y festejar. Patas de carne sin hueso, raspadas muy bien, caldo de panza con harina, verduras y sofrito en manteca de cerdo, sin ningún remordimiento de conciencia.

Quedo completamente convencido para empezar otra cruzada al retirarme de la Royal Dutch de Inglaterra, y seguir a la Standard, pero no pierdo la esperanza de construir una pared de piedra gris, y encender unas antorchas con fuego verdadero, y llenarme de barricas de Guinness, esté donde esté, para escribir en un rótulo: The Brazen Head. Será mía, y será también la primera sucursal de esta taberna en América. Un mundo organizado en sí. Tendré mi propia barra en homenaje a la cervecería más antigua de Dublín, que ha sido visitada sin interrupción desde el año mil cien hasta el presente. James Joyce llegó a conocerla, como sabemos todos, y se trepó en los altos taburetes, antes de incluir en su novela al ruidoso Mulligan's de la Poolbeg Street. Ingeniosa idea para entrar al Orinoco. Seré un hombre libre, y rodeado de barcazas con cerveza, bodegas y despensas.

Ahora se ha creado una nueva filial de la Standard de los Estados Unidos de Norteamérica, con el nombre de Guss Oil Company. Tiene inmensidades de espacios en la cuenca del Orinoco, miles de hectáreas donde existen yacimientos de sobradas riquezas. Ya los sismógrafos han pasado revista

y se levantan informes que hablan de millares, decenas de millares, centenas de millares, millones, decenas de millones, centenas de millones, que sumo al lado de James Joyce. Dije barriles, ¿verdad? Además de alegrarnos por la cantidad de barriles que se pueden producir, sabemos de grupos indígenas opuestos al tránsito extranjero sobre las tierras que le han pertenecido de por vida. Son descendientes de Caribes verdaderos, y atacan repetidas veces con disparos de flechas al más alto poder constituido. Las acusaciones se lanzan en momentos de ira. Un drama muy americano.

Cuenta el señor Cody que le han contado que todavía viven los Caribes tal como los describió Américo Vespucio:

La gente está desnuda, son hermosos, trigueños, bien formados en sus cuerpos, sus cabezas, cuellos, brazos, partes privadas y los pies de los hombres y mujeres están un poco cubiertos con plumas. Los hombres tienen en sus caras y pecho muchas joyas preciosas. Y ninguno posee nada, sino que todas las cosas son en común. Los hombres toman por esposas aquellas que le satisfacen, sean estas sus madres, hermanas o amigas, sin hacer distinción. Ellos también pelean entre ellos y se comen unos a otros, aun los heridos y cuelgan la misma carne al humo. Llegan a los 150 años de edad y no tienen gobierno.

Asegura el señor Cody que, por cortesía de la Biblioteca Pública de New York, vio una hoja suelta mostrando escenas con caníbales que tenían sus cabellos abundantes y negros, y las mejillas, y los labios, y las narices, y las orejas perforadas, con agujeros que no eran tan pequeños. Imagina que pasan por aquí.

Están frescas todavía las noticias de la guerra del Trust del Asfalto, coincidiendo con la guerra de los imperios de Rusia y Japón en Manchuria y en los mares de Corea. Hambre, peste

y matanzas. Cuenta el señor Cody que hubo otra guerra aquí, la guerra por los intereses comerciales entre los Estados Unidos de Norteamérica y este país del petróleo, con prédicas a favor de un arbitraje en la Conferencia de Paz de La Haya. Ya lo sabía. Después de encontrar el oro del Yuruari, y el hierro de Imataca, y las minas más productivas del planeta Tierra, se asoma otro escenario. Pacific Railroad, Fitzgerald, Gordon, Morny, Delort, y George Turnbull, se disputarán las vías férreas para mover el oro y el hierro a los mercados de Londres y de Washington a través del río Orinoco. Desde el edificio Phoenix, Número dieciséis, Court Street de Brooklyn, se invita a los colonos a poblar el Orinoco.

¿Cómo llegar de New York City al Orinoco?

Lo explica bien, como nadie lo puede explicar, Cyrenius Fitzgerald, dueño de todas las maravillas en trece millones de hectáreas, y del gran lago de asfalto por noventa y nueve años continuos. The Manoa Company es su empresa. De un siglo a otro siglo Cyrenius Fitzgerald seguirá transportando a New York las riquezas del país del petróleo.

¿Dónde dormir en el Orinoco?

Lo resuelve al instante Cyrenius Fitzgerald, con su comfortable hotel rodeado de delirantes tesoros. Esto ocurrió precisamente cuando Fitzgerald leyó *The Discovery of the Large, Rich and Beautiful Empire of Guaina*, y después que obtiene el derecho exclusivo de fundar una colonia para desarrollar las riquezas conocidas vendiendo acciones por cinco millones de dólares, y otorgando cuarenta hectáreas gratis a cada concesionario con derecho a explotar todos los minerales y el mayor número de árboles de balatá. Pero la fortuna de Fitzgerald se diluyó luego de sentir un estremecimiento extraño.

Todo tiene su comienzo. Los malhechores del asfalto intentaron derrocar al gobierno, y fueron a juicio. Sería el mismo año mil novecientos cuatro, escogido por James Joyce

para vagar por la ciudad de Dublín en un solo día jueves, que es el día del juicio a la música y a la literatura en Irlanda.

¡Ah!, veamos ahora. Dos juicios a la vez.

La oscuridad está en nuestras almas, ¿no es cierto?

¡Bendícenos, Señor!

También aquí, como en caminos paralelos, avanzó el desarrollo de un dictamen más complejo que iba del idioma español al idioma inglés, entre telegramas y cartas, y sangre derramada, y mucha pólvora, y un nuevo código de minas. Parece una historia de bandidos.

Los personajes y la situación del país del petróleo resultan diferentes a lo que nos acostumbró James Joyce con el *Ulysses*. No se incluye para nada, a nadie parecido a Stephan Dedalus, que se llena la barriga con corteza de cerdo, ni a Buck Mulligan bendiciendo tres veces la Torre Martello, ni al estudiante Haines, ni a Leopold Bloom, que también come algo venenoso, ni a su mujer que se siente de esa manera tan buena por todo el cuerpo, y que tuvo varios amantes que le olían la piel como a las chicas andaluzas, entre jardines de rosas y de jazmines y de geranios y de cactus. No hay unión con un joven extraño ni moreno ni rubio. No hay un beso largo y ardiente que llega hasta el alma. Ni hay Lunita Laredo, ni Molly Bloom, ni Gibraltar. Aquí no hay una mujer que sufra de debilidad natural tumbada en una alfombra y deseando sorber bebidas caras. Sencillamente, no figuran mujeres en ninguno de los episodios.

Serán distintos los personajes. Un tal Albert Jaurett al servicio del Trust del Asfalto, representante del *New York Herald*, corresponsal de la Associated Press, desertor del Ejército de Francia, y con fama en juegos de azar, quien se encargó de la redacción de las noticias falsas para desprestigiar al gobierno ante el mundo. El banquero Miguel Matos con el buque Ban Righ, adquirido a la Aberdeen Steam Navigation Co., y más de cien mil dólares en cheques del Seaboard National Bank para

comprar armas y municiones, después de reunirse en el domicilio de las oficinas del Trust. Número once de Broadway en New York City, donde recibió espléndidos agasajos. Un abogado neoyorkino llamado Henry Bean, anfitrión del banquete a Matos y negociante con los cabecillas de la conspiración. El Superintendente de la compañía norteamericana en Guanoco, Ezra Jeffs, quien recibió órdenes del Mayor Marcos Rafferty, y quien a su vez las transmitió al mecánico Kuhn para reparar en los talleres de la compañía más de cien máuseres, rifles, revólveres y machetes, además de suministrarle a los insurgentes nuevos rifles Winchester, y también dinero, bastimento, botes y caballos. Las escandalosas y sorprendentes correspondencias entre los diplomáticos Mister Bowen y Mister Loomis, vinculados estrechamente al Trust del Asfalto completarían el sumario que provocó actuaciones de las más altas autoridades de los Estados Unidos de Norteamérica en torno al lago de asfalto de Guanoco, termina explicándome el señor Cody, quien parece narrar la historia muy reciente de una novela americana.

Palabras más, palabras menos, cuajó una revolución llamada Revolución Liberal Restauradora, a la que siguió la Libertadora, con el apoyo del Trust del Asfalto, y hubo batallas, y pérdidas inmensas, incluido el sacrificio de millares de vidas, y hubo hambre, y hubo sed, y hubo muchos enfermos, y se creó un impuesto de guerra, y disminuyeron las transacciones aduaneras, y se comprobaron legalmente los hechos imputados al Trust del Asfalto, opuesto a la Revolución Liberal Restauradora para favorecer a la Libertadora, que finalmente fue derrotada con la última de las batallas más sangrientas, cuando intentó sobrevivir tomando el río Orinoco.

—La planta insolente del extranjero ha profanado el sagrado suelo de la Patria —se oyó decir.

Amenazas de Francia, Holanda, España, Bélgica, Suecia, Noruega. Demandas de Gran Bretaña, Alemania e Italia, en

función de sus intereses comerciales, con bloqueos de puertos y disparos de cañones, hasta que intervino desde la Casa Blanca el presidente Theodore Roosevelt, con su Corolario a la Doctrina Monroe, y dejó claro en su misión civilizadora que América es América, y es de los americanos.

Se detuvo el baño de sangre. Ya no importaba tanto el lago de asfalto más grande del mundo, ni el pavimento a las calles de New York. El poder quedó aquí en manos del célebrenmente famoso General y gran Jefe Benemérito, con su lema en defensa de la patria.

Unión, paz y trabajo.

Se lograron todas las concesiones de las tierras baldías y reina la paz al aparecer la frase «Trato equitativo». Entonces se hizo hincapié en el Nuevo Destino Manifiesto de la gente de habla inglesa, diferente al antiguo Destino Manifiesto. Gran Bretaña y Norteamérica encontraron petróleo, mucho petróleo por todos lados, petróleo para siempre. Dicho de otra manera, y en lenguaje muy cristiano, cambiamos de faz como en un pasaje del Apocalipsis de Isaías:

«Se entristece, languidece la tierra, desfallece, languidece el orbe, desfallecen el cielo y el suelo».

Después de estar en el vientre por millones de años, nació tras la guerra el país del petróleo.

¿Quién puede impedir que surja una nueva aventura?

Día martes también.

Es el comienzo de West River. *In God we trust*. El señor Cody observa huellas curvas de llantas entre arenales del largo camino. Es el camino de los indios, con sus pozos de agua, y sus plantas silvestres. Mantecos, guamos, chaparros, chaparrillos, alcornoques, mandingos, mapurites, kuseves, y las cinco matas de moriche van quedando atrás. Con un cielo turbio, abrimos el primer orificio bajo la arena.

In God we trust.

Esta frase que nadie leerá, se ha estampado en la caja de bronce trasladada hasta el suelo del Orinoco. Hay tierra de Texas en la cápsula del tiempo. Me deshago de mi pipa, y empezamos el ritual. Lanzamos a la caja las cincuenta monedas de plata. Veinticinco el señor Cody, y veinticinco yo. Se ven unas con la cabeza y el cuello de la Diosa de la Libertad. Se ven otras con el águila calva agarrando una rama de olivo, y la palabra Libertad, siempre la palabra Libertad. Anverso y reverso del dólar *Peace*. El señor Cody me pide añadir mi pipa Peterson en la cápsula del tiempo. Lo hago. Él agrega su encendedor plateado de tapa de bisagra.

Es nuestra primera ceremonia el día del nacimiento de West River, que también es nuestro propio día de nacimiento. La caja de bronce, con monedas de plata, y con tierra de Texas, y con señales del vicio de fumar, quedó oculta por los siglos de los siglos, y con el último destello del crepúsculo ondeará siempre la bandera victoriosa tachonada de estrellas. En Dios está nuestra confianza. Entonamos largo rato la balada imperial. La música tiene encantos. El señor Cody escribe entonces una inscripción sobre la arena:

Martes 3 de febrero de 1925.

A las seis de la tarde, recordamos en West River a Ascario de Amiens, el santo patrono de Escandinavia. Ordo Sancti Benedicti. Vamos arriba. La bandera del Norte, que se ve a gran distancia, se eleva muy alto. Un sol agazapado es el único testigo de este dichoso instante. Doble acontecimiento. Celebramos nuestra hazaña bajo la sombra de una carpa verde, intensamente verde, de verde cabina y de verde locura en un día como el que nacimos. El señor Cody me miró largo rato con sus ojos azules y quiso recordar lo mejor que pudo el momento más lejano de su deliciosa niñez, siguiendo el periplo del Wild West Show.

—¡Ah, qué día, que día divino bebiendo *whiskey*, cerveza y vino!

James Joyce canturreando está dentro de mí.

Yo mismo no lo puedo creer. Justo una década me dediqué a los fabulosos caminos de West River. Compartimos primero entre casas de lona, luego se fue expandiendo el campamento y, definitivamente, cuando avanza mucho más la producción se hizo necesario el trazo ancho de una carretera asfaltada, la carretera negra, con la que el señor Cody soñaba algunas noches, al ver entre muchas cosas raras al astuto y solitario caballo de Buffalo Bill sobre las horas más largas del silencio. Buffalo Bill, el superhombre, eleva su arma hacia el cielo contrariado de West River, y con un largo chiflido somete al animal que intenta huir. Campo Norte es lo primero. A un lado Campo Sur, con la primera cabria que marcó el nuevo hallazgo. Y a prudente distancia, Campo Rojo en la línea de mayor peligro con los aposentos de obreros y ayudantes, y la muchedumbre del trabajo informal multiplicada en miles en un lapso muy breve. Solo hombres y superhombres que soñaban con ser ricos. Más adelante crecería la población de manera asombrosa cuando llegaron las mujeres. Surgió así la ciudad preindustrial embalada en una hoja de dibujos.

Desde las oficinas principales de la Guss, vemos el canto profundo de operadores y maquinarias. Ya no hay fieras indomables, pero existe nerviosismo en el entorno. Se escuchan las voces desafiantes de un trovador que recuerda su dulce hogar y arruga el entrecejo. Parece un juego de amoríos. El señor Cody, como es natural, tuvo un pequeño sobresalto. No nos asombramos con los resultados de la producción. Lo habíamos estimado muchos años atrás. Después de los Estados Unidos de Norteamérica y la nueva Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, este resulta el más codiciado sitio del petróleo en el planeta. Sostenemos que las grandes reservas siguen estando

aquí, en los yacimientos del Orinoco. Sueltan algunos gritos a lo lejos. Sonidos vagos y extraños. Sacamos cuentas de los millones de barriles que se han extraído, antes y después de la catástrofe que nos envolvió con su sorpresa. Tenemos conciencia de dirigir la compañía hacia los más insospechados horizontes.

Como todos los años, aparece la lluvia en la espesura de la vida. Hacemos un repaso de los trágicos sucesos de West River. De las personas ausentes, del crecimiento del comercio, de la aparición de los elegantes lupanares, de los bares tranquilos y de los bares ruidosos. No pueden faltar en la enumeración, las veces que el señor Cody y yo elevamos las llamas desde un horno para cocer la masa de las Congress Tarts, el rico postre con almendras molidas, conserva de frambuesa, ralladura de limón y un chorrito de jerez. Era un aroma insuperable aquel tibio olor del dulce pastel. Forjamos la leyenda que ahora sí podremos escribir.

Ciertas páginas dibujan historias diferentes, y con un párrafo muy corto se cambia el curso del relato.

El señor Cody se detiene, lanza su voz, reanuda la marcha y cae sobre una hoja de papel al terminar el año mil novecientos treinta y cinco. James Joyce, que parece apenarse, envía la primera tarjeta funeraria:

Entonces quienquiera que seas, mira a ese extremo final que es tu muerte y al polvo que prende sobre todo hombre nacido de mujer, porque así desnudo como vino del vientre de su madre así volverá desnudo a su hora para irse como ha venido. James Joyce.

Sigue la lluvia y no sé cómo describir la tristeza de las aguas. El señor Cody fallece un trágico día de diciembre cargado de sorpresas, y nada tiene que ver con una muerte natural.

¡Qué dura prueba!

De nuevo la música dedicada a Molly Malone se mete en mi cabeza con su larga lista de recuerdos. Cierta amargura

me lastima. Siento al señor Cody en lo más íntimo. Fue él quien me condujo al intrincado mundo de la visualización de los sueños. La lluvia es un embrujo. No hay relámpagos, ni centellas, ni formas de animales feroces en las nubes. Solo el agua imaginaria está allí, y la percibo como una caricia que me acaba de tocar. Sé que estoy despierto, que también envejezco, que puedo subir al cielo, y pienso que debo llevarme al señor Cody a otro lugar. Me voy con sus revelaciones a mi soñada Dublín, donde están los cementerios más hermosos, y se oye caer la nieve sobre todos los vivos y sobre los muertos, por donde anduvo James Joyce.

El sueño de la vida no puede terminar así. Quiero buscar un sitio tranquilo para el señor Cody. No en Glasnevin, donde quedó sepultado el extinto señor Patricio Dignam, quien dejó una sombra de inconsolable pesar.

¡Qué triste lo de nuestro pobre amigo Paddy!

No podía creerlo cuando lo oí, menos podía aceptarlo cuando lo llegué a leer en el *Ulysses*. Los sepultureros del Glasnevin se declararon en huelga y las tumbas amenazaban con caerse. Tampoco llevaré al señor Cody al cementerio francés, que también pudo inspirar al gran Joyce con todo el colorido azul de la primavera. No en Mount Jerome, ni en Saint Michan's, con sus cuerpos momificados.

Tengo para el señor Cody un lugar distinto en mi mente. Un emplazamiento elegante, en el cementerio más pequeño y apacible de Dublín, donde siempre imaginé que, de alcanzarme la muerte, debía ser ese mi sitio de reposo. Una tumba de otoño en el ombligo de Dublín, rodeada de la agradable espesura de las hiedras, y de las gotas de lluvia, y del murmullo de la brisa. Es un rincón del Trinity College, donde estudiaba, y por donde anduve con la generación a la que pertenezco. Allí en Chaloner, cuyo sendero no aparto de mi mente, el señor Cody encontrará el descanso eterno cuando

quiera. No lo va a hacer. Estoy seguro que no lo va a hacer, porque es muy terco y querrá descubrir qué relación guarda esto con la influencia de sus sueños. Yo deseo brindarle muchísima paz, pero quedo ausente al girar la imaginación hacia los jóvenes oficiales enviados desde el puerto más cercano por los invencibles jefes del Comando Sur. ¿Se harán cargo de su humanidad? Solo espero el momento en que cubran el ataúd con la bandera de franjas rojas y blancas de su extraña patria. Hablando de los invencibles, llega hasta mí una voz distante.

—¿Lo sabían?

—Buffalo Bill ha perdido la fama de valiente *cowboy*, después de encontrarlo con el lazo corredizo alrededor del cuello.

Mal tiempo afuera. Mala hora. Mal momento.

Estoy en el entreacto de la muerte. Hoy el día luce más demorado que nunca, y el agua no me deja ver el sol de West River. Todo aparece opaco. Me desvíó en mi angustia hacia algún lugar de Dublín, entre Kingstown y Dalkey, para recoger flores y observar la mañana cansada hacia el mar del Sur. Siento que el mundo para el que nací, ahora no está en mis manos. No me conformo. El refinamiento supremo de nuestra gran amistad me da valor para seguir girando y gritando y girando. El señor Cody merece un sitio diferente al de este destino enemigo. Entonces escucho el llamado de mi padre Brian Lynch que vuela por toda la isla de Irlanda con su nombre de rey. Se clava en el aire y me dice que pertenezco a una religión que debe velar por todos los demás. Que debemos tener esperanzas, porque sin esperanzas no tenemos vida. Que debemos asegurarnos de mantener despiertos los sentimientos duraderos. Que debemos unirnos a un esfuerzo continuo para amar al prójimo y poder ser amado de verdad. Que debemos enaltecer el apellido Lynch, que es orgullo de todos nosotros, y que, por eso, siempre alcanzaremos lo imposible.

El espíritu del señor Cody me sigue dominando. La vida es duradera otra vez y una sola idea salta de mi cabeza. Explicar en detalles cómo, de este lado del tiempo, un transbordo nos llevó al punto más grande y fantástico de la dimensión de los sueños que no han terminado aún. Ahora sí me atrevo. No importa el número de episodios que surjan. Debemos terminar de escribirlo. Las palabras vendrán amontonadas, con un principio y un final. Podemos abrirle la celda al panorama detenido y ponerlo en movimiento. Liberarlo. Yo pertenezco a una raza también odiada y perseguida por la poderosa Inglaterra. Lo sabe el gran Joyce. Los soldados irlandeses habían peleado a menudo por Inglaterra como contra ella.

Debo preguntarle al honorable señor Cody si me permite narrar estas historias de West River. Quiero releer de nuevo sus diarios de vida, unir todas las páginas, y seguir a Dublín para un brindis con el más antiguo *whiskey* irlandés. Los alambiques de cobre de la magnífica Green Spot, ahora serán nuestros, las barricas también. Ya no se preocupará por su migraña el señor Cody. Haremos una ofrenda ante la escalera de caracol de la Torre Martello, que tiene vista hacia la bahía. Allí estaremos el tiempo que haga falta. Vamos a escribir sin pausas, los dos juntos, después de poner el ojo en la dulce Molly Malone, y oír su himno completo, y viajar con ella por los cielos. No se perderá ningún pasaje importante. Los dioses, los sabios, los amantes, los guerreros, los piratas, los avaros, los incrédulos, los moribundos, los rufianes, todos entrarán aquí. Vamos a hablar sin miedo de la resurrección de las lluvias bajo las horas de la ira. Retornaremos a la caligrafía de los sueños. Es la historia del señor Cody.

—¡Borra, borra, borra! —sopla con voz de viento marino el gran Joyce.

Después de Ítaca y Dublín, el gran Joyce cruza hacia América por sugestión hipnótica.

Esta relación no es sustrato de memoria, ni biografía, ni crónica, ni novela, ni drama de guerras, ni nada parecido a otra historia. Es un diario de viajes. Mi diario de viajes con James Joyce. James Joyce comparte estas palabras y me anima a seguir hasta el capítulo final.

West River Map

1.

Cinco años después de izar la bandera tachonada en estrellas, David Cody observa que una de sus manos se inflama con inusitada rapidez. El fin llega de repente, piensa él, y siente un leve escalofrío. Con las mangas remangadas toca sus codos. Mira un hilo de sangre. Se devuelve al lejano recuerdo de Texas, donde nunca entendió por qué llegaban a morir tantas personas inocentes. Me habla de aquel momento. Una peste brotó por todos lados, mientras huían de la espantosa enfermedad sus propios vecinos que pensaban en la ira de Dios. Millones de muertes. Una pandemia jamás vista en el mundo en pleno desarrollo de la guerra. Me confiesa que no sentía desde entonces esa sensación de angustia, ni tanta náusea, ni tanto misterio, ni tanto temor, como el que ahora le domina.

Puedo contar lo sucedido, sin dejar de lado ningún nombre, para quien lea estas palabras.

Quiero empezar desde el principio. David Cody luchó contra dos serpientes cascabeles en el laberinto de los nervios. Lo invade el miedo, el perenne recuerdo de Texas. Se pone en marcha el camión número uno de la Guss, y emprendemos viaje más allá de West River. Debió percibir como yo, el golpeteo brusco de las ramas, cantos de pajarracos, el alboroto del follaje, bufidos de bestias, ladridos incesantes sobre la oscuridad de la tarde, hasta encontrar el prolongado olor del humo de tabaco como en un sueño de esperanzas. Resultaría nuestra primera entrada a la más importante aldea de los auténticos Caribes.

El destino estaba marcado por alguien desconocido para él, alguien con mágicos poderes este Domingo de Resurrección. Tres veces escuchamos la palabra Voski, haciéndose invisible una sombra. Alguien interroga con penetrante voz. Abre camino, ausculta, le hace beber el agua sagrada del monte, y da inicio a sus cantos secretos, seguro del triunfo del bien sobre el maleficio. Es el sanador, que sacude su maraca en la lucha verbal contra la muerte:

—¡Si trae ojo no me ve! ¡Si trae pie no me alcanza! —reza el hombre, concentrado en sí mismo, como quien deletrea un libro de antiguas oraciones.

Horas antes, dos víboras sagaces embisten contra el declive de la tarde. A pesar del miedo, David Cody intentó alejarlas, pero quintuplicaron la fuerza agrandando sus ojos, sus cabezas planas, el bulto escamoso de sus cuerpos, hasta perderse entre los pajonales. Era el vigésimo día del mes de abril, y David Cody se extraviaba en otros tiempos, mencionando viejos personajes del Oeste, que desaparecen rápido de su imaginación. Al rato deja de pensar en las serpientes cascabeles. Trata de entender los conjuros. Mira fijamente la luz de una lámpara de aceite y percibe la esencia del tabaco que se engancha en el aire.

Queda en duermevela.

Tartajea. Van aminorando las náuseas, los escalofríos, la sed. Fiebre de grandes furias. Su acelerado corazón vuelve a la calma. Estaba a su lado el guerrero del poder de la saliva, que sacó la sangre emponzoñada con flechas invisibles. El oleaje del hechizo no le permitía verlo a plenitud, pero sí pudo escuchar cantos de credos indígenas.

Puidei Chanco era su nombre.

David Cody suspira al sentir el paso de las aves. Un breve golpe alerta. Durante el extravío pensó que eran buitres. Que era un águila de cabeza blanca y de mucha fuerza, como la del gran sello de su patria, con trece flechas en una de sus garras. Resultaban distintos los sonidos. Podían ser rastros de otras almas. El alcaraván negro, el alcaraván sabanero, báquiros, gavilanes, murciélagos, lechuzas blancas y lechuzas montañeras, actuando invisibles para Puidei Chanco, quien invoca a una deidad que trajo el mar a la tierra, y vive en la máxima altura del cielo, con los dueños de la lluvia, de las nubes y de las estrellas. Se refería a su principal dios, llamado Kaputano. David Cody comprueba que ya no es parecida la rigidez en su piel. Toca su cabellera despeinada, los contornos de su barba, su cuello, su frente alta y pálida. Sus ojos garzos, que notaban borrosa la figura del sanador, posan la mirada sobre el techo tejido de moriches. Observa ramas secas, raíces de sábila, huesos muy blancos, pieles de serpientes, plumajes de pájaros de diversos colores. Justo en ese instante decide estirar más su cuerpo y dormir. Dormir hasta donde pueda dormir después del asombro. No conoce todavía el secreto de la maraca perforada.

2.

Surge el recuerdo de Kansas. Los tiempos del ferrocarril Railroad, veloz hacia el Pacífico. Las famosas tempestades

de arena, grandes llanuras, testimonios sobre diligencias, caravanas, cabalgatas, días lejanos de viajes. Pueblos perdidos, guerras de colonos, indios flecheros. Aparece el estampido de Comanches y Apaches jineteando en las planicies. Todo en cierto orden, como si se tratara de la continuidad de una película. Planos de confluencias de ríos y jardines, vecindarios de gente rubia. Jugadores de béisbol, practicantes de boxeo sobre un *ring*, parques de atracciones, y hermosas piedras de distintos tamaños y colores, hasta el tiempo inmediato en que se descubren las grandes reservas de petróleo. David Cody siente deseos de fumar, y busca en vano su eterno cigarrillo Lucky Strike. Un golpe de suerte lo acerca a la cajetilla verde del ojo de buey en el círculo rojo, pero ha perdido en el camino su encendedor plateado de tapa de bisagra.

Solo encuentra la fumarada espesa y dulzona de la sanación. Empapado de sudor, en un preciso y breve instante, decide contarme lo que ha soñado. Había sobrevivido a una peligrosa emboscada en el Oeste de su patria, en compañía del invencible Buffalo Bill.

Tiene muy cerca la débil llama de un fósforo, que penetra íntegra en las resinas vegetales del tabaco. Las cenizas del sanador se hinchan y se alargan sin caer desde sus labios. Solo se escucha el ejercicio mental haciendo magia con el humo. La escena es digna de incluirse en un dibujo. David Cody nombra a Annie Oakley y me mira. Me detalla su delgada cintura, y sus mejillas rosadas, y su pelo muy largo, cuando apuntaba hacia el cigarrillo encendido de un *cowboy*, luciendo su potente Winchester. Era el espectáculo de Annie Oakley desde una máquina voladora. Un dibujo sobre las proezas de Annie Oakley, insiste en su delirio. Annie Oakley asombrando a los jinetes de Buffalo Bill, quien resulta ileso, después de esquivar una lluvia de flechas en la pista luminosa del Wild West Show. Me explica que debe anotarlo entre los muchos

episodios de su diario. Piensa que debe escribir algunas líneas sobre las revelaciones más recientes, y luego utiliza su propio sueño para hablar de su niñez en soledad, y cita una larga cadena de recuerdos, y exagera con un sorpresivo suspiro al describir vagamente el rostro de Annie Oakley.

Sigue el silabario de las voces. Puidei Chanco le sopla al oído y se siente un fuerte olor a jugo de jengibre. No llegaban a llamarle *Mister Cody*, durante los cálculos de la magia, como se acostumbraron a nombrarlo en West River. Tampoco le dicen David. Simplemente americanito, como si lo hubieran conocido siempre. Americanito, con la palabra dulce de un canto de arrullo. Se convoca a las almas auxiliares. Se aviva el mito del abuelo Tamu, quien después de mudarse al cielo, regresó a la tierra para transmitirle los poderes sobrenaturales a su hijo predilecto que posee la marca perforada. Una brisa leve anuncia su presencia en la habitación. Tamu aparece invisible con el famoso plumaje del leopardo. No era su verdadero nombre, pero Puidei Chanco le invocaba como Tamu, el gran héroe que vivió mucho más de un siglo, y domina estas comarcas con su valentía, y sus conocimientos ancestrales, y el manejo de la pólvora. Aparece en la noche entre lanceros y flecheros que llegaron a defender la herencia de las tierras.

Nos dice Puidei Chanco que Tamu peleó también en la guerra Larga, cuando los esclavizados Neekoro, de sangre africana, luchaban por su libertad, y el manto inmenso de la llanura se volvió de nuevo un campo de batalla. Sus guerreros nunca llegaron a calzarse, pero sí usaban vestuarios de telas de colorines, fornituras, sables, lanzas finas de una vara gruesa y flexible, una en cada mano, riendas encima de las rodillas, y sillas de montar a caballo, con buenos clavos y buenas herraduras protegiendo sus cascos, como lo citaban los libertadores en su época. El camino de los indios fue la ruta bravía por

donde pasaron ejércitos del pueblo reclamando justicia, y sin volver atrás ni acobardarse.

Entre el mar Caribe y el río Orinoco se extiende la amplitud de esta sabana donde quedaron huellas de los primeros habitantes. Venían en largo viaje de perdidos rumbos de los siglos. Extrañaban las enmarañadas selvas, las montañas gigantescas, los interminables ríos del Sur. La clarividencia se expandió, y Tamu podía transformarse en jaguar, o desdoblarse en pájaro, como en sus orígenes. Hacerse invisible. Pez y ave y fiera de misterioso origen. Podía remontar ríos, lagos y mares, para encontrarse con el alma natural de sus dioses. Eran miles de miles los antepasados de Tamu, cuando viajeros de otros reinos, con aparatosos barcos, ruidosas armas, trajes de metal y caballos tan desconocidos como los perros de caza, les obligaron a huir de sus comarcas. Después de las primeras luchas, los perseguidores contaban largas horas y días para hacerles caer seguidos de la muerte. En nombre de Su Majestad el Rey de España amontonaron cadáveres de una orilla a otra orilla del caudaloso río.

¡Que Dios guarde, para gloria de Dios Nuestro Señor!

Puidei Chanco sigue narrando sucesos de la guerra. Exalta las proezas de su gente, cuando aquel Tamu, junto al general Juan Pueblo, hijo de hombre blanco y mujer india, siguieron unidos en escuadrones de banderas amarillas. A punta de lanzas, flechas, espadas y filosos cuchillos, salieron triunfantes en todas las contiendas. Los cuerpos de sus enemigos quedaron desollados bajo el sol. Sucedió lo que nunca había sucedido.

Puidei Chanco lo explica mirando fijamente el humo del tabaco.

Debajo de aquellos terraplenes, encontramos con el tiempo espadas oxidadas, efigies milagrosas de la iglesia, estatuillas de vírgenes, de ángeles, incensarios de hierro, hábitos, campanillas,

custodias de espejos esmaltados, cálices, retazos de altares, crucifijos y otras piezas de la platería litúrgica.

No eran los Caribes que tenían piedras en las mejillas y en los labios, y que viven juntos sin rey ni autoridad, en una cierta ciudad, donde los vencedores se comen a los vencidos, como le llegaron a decir a David Cody en la Biblioteca Pública de New York, al mostrarle las cartas de un posible viaje del mercader italiano Américo Vespucio al Nuevo Mundo.

Das sind die new gefunden mischen.

David Cody se maravilla tras cada estación del relato. No le resulta misterioso, ni lejano, porque en su propia patria pudo conocer el modo de viajar de un ave mensajera que emprendió el vuelo de la noche. Pudo conocer sus dolores, su nido en asedio, su tránsito a la eternidad. Carga en los recuerdos la historia íntima de Tatanka Iyotanka, quien también fue abaleado cerca de Black Hills tras un momento de traición. Observa los detalles de la maraca perforada que empuña Puidei Chanco. La ve impulsarse por los aires con el humo despierto. La descubre teñida de azul y se amarra al sonido de sus piedras.

—¿Qué es?

—¿Un espíritu? —preguntó una voz escondida.

Los vientos toman otros rumbos. Con los ojos totalmente cerrados, Puidei Chanco lanza una frase larga, cuando la figura de un jaguar salta por el orificio de la maraca y desaparece con el humo.

El sanador queda en reposo largo rato sin mover la mano invocadora.

—¡Ya hemos salido de la tormenta! —dice.

—¡Bendito sea!

Toca su sombrero de fibras vegetales humedecido por el sudor. Vuelve a voltearlo, lo pone al lado izquierdo de la cabeza, clava sus pupilas sobre el piso, y mira las formas escondidas

del cabo de tabaco. Atiende. Escucha. Escupe de nuevo sobre las cenizas, las remueve con su pie derecho, repite la palabra Nono, y una vez más toma asiento en el taburete ceremonial. Vuela a diferentes épocas. Sigue hablando del paraíso secreto, de los tres ríos que marchan indetenibles hacia el lado sur de aquella inmensidad. Es allí, donde el dueño de todos los animales de la tierra y de las almas difuntas tiene el máximo poder sobre la noche, y protege a los desamparados.

Todo cuanto expone pertenece a Ioroska, su otro dios. Por resultar un hombre ordinario, David Cody fue prisionero de espíritus malignos, que alguien envió en forma de serpientes, pero logró salvarse a través de los cálculos de Tamu, quien transformado en jaguar penetra a tiempo en el torbellino de la madrugada, arrastrando a su paso arena y hojas y espigas de la brisa, antes de visitar la choza del encantamiento en la principal aldea Kariñakon.

Lejos de Kariñakon se hacen visibles las lenguas de fuego de West River. Se escarba de confín en confín. Se ahogan las palabras en el polvo. Un punto negro. Otro punto negro delirante. Mil noches de espera en el hemisferio perforado donde se levantan gigantescas hogueras.

Derrick tras *derrick*, se va trazando una nueva ruta de nombres. Guss, Getty, Williams, Burk. Nombres de forasteros que atribuyen la historia reciente de West River a los americanos del Norte. Altísimas torres tratan de alcanzar el sol como en un espectáculo de circo. Las grandes armazones cambian de traje frente al viento. Los chorros de sangre mineral corren conectados a émbolos, a válvulas, a figuras que suben y bajan sus varillas, como caballos vigorosos entre separados caminos.

West River fue el comienzo de la Guss Oil Company en el corazón de la sabana, donde luchó Tamu por la libertad y la justicia. Miles y miles de hectáreas, leguas cuadradas y

más leguas de insondable profundidad. Suelo arenoso y movedizo. Tesoros infinitos. Dos mundos opuestos apuñados en un mismo lugar del pequeño planeta. Kariñakon sigue y sigue abierta a los cuatro vientos, sigue libre, entre el rumor de los insectos y la transparencia del agua habitada como siempre por el abuelo de todos los abuelos de ríos, lagunas, serpientes, peces. Es Akodumo, el abuelo que puede viajar a las nubes cuando tiene sed y volver a la tierra para proteger a sus hermanos.

3.

Con el nuevo amanecer los labios de David Cody se separan rápido del Lucky Strike. Lleva la mano izquierda a su bolsillo y rescata una armónica Hohner. Me la muestra. Besa la embocadura, la afina. Aspira. Sopla sus lengüetas. Empieza los fraseos adornando una vieja melodía. Trata de cantar baladas con un *swing* relajado. Convertir en cada camino los sonidos en colores. Envolverse en la música *country*, su más antigua música. Quería escuchar el banjo tenor de cuatro cuerdas, mezclando notas en uno de los tres condados donde pudo vivir cuando joven, y en el que descubro las escrituras de las que siempre hablaba. Las de Sinclair Lewis a través de Babbitt, las aventuras de Sherlock Holmes contadas por Arthur Conan Doyle. *El mundo perdido*. *Los jinetes de la pradera roja* de Grey Zane, los poemas de toda una vida de Emily Dickinson, la seductora inventiva de Edgar Allan Poe, el río Mississippi en la vida de Mark Twain, y la grandeza de los retratos de amor de Walt Whitman, por el que deliró memorizando preguntas y respuestas en *Song of Myself*. Vuelve a recitarlo en voz alta.

Otra vez David Cody pone la armónica en sus labios. Cierra por un breve instante los ojos. En pocos segundos salta a

su mente el paso irremplazable de los ferrocarriles dominados por las puestas de sol entre las praderas de Texas. Texas, con sus alguaciles, sus *sheriffs*, sus *rangers* y su leal estrella blanca en la franja azul de una bandera. Texas con los consorcios financieros y la fiebre ardorosa del petróleo. Texas, donde surgió un primer amor, y donde pudo armar sus diarios de vida. Él se adivina bajo una gruesa lluvia llena de paraguas. Texas, siempre Texas en sus recuerdos.

Al salir el sol en Kariñakon, David Cody escucharía el intenso paso de las aguas, el morichal despierto batiendo sus penachos, las hojas que retumban al caer. Piedras pisadas con ruidosos cascos de animales. Era el nacimiento de una tempestad, se atrevió a mencionar, pero no había nubarrones. Con la misma sensación alegre respira profundo y puede sentir el perfume de las hierbas del verano. Mira nuevamente a su alrededor. Varias mariposas aprovechan el soplo de la brisa para armar sus piruetas. Todo parece estar en calma, pero entre sus oídos iba y venía un incontinente diluvio. Un eco errante. Muchos tipos de voces.

Al levantar la mirada hacia el horizonte, David Cody presiente los furiosos disparos. Ramas y troncos resbalando. Aguas que chocaban con las aguas. Todo lo que estaba a distancia extrema seguía sumergido en su cabeza. Trató de escuchar con mayor atención concentrándose en la lejanía, y apareció como fuerza el sobresalto de motores encendidos, el vibrante rastreo de los *bulldozers*, el paso de sismógrafos, la explosión veloz de la dinamita, el aire retorcido de las voladuras, las convulsiones subterráneas, el estrépito de tuberías. Pero todo aquello debía estar muy distante, me recordó al pensar en el campamento de West River. Calmadamente le confía a Puidei Chanco, que en sus oídos palpitaban reme-dos espantosos. El guerrero que logró sanarlo, revela que ya está fuera de las angustias de su vida y que ahora, con la luz

del sol, tendrá la virtud de escuchar lo que antes le resultaba impenetrable, y ver lo que nunca vio. Será un día único, este segundo día en Kariñakon.

¡Dios guarde a David Cody!

El camión número uno de la Guss nos espera a mitad de sabana. Visiblemente conmovido, David Cody piensa en las flechas invisibles. Añade despacio otras palabras, luego suspira. No comprende que debía vencer sus emociones para seguir al campamento de West River.

Él no logra controlar la ansiedad. Descubre que, efectivamente, podía extender las velas al viento. Como un niño asombrado escarbó sobre el suelo y fue acercando sus orejas a la arena. Dice escuchar las tráqueas de pequeños animales que luchan unos contra otros. Muy cerca los martillazos sobre un tronco, estallido de golpes, el crujido de los tallos. Como si hiciera un ejercicio matinal tumbó todo su cuerpo de largo a largo. Posa el oído izquierdo en la tierra y siente en el gran fondo pulsaciones de millones de años.

Baja a la sima. Insiste en su sondeo hasta dar con la viscosidad de los tiempos. Lo supo enseguida, y enseguida me lo dijo.

Percibió en el sendero la espesura del aceite circulando entre las rocas madres, el agua salada, los gases venenosos, los largos gritos, murmullos, aullidos, bullicios, ráfagas jamás imaginadas. Endereza su cuerpo de nuevo para elegir entre la verdad de las voces y el silencio. La cola roja de los farallones sopla fuerte hacia el manto del paisaje, y a escasa distancia, entre esculpidas grutas de arcilla, descubre a sabios y poderosos hombres bajo el dominio del más grande de los espíritus.

Pertenecen al alma de Mavare.

Un dios más.

Allí estaban sus cuevas manchadas de un fango muy antiguo. Relampaguea, y el cielo sigue azul.

David Cody pregunta si todo podía ser verdad. Me asegura más allá del delirio que no logra comprender un mundo semejante. Ni el más elevado de los sueños que se acostumbró a escribir durante treinta años tenía comparación con el sorprendente episodio. Un estremecimiento nos sacudió de nuevo a los dos cuando miramos la piel pintada del jaguar, que brinca apuntándonos con sus ojos. El mismo jaguar que se evaporó desde la maraca perforada abriendo sus dos alas. Todavía el cielo seguía en descanso. David Cody observa sin miedo la sombra felina que se extiende veloz sobre la hierba, y se agiganta, y se remonta hasta las nubes, con los ojos atrás de la cabeza, y agitados movimientos en sus plumas. Arroja la sabana, bordea el horizonte. El llano se oscurece, y estalla un trueno interminable. El relámpago incendiario del rayo precipita su descarga eléctrica hacia West River. Tiemblan los bordes del camino, y el fuego dibuja sus formas entre infinitas columnas de fuego, en la tierra quemada bajo el ruido ensordecedor de la tarde.

4.

Cuando ya nada se podía hacer para salvar a West River del pavoroso incendio, las gruesas capas de cenizas sustituyen la arena. La gente huye del rugido del jaguar. Soportan la tragedia increíble, los fogonazos. Ensemble de ruidos y explosiones.

Muros de llamas.

Del pesado aire donde falta el oxígeno, se eleva una tormenta que se pierde hacia la faz rojísima del firmamento. Es el color del desastre. El río más cercano se vuelve un lugar de leyendas. Sus corrientes cubren a los indefensos trabajadores de la empresa, a gente rubia, a gente de piel oscura, a gente común que gime. Varios reclusos con grilletas en sus pies tocan las aguas de la orilla. Pensaban que no sobrevivirían. Mujeres,

niños desnudos, ancianos, y animales heridos también tratan de nadar hacia una misma dirección. Desconocidos milagros cortarían paso al depredador movimiento, después que David Cody imploró de rodillas la intervención de los espíritus ante un cielo que cambiaría de lugar. Se dirige a Tamu y a sus dioses. A Ioroska, el dueño de la tierra, a Kaputano, el dueño de las lluvias, y de las nubes, y de las estrellas. Les pide separarnos del mal. Les ofrece apresuradas oraciones, y se entrega a sus dominios.

Nadie vio la escena lúgubre de una bandada de pájaros de gran tamaño en agitado vuelo. Colas azules, y alas totalmente extendidas, intentan alejarse de West River. Entran en combustión al chocar con las ráfagas, y se transforman en puntos diminutos de colores que desaparecen en segundos. De algún lado llegaron canoas, y remos, y extrañas barcazas al desenredarse la noche. Una tempestad contra otra tempestad, anotaría David Cody en su diario de vida tiempo después. Sobre la tierra arrasada por el fuego se planta el desafío de un intenso aguacero. Penetra veloz, a semejanza de una represa que estalla y rompe diques. Se abre espacio con gran algarabía y lo rebasa todo. La lluvia se transfigura en tromba alargada como un verdadero diluvio salvador. Nunca antes había ocurrido algo similar en todo el llano.

Doce horas de incendios serían suficientes para destruir el campamento petrolero. Al despertar el alba, la espesa humedad colgaba del cielo con sus destrozos, y podía verse como fue el fin del mundo. Toda la vegetación desaparecida, y en su lugar el viento amontonando cementerios de cenizas. Solo hay desolación, donde antes existían casas de cuatro aguas, y casas de palma y bahareque, calles de tierra roja y calles de perfectas arenas. Se identifican decenas de víctimas totalmente calcinadas. Casi dos años tardaron en recuperar el campamento transformado en escombros. David Cody entonces

hace referencia a las masas calientes de aire que, en alguna parte de su extenso país, se siguen conociendo como los vientos del diablo. ¡*Firestorm!*, repetiría, ¡*Firestorm!*, al referirse a la tormenta que derribó las estructuras industriales.

Las torres alargadas se reducen a oscuros amasijos de metales. Los equipos mecánicos, los grandes depósitos, los tanques, los *bulldozers*, los camiones, las pesadas grúas y contadas armazones formarían parte de una misma pesadilla. Quedamos pasmados. Dolía vivir. Aquel pedazo del paisaje perdió su cuerpo en el angustiante forcejeo con la hoguera. Una gran mancha de lava invade manantiales y lagunas. Flotarán por millares los peces descompuestos, y más allá, los troncos deshechos de animales del monte. En medio del trajín, se conoce la fuga de algunos forasteros que pagaban condena muy cerca de West River. Rompían piedras para el ensanchamiento de las trochas, y aprovecharon la confusión del momento. Tres de ellos fueron abatidos por guardias del Benemérito, en una zona que antiguamente resultaba boscosa. Eran prisioneros sacados de cárceles para abrir nuevos caminos entre los límites de las concesiones petroleras.

5.

La tragedia de West River me conduce a otro incendio que provocó la mano del hombre. Ordeno mis recuerdos. Llegué a conocer a David Cody tiempo atrás, en una estación de embarque petrolero del Lago. Nos cruzamos lejos de la aduana contra una tormenta que tocó nuestra piel y nos inyecta tanto miedo, como esta de West River. David Cody lo describe en su diario de vida con mucha exactitud. El pueblo flotante de los palafitos quedó cautivo dentro del basurero de las aguas. Los colores del fogueo se desparramaron hacia las anclas de los barcos, hacia las amarras de las plataformas, hacia las

corrientes oscuras y fangosas, por donde navegaban los cargueros. Iban con rumbo al norte. Alguien prendió fuego por simple reproche, y luego huye. Alza una enseña y se separa del lugar. Fue la primera vez que encontré a David Cody en Maracaibo. Lo vi sobre las aguas, buscando maneras de alejarse del vértigo.

Nadie había escuchado nunca ese apellido Cody, tan extraño que perfectamente pudo surgir de Irlanda por asuntos casuales, como ocurrió con tantos inmigrantes del Reino Unido de Inglaterra, miedosos de seguir en sus países tras la Gran Guerra. No hubo acuerdos. La Gran Guerra, la Gran Guerra se atraviesa de nuevo en mi memoria con el Séptimo Batallón de los Fusileros Reales de Dublín, y el de los jugadores de *rugby*, y el de mis condiscípulos del Trinity College, y el de los Voluntarios Nacionales Irlandeses. La Gran Guerra con el alzamiento de Pascuas, y una declaración de independencia, y más batallas, y fusilamientos, y trotes, y delirios grotescos. Provocó el éxodo después de duelos en combates. Simulación de asaltos. Ley marcial. Revolución.

Vuelve el gran Joyce.

Yo escucho su voz.

Su mano escribió graciosamente signos en el aire. Palabra interior. Palabra de Dios. Asomó tres frases nada más, cuando se detiene:

—Los movimientos que preparan revoluciones en el mundo nacen de los sueños.

—¿Vamos a ser leídos? —preguntó.

—¡Si vamos a ser leídos, hay que agregar que la lucha por la vida es la ley de la existencia!

En un navío sobre el Lago, aparece David Cody frente a mí. El agua se aparta muy pronto del lugar. Después resulta inevitable el contagio de la risa, mientras la tripulación baja a tierra, y hablan de las corrientes del abismo, y anuncian

cosas pasadas y pequeñas, y abren más sus oídos, y bromean todos con buenas intenciones por el curioso parecido entre nosotros dos. Un apretón de manos sellaría nuestra prolongada amistad. Los hombres que estaban bajo mi completa dirección ayudaron a los suyos mientras nos separábamos del grupo para conversar sobre este tipo de incidentes.

Ya el fuego devorador se había dividido varias veces, anotó David Cody en su diario, y en el Lago solo arde madera resinosa, sogas, escaleras y alguno que otro andamio de los viejos pilares. Una baba inflamable y espesa, que no se ve, rodeaba a cada pozo en las aguas muertas del desastre. Siempre existían riesgos, pero jamás llegó a ocurrir una amenaza tan grave como esta, que sacó de su sitio al pueblo de agua, en un abrir y cerrar de ojos. Más allá de los rasguños, afortunadamente, no hubo pérdida de vidas humanas.

Ambos vestíamos de manera similar, ropas de kaki y cascos redondos de aluminio. Logré entender que David Cody pertenecía a la Standard, y él también comprendió que yo trabajaba para los ingleses. Me adelanto a decirle que provenía de Dublín y que admiraba a su país. David Cody, por supuesto, retribuye el elogio, pero algo lo hace detenerse en una frase un poco rara.

—¿Dónde está el que contaba los cadáveres? —preguntó.

Él puso a un lado el casco de aluminio y enciende el semipiterno Lucky Strike. Asegura que vio decenas de cadáveres de mujeres desnudas flotando en la oscuridad de las aguas en un sueño fugaz. Despertaría con asombro, intentando contar a las doncellas muertas, cuando descubre a un desconocido que le susurraba números al oído.

—Olía horriblemente a combustible —asegura.

Luego llega a confesarme que distintos episodios como esos lo han marcado tristemente en la vida. Le dije que no podía someterse a los castigos de sus propias invenciones,

que no puede soldar sus actos de fe a circunstancias fortuitas como estas, y que el improbable historial de los sueños solo genera sugestión y temores. Ahora estamos tranquilos, le señalé. Él agranda las pupilas y mueve su cabeza despeinada negando mi opinión.

Tiene miedo de estar solo.

Es el destino.

—La muerte flota en esta superficie donde todos somos iguales, perdidos en el fondo del Lago —agrega en una larguísima disertación.

—¡Vamos a celebrar que estamos vivos! ¡Vamos a darle gracias a Dios! —fue mi declaración determinante tratando de apartarlo de sus fantasías. Ninguno de los dos imaginaba que aquel accidentado incendio tendría coincidencia con el memorable reventón en las aguas del Lago. Un chorro de cien mil barriles de petróleo brota del inmenso agujero entre las aguas, y alza vuelo hasta el firmamento. Los titulares sobre el Lago dieron la vuelta al mundo en 1922.

6.

Ese doblez onírico que a lo largo de la vida encauzó David Cody, comienza con el día de su bautismo. Annie Oakley, totalmente vestida de negro, y Frank Butler, con un pañuelo atado al cuello, lo condujeron a la imprevista ceremonia. En esa época ya montaría a caballo. Era una iglesia con bóveda de cañón muy distante de la aldea de su nacimiento. Una piedra bautismal rodeada por cuatro ángeles le produjo especial curiosidad, pero fue la redoma de color del nácar, con rostros de cabelleras desnudas, y la imagen de un globo terráqueo, lo que extrañamente despertó en él un especial interés por los anuncios del destino. Pensaba a menudo que era una virtud, que era un designio, que eran remanentes arcaicos de los que

no lograba desprenderse. Al soñar con la lejana tierra de su madre, y con el ungimiento en la pila bautismal, llegó a sentir como un dilema que la piedra donde fue reconocido como hijo de Dios cobraba vida y le domina. Más adelante, recitando su oficio, lo dejaría escrito entre cosas asombrosamente bellas.

En el internado donde se educó, escribiría otras historias quedando atrapado siempre en el ir y venir de los mismos sueños. Más que sueños, eran premoniciones. Destacan en su diario tres grandes secuencias con símbolos de piedras. Crecía y crecía tanto su figura alargada, que llegaba a tocar con su cabeza el techo de un amplio dormitorio revestido de piedras preciosas, gemas, zafiros, esmeraldas, rubíes. Entonces era dominado por vértigos incontrolables. Sintió temor de seguir creciendo al despedir la niñez.

En otro momento de pesadillas, cuando cursaba estudios en The University of Texas, veía su propio cuerpo inerte sobre grandes piedras en el campus universitario donde afloraron yacimientos de petróleo. Desde una torre iluminada de blanco era expulsado en caída libre, entre la cima del bloque de la corona y el piso de perforación. Se despertaba del gran susto con un intenso malestar de ahogo.

El tercero de los sueños no era tan repetitivo como los anteriores. Luego de salir de Norteamérica entraba en batalla contra los indígenas cerca del río Little Big Horn, llevando entre sus manos un revolver Colt y una carabina Springfield, con la que pudo repetir hasta diez disparos por minuto. Jinetearo al famoso potro Comanche, junto al Séptimo Regimiento de Caballería, un indio de larga cabellera y rostro pintarrajeado clavó en su cabeza un hacha de piedra muy filosa que le derriba del animal. Muere. Se levanta de nuevo al escuchar estruendosos aplausos, porque verdaderamente, solo era una representación del Buffalo Bill's Wild West, con unas

mil personas en escena. Él apareció estrechando la mano del famoso jefe indio Toro Sentado, mientras Buffalo Bill, a quien estaba dirigida la ovación, saluda con su sombrero en alto a todo el público en la inolvidable ciudad de New York.

Parte de esos sueños que me confió, y el revelador encuentro con la pila bautismal, entrarían en los primeros relatos de su diario de vida. Como verdadero sabio, escribe sin necesidad de tachar. Sin defectos. Eran series que iba dominando párrafo a párrafo. Climas distintos. Creaba episodios con evocaciones desprendidas de sus sueños, pero se fija también en lo que compartía a lo largo del tiempo con sus semejantes. Anotaba en su imaginación durante semanas y meses, lo que más tarde llevaba al papel. Línea tras línea, David Cody reinventa el mapa de West River.

A veces, David Cody dibujaba historietas. Me divertía en sus ratos de ocio. Traza un círculo grande en una hoja gruesa de dibujos, luego dos círculos más chicos sobre el círculo grande, y después la forma de una pera y de una cola de ratón. Como lo ven, es Mickey Mouse otra vez. Sigue haciendo círculos. Estampa en sus cuadernos dos ojos saltones, cachetes gordos y una pipa que imita a la mía. ¿Crees que soy un vaquero? Escribe dentro de un óvalo, y después otro óvalo, y una frase más. Termina la figura de Popeye con sus brazos musculosos y las anclas tatuadas. Alargamos nuestra charla. ¡*Pim Pum Pam!* El *comic book* viaja de New York a West River. Se habla como se habla, furtivamente. ¡Asombroso! Nos distraemos con las tiras cómicas, y también brindamos por la historia de Popeye y de Olivia Olivo, y de su hermano Castor, y de la gallina mágica.

Un suceso alegre de su pensamiento era el juglaresco canto de hombres a caballo, arreando el ganado. Detenía el camión de la Guss, y mostraba un leve toque de ansiedad. Era un regreso a su infancia. Cientos de reses guiadas por jinetes

que se abren camino entre las torres petroleras sin huir del ruido de motores en tiempo de vaquerías. Cantos altísimos de cabestreros que conocen el rebaño y lo guían en riguroso orden por la sabana abierta. Muchas veces memorizaba a Walt Whitman observando el arreo del ganado en las calles de Washington. Los hombres van a caballo, haciendo restallar sus látigos, diría el gran poeta sepultado en New Jersey, un mes después de haber nacido David Cody. Lo llegué a leer entre sus escritos salpicados de dibujos, con caballos de troncos largos, mulas, bueyes, humaredas de chozas y las grandes siembras de algodón.

7.

Más allá de West River, de oeste a este, donde el paisaje termina en vastísimo escudo con silueta de montaña, un día penetramos felices a la comarca de Guinea. Aparece en un extremo la imagen del poblado que nadie cita por su nombre. Solo cuatro calles de arenas. Casas de tablas. Horcones con figuras de héroes mitológicos. Pisos de tierra roja alisada. Techos de palmas. Nunca vienen forasteros a ese sitio llamado Palenque, a menos que se trate de criaturas desahuciadas en búsqueda de una posible salvación. Existe cierto miedo en acercarse al lugar señalado también con el apelativo de Guinea, y que para muchos representa la ciudad de los negros brujos, pero en Kariñakon es conocida como el pueblo de los esclavizados Neekoro. Situada cerca al río, se transforma en aldea única, una aldea distinta del país del petróleo, apegada a las costumbres africanas.

No hay personas rubias entre las cincuenta viviendas de Palenque, fortificadas con portones que se cierran siempre al caer la tarde. Hacia el norte y hacia el sur, en sitios de entradas y salidas, jóvenes centinelas hacen turno con sus armas

de fuego y con sus lanzas. Vigilan tiempo y medianías sobre garitas de piedras. Dirigen sus miradas hacia West River. Lo nombran como el campamento de los montes cavados con taladros, que también asocian con manos criminales. Es largo el sendero del asombro.

En Palenque se habla una jerigonza especial como el lenguaje que entendemos todos, y no resulta tan confuso. Queda oculto. Palenque queda lejos, y recorre la parte ruda del paisaje, tras una empalizada que atestigua la fuerza de su herencia. Allí se atenúa la intensidad del sol. Afuera hay muchas siembras de arrayanes morunos, confundidos con jazmines y hojas delicadas de fresca aroma, contra espinas hirientes, y hojas duras, como filamentos metálicos entre las plantas trepadoras. Ramas gruesas abrazadas a la gran muralla. Es variada la vegetación que hace un cerco y otro cerco, dibujando una diadema espléndida, desde los pies hasta la cabeza de Palenque.

En el camino familiar, adornado en piedras, se divisa una extensa siembra de calas con sus campanas blancas. Muy cerca, surgen girasoles que tiñen de amarillo gran parte de esa inmensidad, donde no se conoce el alambre de púas, ni muros de hierro, ni ojos de cerraduras, ni cárceles. En las zonas pantanosas crecen arrozales. Es otra vida, otra sustancia espiritual de la inmensa llanura. Destacan las siembras del maíz, lentejas, sorgo, ajonjolí, distintos tipos de tubérculos. Más allá de los árboles frutales queda el platanal con sus frutos muy tiernos.

Entramos de lleno a Palenque. Sentimos un bramido demasiado cerca. Cuelga de un árbol el cuerpo de una cabra de lomo grisáceo que acaba de ser degollada. Patalea y se desanegra. Su cabeza blanca se tiñe de rojo por completo. Ahora van al desolladero para después guisarla, nos dice René Chicaya, el jefe de la comunidad que viajó con nosotros desde West

River, y nos guió a Palenque. Nos muestra a cuatro bueyes que descansan, y hacia un lado, la sólida cabaña que sirve de granero. Luego pasamos al salón de los rituales.

En un altar exhiben distintas tallas de santos caretos. La de mayor diámetro es una con su Biblia en la mano derecha, y en la izquierda, la extravagante llave. Puede ser San Pedro Apóstol, pero parte de sus extremidades resultaron azotadas por las llamas. El fuego logró borrar sus rasgos de santo. Otras tallas han perdido pies y brazos. Son palos quemados a los que cuentan sus vidas en Palenque, cuando citan con nombres opuestos a sus dioses de las cortes africanas. René Chicaya explica que las imágenes están en reposo desde hace mucho tiempo, y fueron salvadas de las grandes hogueras de la guerra. Tenían la misión de quedarse en Palenque para proteger a los esclavizados libres.

De todo el conjunto incluido en los rituales, la más prodigiosa es una imagen de San Juan el Bautista, del que se conserva solo la cabeza, como resultado de su decapitación en el martirio. Es el patriarca de Palenque, y no fue víctima de la vorágine del fuego.

Desde la aparición de West River, igual que en Kariñakon, aquellos descendientes del África activaron sus fuerzas dormidas. Detestaban el petróleo, y lo entendían como maleficio. Era el demonio destructor de las fuerzas vitales de la tierra, de sus ovarios, de su ombligo, de las aguas, de las semillas elegidas. Llegaron a creer que originaba la discordia. Que era la tralla del látigo. Maldicen a los sismógrafos, y al estallido de la dinamita, y a los taladros de perforación. Sus primeras opiniones fueron de rechazo al uso del martillo sobre piedras. Pero David Cody, con un sabio discurso, truncó la posibilidad de una revuelta. En una parte del cielo que muchos no notaban, les hizo ver la silueta de un rostro omnipotente de larga cabellera y barbas azules en el cuerpo de Dios.

Ahora el encuentro será para hablar de paz, y compartir en los festejos. Suenan los tambores y se enciende la fuerza de la imaginación. Estallan los cueros. Algunas mujeres que visten de rojo se arrancan sus vestidos del cuerpo y baten las palmas de sus manos. Llevan sombreros de tafetán. Hay un rey y una reina que danzan dentro del gran círculo. Fue trazado con harina blanca. Hay otros altares diferentes, y sobre la fragancia de flores y pétalos, la cabeza de San Juan el Bautista, que ocupa el lugar más visible.

Se han tendido varios signos en la tierra, y se colocan ofrendas de ron, café, frutos y panes. A la reina le dicen Mamá y al rey, Papá. Tres hombres siguen tocando los tambores. Usan sus manos y palillos. Un cuarto hombre hace sonar un triángulo metálico. Entran a la escena jóvenes descalzos, mujeres con vestidos blanquísimos, y ancianos rezanderos. Cantan y hacen coros. El ritmo que sacude los cuerpos, está concentrado en el movimiento de los pies. El hombre que ha trazado el círculo con harina busca un gallo vivo, luego se llena la boca de ron, y rocía la cabeza y todo el plumaje del animal. Mete sus manos debajo de las alas. Saca una piedra gris y puntiaguda que le entrega a David Cody. Dicen que es una piedra de centella. Se hacen mucho más intensos los sones y la gritería.

René Chicaya se encarga de llevarnos a un mesón muy limpio rodeado de bancos de madera. Destacan figuras de frutos sobre coloridos manteles de hule. Colocan tres platos de peltre, cuchillos de carey, y la carne guisada de cabra con el arroz de Guinea. También destacan el salpimentero de plata y escudillas de barro, en las que se ha servido un caldo espeso. Aparece el sabor del comino, del maní, de arvejas cocidas, del ají picante. A nuestro lado, una mujer que canta canciones de épocas pasadas tritura plátanos verdes golpeando con un mazo sobre el otro mortero. Resulta un puré extraño y delicioso. Los músicos no paran de tocar sus tambores, mientras

René Chicaya toma la palabra, y nos cuenta que los abuelos de sus abuelos tuvieron que huir a una isla apartada, con niños negros, mulatos y zambos para alejarse del dominio de sus amos. Querían castigarlos con la muerte por apoyar a un líder libertario llamado Juan Joseph, al que le cortaron la cabeza con un hacha. Los abuelos de sus abuelos lograron la salvación y le transmitieron estas historias que ahora él nos relata muy despacio. René Chicaya nos dice que, siglos antes de la aparición de West River, recorrieron leguas y leguas navegando en un largo viaje sobre el Orinoco, y del Orinoco a un río, y a otro río, hasta llegar aquí con sus hermanos, y con la cabeza de San Juan el Bautista. Conformaron con el tiempo la gran familia de Guinea. Algunos fueron soldados y peones a la vez.

8.

Entre sus herramientas para el arte, David Cody exhibe un trío de plumas estilográficas de acero pulido con puntas de oro. Así como trazaba imágenes de su infancia, también dedica tinta nueva a los bailes y al ambiente de Palenque, y a muchos episodios de Kariñakon. Hace visible el inframundo de fondos marinos con peñascos, grietas, gigantescos sembradíos de corales, y cuerpos misteriosos de animales acuáticos. Sobre la tierra abierta, David Cody bosqueja el oleaje de las aguas oceánicas y sigue el rastro de las rocas. Le daba gusto desnudarlas en una página sin manchas. Las abre como flores observando su quebradiza piel de tinta negra. Se inclina a pensar que tienen vida, las rocía de perfumes, fija la vista en sus contornos, y las dibuja de izquierda a derecha como lo más natural del mundo. Rocas porosas de gran antigüedad en la cambiante geografía, rocas ígneas almacenadoras, rocas de granos gruesos, y de granos finos, potentes rocas madres

con sus magnitudes ocultas entre los siglos. Allí estaban las mayores fortunas del planeta.

Adosaría un invento a sus plumillas, y se detiene a calcular las edades de las piedras. Intenta descifrarlas. Nada de crear palabras ajenas a las piedras. Hunde sus brazos una vez, y otra vez, entre los abundantes yacimientos. Levanta su mano del papel. Piensa en el recorrido de miles y millones de años, antes de la aparición de la envidiable cuenca petrolera. Sigue entre sombras del claroscuro. Mares en medio. Olfatea. Olfatea todo el tiempo. Adivina el volumen de ricas reservas, y recrea frases proféticas, y paisajes mortecinos, y sueños. Sueños que vienen a buscarle.

Afianza los cálculos como si fueran cartas de navegación. Traza lo visible y lo invisible al describir los hechos con sorprendente exactitud. Se desplaza desde un punto diminuto, hasta un punto de fuga, para llegar a los sondeos, a la mezcla salina, a las formas de los gases venenosos, a la circulación del lodo, a la trama de los antiguos mares que están detrás, en lo profundo. De un yacimiento a otro, marca en su cuaderno con letras y números el valor de West River. Lo abrevia. Lo llama por el nuevo nombre. W. R. 1. con la fecha correcta de su verdadero nacimiento en 1925. Fue el pozo de mayores riquezas a miles de pies de profundidad. Dientes de acero de distintos trépanos buscan la cintura de barro, y penetran despacio en el vientre de las piedras.

Se escucha el sólido relincho del gran poder. Cambia de pluma estilográfica. Se desplaza nuevamente al margen superior izquierdo de una página, y comienza la descripción del evento. W. R. 1. reveló su alcance tras el temible reventón. Se aclaran las dudas. La palabra *blowout* corrió de boca en boca, esparcida por la brisa. Con el estridente disparo, como si jamás él hubiera disparado, detona la soberbia imagen al poniente del sol. Estaba coloreada en pólvora azul y metal

crudo. Despierta su fuerza. David Cody controla poco a poco su arranque de emoción. Repite el retuque. Entonces rehace airoosamente su dibujo entre las apariencias del suceso, porque sabe que se ha cruzado con la sangre de los mares, y ha visto lo que nadie jamás ha podido ver.

La presión incontenible del chorro de petróleo que brotó en West River aquel mes de febrero, deshace piedras, sales, raíces, tuberías encamisadas, válvulas de cierre. Viento y agua y gritos. Se quiebran las vértebras. Con su altura victoriosa, West River anuncia las edades que le dan la vuelta al mundo. David Cody regresa a sus cuadernos, hasta lograr que la tinta negra también haga eclosión. Un enjambre de líneas hasta el borde de la hoja está dedicado al asombroso instante. Nada le ofrecía tanto placer como ese oficio del que disfrutó toda la vida.

9.

Desde el día del reventón, el nombre de West River queda señalado con asombro. Llueve petróleo durante siete noches, y se coloca un monolito con su placa de bronce en la entrada principal del campamento. Hombres buenos y leales marcaron el suceso con en letras y números. W. R. 1. Surgen otros fenómenos. La luna se interpuso entre el sol y la tierra, y se oscurece New York. Se detiene la bolsa de New York. Por toda América se riega la noticia del reventón, y del nacimiento de West River y de las vicisitudes del eclipse anticipado, y de la mezcla de ambas cosas.

Todo coincidió con el año en que se funda *The New Yorker*, la revista ilustrada de Eustace Tilley, que David Cody recibía mes a mes. A David Cody también le gusta dibujar caricaturas de Tilley con sombrero, monóculo y bastón. Le gusta dibujar a New York, el humor de New York, los muelles de

New York, los barcos de New York, los coches de New York, el metro de New York, el eclipse de sol en New York. Dibuja y bromea con mi propio apellido, porque un famoso Lynch, que estoy seguro no pasó por Ellis Island, ni supo de Annie More, forma parte de las informaciones cablegráficas del momento sobre crímenes en Brooklyn. Le aclaro a David Cody, que el apellido Lynch al que pertenezco, es bien conocido, y altamente respetado, por revivir las mejores tradiciones de Irlanda, y nada tiene que ver con lo ocurrido en New York entre la mafia de la Mano Negra y la mafia de la Mano Blanca, y sus horripilantes aventuras.

Doy vueltas a las páginas. Después del crudo reventón los meses se prolongan, y una tarde de muchísimos rumores se ve el desfile de los gigantescos *trucks* levantando polvo y más polvo del camino. Aparecen vagones. Casas prefabricadas, materiales de construcción, juegos de cristales, mobiliarios, equipos y catálogos de las tiendas de Chicago, voluminosas piezas de metal, maderas y mármoles destinados a la siembra de la pequeña urbe. Semana tras semana seguían llegando, uno detrás del otro. Lo celebramos con canciones en los labios. David Cody dibuja el rostro de la paz perteneciente a una moneda de su país. Proyecta en el papel la pirámide trunca de trece escalones y un ojo vigilante que representa a Dios en el nuevo orden de los siglos.

La Guss Oil Company se expande. Confortables residencias, para la gente rubia y sus colaboradores inmediatos. Hombres, mujeres y niños que también entran en sus hojas de dibujos. David Cody divide en trazos firmes las diferentes proporciones de la misma fábrica. Pronuncia un discurso en memoria a su familia y bautiza la primera calle como la calle de Buffalo Bill. Eleva hacia un pedestal la estatua del invencible jinete a caballo con sus botas hasta las rodillas, su sombrero del Oeste, y su fusil en alto.

Aparece cabalgando en las noches. David Cody ilustra las mansiones con ventanas de cristal, puertas anchas y firmes, elevadas paredes. Golpea en el aire la figura piramidal de cuatro esquinas. Iba de menos a más, hasta incluir en los bocetos detalles de espejos, escaleras, columnas de hierro, confortables mobiliarios y adornos. Recaía en él la responsabilidad de poner en orden en el nuevo proyecto del campo petrolero.

Este sería el primer Campo Americano, dividido entre Campo Sur y Campo Norte. Aparecen en su vuelo jardines con semillas importadas, y cuatro tipos diferentes de césped, el dibujo de una capilla, un gimnasio, un campo de golf, otro de béisbol, un club con su salón de *bowling*, un centro de salud y un almacén que debe surtirse mes a mes con alimentos de larga duración. Todo estaba flanqueado por la bandera de tiras blancas y rojas, y sus cuarenta y ocho estrellas de cinco puntas, que alguien alargó sobre un despierto cielo azul.

A prudente distancia nace el laberinto de casuchas de barro, pisos de tierra, techos de palma y de hojalata, en dirección opuesta a los ocultos morichales de la luna. No hay carteles. No hay señalética. Solo un nombre. Campo Rojo. Es el primer nido arrabalero con garitos relucientes. Destaca una piedra pintada y el color de grana de la arena. Se fabrican redomas con flores silvestres, y silbidos de pájaros, y tímidos aplausos, y se trazan misteriosos senderos que conducen al viejo puente de los indios, y al botalón principal. En la gran roca de los petroglifos se definen cruces emplumadas, y apariencias de rostros gimientes. Figuras guerreras, flechas y velámenes en llamas, como lo representa David Cody en sus dibujos.

A diferencia de Campo Norte y Campo Sur, Campo Rojo fue asomando escondrijos, ranchos inacabados, callejuelas torcidas sobre la geomancia de la arena. Hay alegría en la

población trashumante que organiza guateques bajo las blancas luces de las torres de perforación. Gritan sus apuestas dentro de una gallera increíblemente pequeña. Llegan sin brújula en sus manos desde distintos ejes. Aparecen con la marca de la solana y los nudillos rotos. Aparecen y aparecen desde todos lados. Les llamarán criollos, libertinos, descuidados, por ser de modales diferentes.

David Cody hace mayor presión sobre el papel. Él los recrea con la coloración de sus pieles oscuras, tostadas por el sol, el cabello hirsuto, vestidos haraposos. Se instala largamente en los recuerdos y escoge otros árboles, y otro bosque, y otro ambiente. Un sendero bordeado de viejos troncos de castaño, el musgo, el liquen, pasos humanos, pisadas de caballos y de vacas, abundantes enredaderas y zarzas. Es distinto el sendero. Es el sendero campestre de Walt Whitman, el que revive en David Cody, y que imagina con lechones, aves de corral y temblorosas hojas de maíz. Lo recrea de nuevo en este inusitado territorio, donde no hay temor de salir a cualquier hora de la noche, ni hay noches sin guitarras, ni hay tristeza, sino alabanzas que terminan con las madrugadas. Dibujo tras dibujo ha trazado el comienzo de West River entre dos mundos desiguales, llegando a inventar un campamento petrolero que no se parece a ningún otro. Así quedaría escrito en su diario de colores.

Wild West Show

1.

Tras el incendio de West River, y a cuatro mil kilómetros de distancia, David Cody piensa en manadas de ganado y en fangosas llanuras. Imagina a Walt Whitman en el viejo Brooklyn, mientras una locomotora recorre los puntos preferidos de su tierra americana. Leo y escribo. Mar, viento, hojas, trueno, aguas. De regreso a su patria, David Cody visita en Colorado la famosa tumba del coronel William Cody, ceñido a la imagen de Tatanka Iyotanka, en Dakota del Sur. Vive imborrables recuerdos de estos dos personajes y evoca las conversaciones extendidas que escuchaba cada noche cuando niño. Se sentía como un rey.

Vuelve al juego de sus plumas estilográficas, y en una celebrada hoja de dibujos, los retrata con las manos juntas sobre la embocadura de un fusil. Sorprendido de su buena memoria me los muestra bajo una soberbia escena del Oeste. El Coronel luce su inseparable sombrero de *cowboy*, enormes ojos

claros, espesa barba, elegante traje de oficial de caballería y sus botas muy finas. Son similares a los trazos que habría repetido tantas veces en West River. Tatanka Iyotanka parece ornamentado con el color de la hoja seca, mirada desafiante, mocasines de piel de bisontes, vestuario de corteza de árboles, y adornos de antílope. La corona de plumas de águila se riega desde su cabeza hasta los pies entre las Colinas Negras, donde se enfrentaron civiles y soldados, atraídos por la fiebre del oro en Norteamérica.

Al hablarme de la infancia, David Cody me revela que fue en aquella época de sus días más altos de pasión, cuando llega a acariciar por primera vez las crines largas de un caballo llamado Black Amber. Lo alzan con voz de éxito en el aire, bajo la complicidad de Tatanka Iyotanka, y sin poder alcanzar los estribos lo encajan en la silla del animal. Aún era muy niño, y se maravilló de sentirse igual a los demás. Entonces, el musculoso potro, más alerta que nunca, abre el camino del desfile con suaves pasos. Sería un caballo negro reluciente, y de elegante trote, un caballo zalamero que no pudo apartar de su pecho. Entre música de trompetas y redobles de tambores, ensayo tras ensayo, aprendió el hábil manejo de las bridas, los distintos pases al galope, el uso de la soga. Tatanka Iyotanka vendaba sus ojos sobre el cuerpo de la bestia, y le hacía percibir a plenitud el repiqueteo de los cuatro cascos, los bufidos, las entradas y salidas del aire, el sudor en el cuello, las sacudidas de la cola, la manera de cocear. Le indicaba todo lo que debía saber, cuando el caballo diera señales de fastidio, de molestias, de miedos, de alegrías. De la misma forma que lo hizo con el animal de grupas relucientes, también llegó a la intimidad de los escogidos bisontes, y de toros, y de búfalos arrastrados en su imaginación.

Bajo un cerrado aplauso comienza la función de Wild West Show. Las escenas del Pony Express, con balas de fogueo, no

se hacen esperar. Aparecen las caravanas, las carretas veloces de las diligencias, los indígenas de cuerpos elásticos. La pista, en lejano tiempo de polvaredas, se llena de relinchos. Manadas de bisontes, altanería de toros, potros al galope.

En una lucha cuerpo a cuerpo, los grupos Sioux derriban de las bestias a los enloquecidos contrincantes. Se imponen finalmente los villanos blancos, pero imaginadas acrobacias se adueñan del terreno en una mezcla de asombro y de juegos.

Entre las mujeres francotiradoras del Will West Show destacó siempre Annie Oakley. Tenía el arte del certero disparo al cigarrillo de un *cowboy*. Corre sobre una bicicleta, y sigue apuntando sin error. Se sienten los zumbidos que lo atraviesan todo. A las monedas en el aire, a las escarapelas, a las bolas de cristal, a los sombreros voladores, a las flechas, a las lanzas y espuelas que pierden poder y se desmoronan.

Árabes, cosacos, mexicanos expertos en las charrerías, y domadores de fieras salvajes, flamean con orgullo sus banderas y participan en el homenaje a todos los jinetes del mundo. Se llegaba a una fase culminante cuando el famoso Buffalo Bill, del Séptimo Regimiento de Caballería, aparece sin interrupciones con un rifle de veinte tiros, platinas de oro y grabados de animales fantásticos. Trota sobre el blanquísimo y célebre caballo que vuela, y da inicio a una batalla más, donde han sido convocadas conocidas figuras del Oeste. Unos disparan los pulidos metales de tiro a grandes distancias, con sus casquillos saliendo por arriba, y otros muestran la imitación de finas armas pertenecientes al papa León XIII, obsequio de la Cofradía de Obreros Cristianos de Roma. El público grita emocionado y aplaude y aplaude con fuerza ante la gran escenografía que tropieza con la muerte a cada instante.

En su diario de vida, David Cody figura entre corceles, indios, vaqueros, toros, bisontes y el famoso perro Turk paseando por las calles de New York. Describe de forma extraordinaria

las carretas, el ganado y los juegos de lances del Wild West Show. Incluye momentos de tristeza y momentos de alegría en la línea íntima de Tatanka Iyokanta, quien le enseñó a imponerse con el caballo amaestrado. Pocos meses estuvo a su lado y sentiría el mismo afecto a lo largo de su vida. Con las demostraciones de arrojo del gran jefe indio percibe de una manera diferente el abrazo temprano del sol, la influencia de la luna, de las estrellas, de la lluvia. Conoce el secreto de los bosques, el encanto de los ríos, misterios de pájaros y peces. Se hizo profundamente humano, y sintió muy cerca la felicidad.

Sitting Bull era el nombre auténtico de Tatanka Iyokanta, a quien David Cody representa en sus dibujos como el más audaz de los guerreros. Al despedirse del Wild West Show, le deja de recuerdo su amuleto Sioux, donde se incrusta la pequeña esmeralda como símbolo.

—¡Cárgalo siempre contigo! —le insistió Sitting Bull.

La preciosa piedra penetró en su imaginación y le acompañaría entre mil vicisitudes. A ella le ofrece sagradas oraciones al conocer la terrible noticia de su muerte. En la reserva de Standing Rock, donde son adoradas las Colinas Negras, un grupo de hombres de pechos de metal, que nada entienden sobre paz, someten a la fuerza a Tatanka Iyotanka y le asesinan por sus creencias religiosas. Eran simples confidentes del ejército, y le disparan a la cabeza con potentes armas. Durante un frío invierno de diciembre siguieron los ataques contra hombres, mujeres, niños y ancianos en Dakota del Sur. Todo estaba perdido ya.

2.

Sin ningún tipo de reservas, David Cody me conduce al punto más lejano de su niñez. Me explica en Colorado el origen

del apellido principal, la línea directa de su descendencia, y el temprano encuentro con el coronel William Cody en el Oeste.

La chiquillería que llega en tren a las praderas, es organizada de manera rápida. Avanzan en filas por docenas, entre los de mayor a menor estatura, y todos se sitúan frente a la locomotora marcada con el número noventa. Están atentos a lo que pueda ocurrir, y con el ojo en el bullicio, empiezan a observar las figuras de adultos que murmuran. En el andén se presentan hombres de bigotes y de barbas, mujeres de largos trajes que examinan detenidamente sus gestos, la manera de comportarse, la posición de sus cuerpos, sus dentaduras, sus peinados, las formas de sus piernas, de sus pies, de sus manos, como quienes miran en la intimidad detalles de personas extrañas. Rostros que se amontonan y charlan. Aquel viaje tendría como único propósito encontrar sociedades adoptivas que se hicieran responsables de los niños huérfanos. Desde temprano se ha convocado a las organizaciones benefactoras, y a la prensa, y a los *sheriffs*, y a los jueces, y se anuncia la llegada del tren a la llanura con la inscripción de un oráculo:

«Los pueblos los irán acogiendo y los llevarán a su lugar».

El Coronel, en compañía de Tatanka Iyotanka, ha decidido enrolarse en la campaña nacional de adopción. Él desea transmitir a su patria un mensaje de paz, y ofrecer ayuda a cientos de niños que merecen el calor de un hogar. Está deseoso de encontrar algún chico con amor por la vaquería. Ya lo ha calculado. Los va observando de dos en dos, entre hembras y varones. Resultan extraños. Algunos se muestran ariscos, con la mirada lenta, vencidos por el tiempo del viaje. Otros, despojados de temores, ofrecen limpias sonrisas que se vuelven contagiosas. Los menos tímidos bailan y hacen pantomimas. Son semblantes de niños pobres, que sueñan con la posibilidad de encontrar una vida menos dura en otro lugar.

Recuerdos tremendos del sufrimiento se van apretando en su imaginación de criaturas inocentes.

Mientras toca el nudo de su corbata, el Coronel observa al pequeño de ojos imantados y nariz ganchuda, que sobresale por el color encendido de la cabellera, y por su curioso aspecto de niño trotamundos. Era el único pelirrojo con pecas, que por lo general no resulta preferido entre las familias adoptivas. El coronel Cody le pregunta su nombre, y él quizás sin entender, responde velozmente, mirando con asombro la figura del hombre corpulento:

—¡David! —gritaría muy fuerte.

Y se echa a llorar.

Sin detenerse en ningún prejuicio, el Coronel le alza con muchísima fuerza hasta hacerle tocar su sombrero oscuro de *cowboy*.

—¡A partir de ahora te llamarás David Cody! —le asegura.

En el ambiente se repiten los aplausos, y un fotógrafo de apellido Lewis, detrás del cajón de su cámara, deja grabado el instante que se acompañará con el titular de los periódicos:

«David Cody, el niño huérfano que ha entrado a Wild West Show».

Así estaba escrito en el contenido de su diario.

Aquel domingo que arrojaba una luz totalmente diferente, él hilvana otros recuerdos.

—¡Qué pena me da no haber estado antes en este mismo lugar! —David Cody sigue hablando frente a la tumba del coronel William Cody, y alaba la sencillez del túmulo revestido en lajas blancas.

Me dice que el Coronel fue bautizado un día cercano a su fecha de muerte, ocurrida en pleno invierno al comenzar un mes de enero. Se encierra por instantes en su propio silencio y da relieve a su memoria. El Coronel, al igual que lo hizo Tataka Iyotanka, también le contaría largas historias de su vida

de niño antes de la guerra civil de Norteamérica. Cuando repasa los momentos de infancia del viejo vaquero se tensan las cuerdas de su corazón.

Fue en Salt Creek, durante una época turbulenta de Kansas, donde se instala la escuelita de primer grado del coronel Cody y la deja atrás, al decidir cruzar la frontera para dedicarse a la vaquería. Él también era huérfano. Su padre Isaac Cody, defensor de los esclavizados africanos, fue apuñaleado al oponerse al racismo y fallece poco tiempo después. Pierde su hogar. Recorre las llanuras desde el río Missouri hasta California. Se volvió un experto en las faenas de la vaquería, y remontaba desiertos, y dormía a la intemperie chocando con la noche.

Una tras otra reitera estas proezas. Se encomendaba a Dios acompañado solo por su vieja escopeta Lucrecia, su caballo Busking Joe y su famoso perro Turk. Fue soldado en la guerra Norte-Sur por la libertad de los esclavos y, mientras la Kansas Pacific Railroad avanza con los rieles del ferrocarril hacia el Oeste, sigue en sus faenas, entre miles de bisontes. Armado siempre con su revólver Colt, atravesaba ríos, praderas y cadenas de montañas, como las Rocky Mountains cerca del Green River, donde ahora está su sepultura.

Todo lo que conoció en el Oeste lo representa luego en sucesivas escenas teatrales. Se relaciona con los pueblos de indios, y obtiene la confianza de Tatanka Iyotanka para incorporar al Wild West Show a la gran familia de los Sioux, después que su popularidad de vaquero creció infinitamente bajo el nombre de Buffalo Bill. Fue entonces cuando David Cody, el niño huérfano, apodado el Pequeño Jinete por sus destrezas sobre el caballo negro, logró convertirse también en una estrella.

Tiempo más tarde, al graduarse de ingeniero en la Universidad de Texas, David Cody recibió la noticia de la muerte de

Buffalo Bill, pero no estuvo en los pomposos funerales. Supo que el cadáver se protegería por meses en un lugar de Denver, esperando la despedida larga del invierno para su sepultura en las Montañas Rocosas. Quedaría escrito por el propio David Cody que, al fundar un campamento petrolero junto a la cuenca del río Orinoco, la principal calle de West River llevará ese nombre de su estirpe. Buffalo Bill. Así se llamaría la calle rodeada de jardines, y en su entrada principal se colocó la figura ecuestre que representaba al coronel William Cody jineteando al caballo Ishan.

Los relatos que David Cody me transmite en Colorado, conformarían un especial capítulo de su diario. Nunca quiso escribir sobre las sensaciones de la vida antes de tomar el tren de los niños huérfanos. Tenía razones para no hacerlo, porque en un pueblecito de indios cercano a Coahuila, en esa parte de México, al sur del río Grande, donde nació rodeado de bisontes, escucharía con dolor la historia poco conocida del verdadero padre. Comprende que era imposible saber los misterios de su origen. Solo entendió que fue hijo de un extranjero, comerciante de Texas, elevada estatura, pobladas barbas, sombrero negro, botas de piel de cocodrilo, pelirrojo como él, y dedicado a la compra de ganado. Lo apodaban como el texano Cero Treinta y Tres, por el número grabado en la culata de su carabina *western*, y perdería la vida al enfrentar a un grupo de cuatrerros, conocidos como los vengadores de Joaquín Murrieta.

La mayor tristeza de David Cody se debía a la tragedia de su madre Izel, quien resultó embarazada por el vaquero comerciante en una época de turbulencias. Fallece el mismo día del parto. Así vino al mundo el pequeño David, huérfano de padre y madre. Siempre mantuvo la imagen de Izel como la de una joven atractiva, de exquisita alma, de frágil cuerpo, larga cabellera, mirada cautivadora. La imaginaría como a una

diosa de la vegetación con su cántaro vertiendo aguas hacia el sonido de una cascada. Así la llegó a dibujar. David Cody era misterio para todos por los ojos azules. Un tío indígena que se encargó de criarlo, lo llevaría de un lugar a otro lugar, donde prevalecen los mugidos de animales. Nunca echó de menos la aldea en la que nació. Fue ese tío Apanco, quien le habla del rapto de Izel, y del pecado de la lujuria, como un ciclo que se repite en determinados tiempos.

Desde pequeño siguió aprendiendo entre la cría y el pastoreo y las costumbres de las bestias, y se fue en el éxodo hacia el otro lado del río Grande. Al confesármelo, siento que olvida más de lo que podría recordar de su primera infancia. Se queda callado por momentos, y sin apresurarse, sigue el hilo de la narración.

Pertenecía a un país y a otro país. De este modo pudo hablar dos idiomas a la vez, hasta que una tarde, después de la muerte de su tío Apanco, fue recibido en el albergue de los chicos huérfanos, y llegó a contarle a esos niños cómo era la vida en las vaquerías, logrando imitar con su voz el sonido de las bestias. Esto causaba gracia entre las esperanzadas criaturas, que habían vivido en otras realidades. Ellos le hablaban del comercio, de los coches, de las estaciones de trenes, de las fábricas, y de las picardías que inventaban para vagabundear en las grandes urbes. Le hablaban de las sombras de las noches entre calles y callejones. De lugares hediondos y peligrosos. Le hablaban del duro sueño.

Cuando menos lo creían, todos fueron llevados a escondidas al ferrocarril. Miran la claridad del cielo, la polvareda del desierto, las manadas de caballos, y las figuras de montañas cambiando de color de un paso a otro. Ninguno llegaba a imaginar su destino inmediato, pero él siente una corazonada, y soñando en alto, piensa que, en esas otras latitudes, hacia donde marcha la locomotora reduciendo al mínimo su

paso, podría cabalgar sobre algún caballo, como los que ve a lo lejos. Se hacen más fuertes sus deseos, cuando un bocinazo anuncia que la travesía llega al destino final. Se ilumina su semblante. Con un juego de palabras sostiene la idea de que aparecerá en su corazón, tal cual lo imaginó, un hombre alto, de pobladas barbas, sombrero negro y botas de piel de cocodrilo, al que mirará por vez primera. Al descubrir a Buffalo Bill al lado de Tatanka Iyotanka, presente que ha encontrado al nuevo padre americano que lo salvaría de los castigos de la vida. Lo percibe como a una estrella en su sendero.

3.

Buffalo Bill permaneció eternamente en la memoria de David Cody. Era el principal héroe de una escritura, que releía tantas y tantas veces, y que en West River resultaba su mayor refugio. Buffalo Bill descendiendo desde una escalinata para someter a los forajidos. Buffalo Bill en cada entreacto, con el pie izquierdo en un estribo. Buffalo Bill a pleno galope saltando entre dos caballos. Buffalo Bill con cincuenta y dos cartas en un torneo de póker. Buffalo Bill descubriendo otros mares para conocer a la anciana reina Victoria de Inglaterra con su corona de diamantes, y al papa León XIII sobre su trono. Buffalo Bill en lugares tan famosos, visitando el Palacio de Windsor y el Vaticano. Vaqueros, indios, manadas de caballos y bisontes le abrirían el camino.

Al escribir sobre su temprana niñez en el Wild West Show, David Cody exalta un capítulo del recorrido por la Gran Exposición Universal, la tarde de un sábado en París, cuando se extravía entre la zona de Trocadero y el Campo de Marte. A cierta distancia se encontraba el zoológico humano, al que acude el capitán John Burke con los belicosos Pieles Rojas. Los científicos de la Gran Exposición Universal examinaron sus

cabezas chatas, los pómulos, las mandíbulas, las bocas torcidas, antes de admirar una prueba de fuerza con las manos que terminaron en aplausos. Aquel sábado de grandes anuncios, David Cody contempla la hermosa ciudad desde la Torre Eiffel. Baja hacia los jardines, y se encuentra con los amplios palacios, y el río Sena, y los pequeños barcos navegando.

Siente un olor áspero al llegar a la afamada villa de África, de paredes de barro. Lo sorprende un ruido de voces, y un grupo de pigmeos tan diferentes a los demás hombres. La escena era imposible de entender. Descubrió también chimpancés de cejas abundantes, jirafas, leones, leopardos, y las grandes caderas de mujeres que danzan con sus torsos desnudos. Observa el lenguaje de los cantos de África en París. Cientos de ciudadanos se habían detenido a su lado para contemplar el espectáculo. Al darse cuenta que estaba tan lejos del zoológico humano y del capitán John Burke, y de los Pielas Rojas, trata de emprender la retirada, guiándose solo por la ubicación de la Torre Eiffel. Tiempo más tarde, patentizó esta escena de la Gran Exposición Universal, dibujando los animales de África en una misma página de su diario de vida.

El relato de Francia no concluye aquí. David Cody contempla en el camino a los numerosos personajes que se acercan a la Torre. Hombres, mujeres y niños que llevan trajes típicos de la China Imperial, del Japón, de Arabia, de la India, y que celebran felices su llegada a París. El planeta entero se ha dado cita en el imponente escenario, y el nombre de Buffalo Bill con el Wild West Show está entre los que destacan por sus aplaudidas aventuras. Entre pabellones desarmables de vidrio y de metal, David Cody se percató de que la tarde ha terminado. Le deslumbran las inmensas cascadas, las aceras giratorias de madera, lámparas a gas y bombillas eléctricas encendidas. Los fuegos pirotécnicos dibujan bandas de colores sobre la Torre Eiffel. La noche llega con su perfume encantador.

El sonido del agua, cada vez más intenso, lo conduce hacia una misma dirección. Observa un desfile de soldados de casacas chillonas. Descubre una voz muy elevada y perfecta. Es Annie Oakley, vestida con guantes y sombrero de lana, quien viene pedaleando su bicicleta azul para anunciarle que las funciones del Wild West Show en París han terminado. Deberían embarcar en el puerto de Marsella y llegar a España en pleno invierno. Los interrumpe una gitana joven de graciosos gestos y brillantes ojos negros. Canta una copla mientras hace sonar las castañuelas, dice que es sevillana, que se llama Lucía, y se presenta como la adivinadora de la Gran Exposición Universal. Le pide a David Cody que le ofrezca su mano derecha, y luego la izquierda, para leer lo que ocultan sus palmas. Las manos se confunden en un mar de ilusiones. La gitana le indica que es un niño perseguido por la línea de la buena suerte que lo conduce a conocer muchos y muchos lugares del mundo que no borrará el tiempo. También lee que es un niño triste y sin hermanos, que enfermaría antes de volver a su tierra americana.

—¡Infortunada criatura!

Le dice que lejos de su patria aparecerá en espantosas tragedias al terminar la vida.

—¡Buena suerte, David! —exclama la gitana Lucía en perfecto idioma español, antes de separarse del Campo de Marte vestida de rojo.

Quedó solo la estela de su perfume de jazmines. Un minuto, solo un minuto resultó suficiente para escuchar todo aquello frente al asombro de Annie Oakley.

4.

Al llegar a Barcelona con el Wild West Show, David Cody busca el gigantesco monumento de hierro y bronce, que

representa a Cristóbal Colón. Toma el pequeño elevador, y asciende solo una vez acompañado por Annie Oakley. Mira desde lo alto a la antigua ciudad romana, y al cielo gris desolado y sin nubes, y a los ojos alegres de Annie Oakley, y a las ramblas, y al océano infinito por donde atravesaron con escándalo las primeras noticias de América. Es el mismo océano y el mismo mar Mediterráneo sobre el que navegó con su caballo Black Amber en aquel vapor llamado *Palma*. Se quedaría grabada en su memoria la primera noche en el Hotel Cuatro Naciones, donde Buffalo Bill, supersticioso como siempre, pidió comer langosta el último mes del año.

Un chef italiano, conocido como Antonino Salvatore, recomienda el plato *lobster* a la Newburg. El chef quiso demostrar sus habilidades líricas, y con su voz de bajo profundo canta versos del Gran Inquisidor, para representar la lucha de la libertad contra la opresión. Dice que se trata de una de las óperas más populares, y sigue y sigue en su aria, hasta llevar la escena a la cocina. David Cody, siendo el niño que era, vio cómo introdujeron una langosta viva en agua hirviendo con sal, cómo le quitaban las patas, la abrían con un martillo, la colocaban boca arriba, y le cortaban la concha con tijeras, la volteaban de nuevo, le extraían la tripa venenosa con la punta de un cuchillo, y aprovechaban la cola por completo. Vio finalmente cómo la sazonan en trozos, con mantequilla, jerez y nuez moscada. Era una página demasiado graciosa de su diario de vida, en la que anotó:

«Me asombra haber sido capaz de ver aquello».

A pesar del miedo por la muerte del animal, llegó a probarle con pedazos de pan tostado. Finalmente, el cantante de la ópera le obsequia una deliciosa crema catalana para dar por culminada la emblemática noche, donde ofrecieron a Buffalo Bill la mejor botella de vino de la casa.

David Cody no pudo estar en las funciones del Wild West Show en el nuevo hipódromo del barrio de Gracia, tampoco retornó al Hotel Cuatro Naciones. En Barcelona, el Hospital de la Santa Creu se convertiría en su lugar de reclusión mientras sanaba de elevadas fiebres. Fue en aquel edificio de grandes arcadas, fijo en sus recuerdos, donde Buffalo Bill le hablaría de su nuevo destino, separado de las giras del Wild West Show. Todo quedó listo antes de festejar la Noche Buena.

Ya no podrá ir más al galope en su caballo, ni disfrutar de los desfiles en las grandes ciudades. David Cody logró vivir intensamente en el mundo de sus sueños a esa corta edad. Al iniciarse el nuevo año, iría a un internado de Texas, donde le esperaban los mejores colegios y una formación profesional de grandes exigencias, como lo calculó Buffalo Bill. Se hizo un geólogo de renombre, perteneciente a una respetable sociedad científica de la academia. Los fines de la petrología sería su definitivo oficio, pero nunca se ausentó de su alma el goce del Pequeño Jinete, como tampoco se separaría del talismán de los poderes mágicos que le entregó Tantanka Iyotanka. Fue muy repentino para él, alejarse de los vaqueros del Séptimo Regimiento de Caballería, con sus uniformes azules, bajo el mando de Buffalo Bill. Entonces, mientras veía caer la nieve desde el Hospital de la Santa Creu, contuvo las lágrimas cuando Annie Oakley apretó sus manos fuertemente.

En Colorado, aquel domingo de primavera, al decirme lo que estoy diciendo, todos esos destellos de la infancia echaban a correr en su memoria. Yo sigo el historial que brota de sus labios. Trae por un instante la imagen de la gitana que no pudo evadir en París. Estaba en lo cierto. Lo que más le dolió de la muerte de Tatanka Iyotanka, en Dakota del Sur, fue enterarse del crimen un año después, como la gitana Lucía lo llegó a presagiar. El propio Buffalo Bill le confirma

la terrible noticia en una primera visita a Texas. Le explica los detalles del suceso. Al oponerse a las leyes, además de Tatanka Iyotanka, fueron abaleados su hijo más rebelde y otros doce indígenas Sioux. No aceptaron nunca el saqueo de las tierras sagradas por la avaricia de la fiebre del oro. Se llena de inmensa emoción al recibir el obsequio de una pequeña escultura, donde se siente retratado galopando a sus anchas sobre el potro Black Amber. Luce orgulloso sobre el animal, percibiendo el enredo de la brisa que se ha combinado a la perfección en la hermosa obra dedicada al Wild West Show. Por solicitud de Buffalo Bill, un talentoso artista de New York, llamado Frederic Remington, realizó en bronce la increíble pieza para él. Cambia de colores con la luz, y tiene grabado un título: El Pequeño Jinete.

Frente a la tumba de Buffalo Bill, David Cody piensa otra vez en la gitana. Percibe la fragancia exquisita de su perfume, la mirada misteriosa, el poder de su voz. No la olvida, y ahora, después de tanto tiempo, se despliega en su corazón el gran deseo de encontrarla de nuevo. Le habla al recuerdo de la gitana. Quisiera tocar su piel, anillarse a sus dedos. Quisiera dar un salto sobre el abismo de los años, y devolverse en la noche al mismo punto del Campo de Marte, donde la descubrió con su pelo negro adornado entre horquillas de plata. Desea que la adivinadora de la Gran Exposición Universal le pronostique las nuevas sorpresas cuando lo envuelvan una vez más los calculados soles del río Orinoco, que tampoco logra apartar de su mente, mientras seguimos entre las Montañas Rocosas. Da por concluida la visita al sepulcro de Buffalo Bill. Me dice que debemos marcharnos. Mira su propia sombra, a la que le dedica otras palabras al caer la tarde, y me guía hacia adelante. La imagen de la gitana no se retira. Invade su espacio, pero él no siente deseos de borrarla. La sigue elevando en la intimidad

del pensamiento. Fue un amor a primera vista, lleno de la fragancia del jazmín, me asegura. Ese domingo que termina con la aparición de la luna, lo entiende de nuevo. Un minuto, un solo minuto bastó para el hechizo.

5.

—¿Quién como él? —digo yo en mis adentros.

La historia de Will West Show, vuelta a narrar sobre las Montañas Rocosas, me deja intranquilo, pensativo. De Colorado retornamos a Texas, deteniéndonos en un sitio y otro del largo camino. David Cody me conduce a Denver, Kansas, Oklahoma. Me conduce a la famosa carretera madre, y a las mil maravillas de aquel trayecto bajo el sol hasta llegar nuevamente con los días a las inmediaciones del río Grande. Pasan por mis pupilas los desiertos, montañas, sus cimas, colores y laderas que destacan contra un cielo índigo de primavera. David Cody insiste en dibujarlo con palabras de Walt Whitman. Le doy la razón. Debo reconocer que hasta ahora no he visto nada igual.

David Cody me confiesa que siente como una eternidad los dos años transcurridos en Texas. Sigue dibujando. Sus trabajos se publican en revistas que critican la ley seca. Se cartea con numerosos diseñadores de Europa y Norteamérica. Ocupa parte de sus días ensayando encuadres y juegos con una cámara fotográfica que besa a cada rato. Rostros en primer plano, el tumulto de la gente, la atmósfera urbana, las vidrieras, las calles del comercio repasadas por vistosos carruajes. El enfoque es preciso. Luego de copiar tantas imágenes, redacta frases sobre los bordes del papel. Me habla de sus vínculos con la fotografía de vanguardia. Se ha interesado por lo que ocurre en Alemania con una escuela, entre las mejores del mundo, donde surge una nueva clase de artistas que deben

empezar desde cero. Sigue a los maestros que le otorgan especial trascendencia a la palabra. Forma parte del círculo de amigos de algunas revistas, y promueve la idea de escribir todo en minúscula, porque así se ahorra tiempo.

—¿Para qué escribir mayúsculas cuando no pueden pronunciarse? —repite en voz alta, y me asegura que extrajo esa frase de las ideas de la escuela Bauhaus.

—¡Bienvenido a su casa, distinguido señor! —me dijo el primer día de nuestro encuentro en Norteamérica, exhibiendo como siempre su cigarrillo Lucky Strike.

—¡Sentado aquí, en soledad, he estado meditando sobre mi vida! —declama David Cody en un verso.

Después del abismo de West River mantiene demasiado vivos los recuerdos. Todo reducido a cenizas en una misma noche. No hay dudas. Fue una advertencia de los dioses. Logró salvar algunas páginas de su diario de vida, y ahora en Texas, frente a una máquina de escribir, las transforma en un largo y asombroso relato. La distancia entre esa franja de la tierra americana del Sur, bañada por el Orinoco, y esta otra al Norte, con el río Grande a su lado, se traduce en una larga espera, en la que David Cody no deja de pensar sobre el retorno al país del petróleo. Es su obsesión. Él se entusiasma, y me cuenta que, además de moverse a New Jersey, para visitar la tumba de Walt Whitman en el cementerio de Camden, ha podido conocer en el Condado de Park la ciudad de Cody, donde el nombre del coronel William Frederick Cody es el más citado, tanto por su fama, como por la proeza de fundar aquella ciudad donde vivió contando su historia de vaquero.

Contemplé en su casa de Texas el curioso parecido entre Walt Whitman y el coronel Cody. La personalidad de estos ídolos se acentúa en dos retratos muy clásicos de sus años finales de vida. La barba blanca y extensa, la corbata de lazo, y el sombrero oscuro de ala corta, refuerzan la imagen. David

Cody no esconde para nada su creciente interés por la fuerza cósmica de Whitman. Me habla de los comienzos y del final de su poderosa vida de poeta, a través de varias estaciones, y me habla de lugares espléndidos. Me habla sin límites del apetito de Walt Whitman por la literatura y la música. Me habla de la línea cronológica de los Whitman, remontándose hasta la Vieja Inglaterra del año mil quinientos, y cita a Juan Whitman y al reverendo Zacarías Whitman, los primeros Whitman de esa estirpe en llegar a Norteamérica. Sigue enamorado de la *Séptima sinfonía* de Beethoven, que demuestra su poder de despertar el alma, y su imposibilidad de ser expresada con palabras.

—¡Lo dijo Whitman! —me repite.

Ha frecuentado mucho Broadway, la famosa avenida de New York, que el escritor recorría para encontrar algo nuevo en esa corriente humana e infinita. Con las imágenes de Broadway, David Cody se traslada al tiempo del artista que tanto admira. Me dice que Edgar Allan Poe y Whitman se conocieron en mil ochocientos cuarenta y cinco, cuatro años antes de la muerte de Poe en Baltimore. Me asegura que también admira la obra de Poe. Me habla de muchos otros pasajes.

Le entrego a David Cody el *Ulysses* con sus personajes escapados de la Torre Martello de Dublín. Me responde que sigue prohibido en Norteamérica después de una década. Enciende otro cigarrillo y agrega:

—La boca puede estar mejor ocupada que con un tubo de hierbajos fétido —sigue hablando y me hace reír nuevamente.

Con el volumen que le ofrezco, ahora tiene dos *Ulysses*. Me muestra en el tomo azul el nombre del gran Joyce, y me dice que lo adquirió a cambio de cien dólares, en una compra clandestina en la ciudad del sur. Se adueñó del *Ulysses*, pero no ha terminado de leerlo. Hablamos por un rato de algunos

personajes. Su preferido, además de las camareras, hermosas de medio cuerpo para arriba, es sin duda Stephen Dedalus, con quien se identifica muchísimo, pero se siente acompañado en su emotividad por el ácido humor de Leopold Bloom, al preconizar un mundo nuevo reemplazando al viejo, que debería ser obligatorio para todos.

—Quizás como él, también yo amo el peligro, y me gusta hacer trucos —traduce David Cody, para dar por cerrado este breve elogio a la tarea inacabable de James Joyce.

Finalmente nos sentamos a ordenar las ideas, mientras su cocinero Leo Lee, en puntual ceremonia, nos ofrece una taza de té.

—Ahora el regreso a West River será una verdadera expedición —me dice.

Hace girar la gran esfera geográfica de un globo terráqueo. Vemos sobre el trípode la circunferencia de la tierra que da vueltas de polo a polo con todos los países, y medimos centímetro a centímetro el trayecto del viaje. Las coordenadas nos aproximan al mar Caribe, y de nuevo al río Orinoco, en el mapa del mundo. Allí está dibujado con exactitud el país del petróleo, y se citan muchos ríos y montañas y valles y ensenadas y las primeras y las últimas ciudades y el Lago de Maracaibo, pero el nombre de West River no está.

—¡Yo lo haré aparecer! —insinúa exultante David Cody, y me indica que ese globo terráqueo de un metro de diámetro formará parte de su equipaje de regreso.

—¡Yo haré aparecer a West River para todos! —repite con valor y fuerza.

Entonces toma la palabra de nuevo, y me asegura que tres días con sus noches serán suficientes para cumplir el regreso hasta West River.

Una larga conversación en la goleta *Yankee*

1.

Durante toda una semana se ensaya el plan de navegación hacia los vericuetos de West River. Además del globo terráqueo se incluyen en el viaje las sopas, las frituras, el sabor del jengibre, del curry, y la variedad de salsas marinadas a las que se acostumbró David Cody en un tiempo doblemente compartido con Leo Lee, quien lo seguirá al campo petrolero del Orinoco. Debe continuar complaciéndole con platos libres de picantes.

Leo Lee venía de una isla de arenas sedosas de la provincia de Guangdong, ubicada a las orillas de otro río más lejano. El río de las Perlas, que desemboca en un músculo del Pacífico. Salió de su aldea con el sueño de ser comerciante en América, pero la suerte le deja atrás, y queda solo. Es capturado vía México, al descarrilarse un tren del recorrido trasatlántico, y termina ofreciendo su sazón a las tropas del Centauro del Norte, antes de la batalla de Columbus. Durante un mes de

marzo logra huir en dirección a Texas, mientras Pancho Villa incendia un pueblo, despelleja a sus enemigos, los atraviesa a fusil y, sin esperar mediación, ejecuta a civiles y a soldados norteamericanos.

Así decide escapar otra vez, como lo hizo al atravesar el río de las Perlas. Es en Texas donde conoce a David Cody, y se transforma en su cocinero y confidente. Le habla de Confucio, de la inmortalidad, de los placeres, de las lágrimas de amapola, de las mujeres malditas y de historias de familias en la pequeña isla de Shamian bajo el control de los ingleses, pero también le enseña el misterio de su lengua con palabras que ha tenido siempre, y manchándose los dedos de tinta le muestra los caracteres chinos más antiguos.

Cocinaba en sartén wok la gran variedad de platos salteados. Cerdo, pollo, gambas, más aceite de sésamo, cebolletas y brotes de soja, al invocar el genio de su origen asiático. En el barco con rumbo al Orinoco, no podía faltar el wok, ni la vaporera, ni el juego de cuchillas, el tajo, la vajilla completa y cuencos tatuados de paisajes azules. Se agregan envases de té, de aceites, de especias, vinos, vinagres y salsas.

Un veintiuno de julio fue el comienzo de este viaje a West River con la goleta *Yankee* y la bandera de cuarenta y ocho estrellas lanzadas hacia el cielo. Despertamos listos en la agitada isla de Puerto Rico, que estaba en plena escena de la desobediencia. Los huelguistas de ese tiempo eran muchos. Cultivadores de café, y de tabaco, y de caña de azúcar, panaderos, taxistas, y obreros de los muelles. Círculos anarquistas que reman hacia New York para hacer ruido, y más ruido, entre las calles. David Cody decide anunciar a los presentes que soy su hermano Óscar. Él resultaría ahora mi hermano David.

Yo me río y lo celebro.

Aquella isla sin destino que perteneció al imperio español, seguía en luchas políticas. Los regimientos de Massachusetts

y de Illinois, con sus marines y su caballería, convirtieron a Puerto Rico en un botín del Caribe, y aparece el inglés como idioma oficial. Después del rápido conflicto los nativos intentaron enarbolar otra bandera, la bandera errante de la solitaria estrella en un triángulo azul, tres franjas rojas y dos blancas. La bandera prohibida en Puerto Rico, la de las revueltas con cantos patrióticos en calles y avenidas.

Ese estupendo lunes celebramos sin molestias el encuentro con un aplaudido periodista de la guerra, quien arriesgó su vida en muy lejanos territorios, y después lo escribe. Vendría a bordo de la goleta *Yankee*.

En un vivero de aguas dulces, Leo Lee ha logrado adquirir truchas. Sabía que eran del gusto de aquel admirado pasajero con predilección por los buenos vinos y los peces. Limpia la carne rosada, la coloca en baño de María, deshoja las cebollas como si fueran cintas, agrega ajo, jengibre, vegetales. Deja que todo hierva al vapor, mientras prepara una salsa de vinagre y azúcar, y sin pérdida de tiempo, sigue en la confección de otros bocados de su lejana tierra cantonesa. Siente orgullo por los aperitivos y los postres del Oriente, que le cautivaron desde niño, y que siempre tendrán agradable sabor, olores, elogios.

El sol sigue en el punto más alto del firmamento. Es la verdadera canícula. David Cody se apresura en la combinación del trago favorito en el Caribe. *Whiskey* con agua de coco. Está prohibido su consumo en el agitado país del Norte, donde solo se permite el vino litúrgico de curas católicos y rabinos judíos. Desde hace mucho tiempo existe una ley seca que el candidato presidencial Franklin Roosevelt promete derogar muy pronto para darle legalidad al vino, a la cerveza y a la sidra. Es la oferta de los partidarios demócratas. Se persigue severamente el contrabando de licores, pero David Cody, a pesar de la migraña, tiene apartadas muchas botellas de vino

Gran Cru de Burdeos y de Valdepeñas, *champagne* y otros licores. Ginebra, coñac, rones, cervezas, tequila, el nuevo Benedictine, Amaretto di Saronno y Bitters Angostura. Aunque no consume tanto, sabe complacer a los viajeros con mezclas de cocteles y helados de aguardiente. Yo he logrado sumar al equipaje un barril de mi cerveza Guinness.

2.

Por acuerdo entre la Guss Oil Company y un prestigioso instituto científico de Norteamérica, se incorporan a la travesía un antropólogo, una historiadora, un fotógrafo y el reconocido periodista de afilada pluma. Se trata del grupo de Washington, que en un par de semanas debe regresar a la tierra *yankee* con el Orinoco fluyendo en sus mentes. El proyecto contempla una edición bilingüe del nuevo recorrido, y varias crónicas sobre el país del petróleo. Bajo el título *West River Harvest*, la cabeza del David Cody da vueltas sin parar.

—¿Lindo título, verdad?

Después imagina uno nuevo, *West River Observed*, y otro, y otro más o menos cierto, *West River Oil Country*, por el que finalmente se decide, antes de presentarme a los cuatro nuevos pasajeros de la goleta *Yankee*.

El antropólogo de bigotes grises, tez morena, y ojos achinados, tiene fama de hablar muchas lenguas, y de haber convivido con pueblos indígenas en zonas fronterizas de Canadá. Posee títulos de geógrafo y de arqueólogo, sumado al éxito de sus publicaciones en las que se destaca la etnografía cultural del Caribe. Se llama Sam Sapir, nacido en Dakota del Norte, con estudios en la Universidad de Columbia, donde tuvo de tutor al padre de la antropología norteamericana, Frank Boas. Viene acompañado de su esposa Helen Cook, egresada de la misma universidad de Manhattan, con estudios avanzados en historia,

y una publicación de fecha reciente y de gran interés: *Los cuatro mundos de América*. Además de especializarse en estética y política, ella ha incursionado en un conservatorio de música. Es curadora de arte y licenciada en Filosofía, pero también resulta conocida por liderar un movimiento progresista de mujeres para la formación política, profesional y laboral.

El fotógrafo, Robert Remington, quien también hace el recorrido por primera vez, nació en New York. Es el de mayor estatura corporal entre todos los integrantes de la misión, flaco, pelo amarillento canoso, y siempre vestido con overoles de un mismo tono parecido al verde oliva. Ha navegado el río Mississippi entre los diez estados que cruzan sus aguas. Habla bien el idioma español, y son muy conocidos sus reportajes sobre Cuba, donde llegó a vivir largo tiempo investigando las tradiciones del oriente santiaguero. Viene armado con una cámara alemana Leica de gran precisión y lentes intercambiables, además de su reloj de pulsera de joyería suiza.

El cuarto integrante del grupo de Washington, que parece un personaje de algún libro de leyendas, es el periodista al que celebramos su día, y proviene de un pequeño condado de Chicago. También habla el idioma español. Estuvo activo desde joven en la Gran Guerra, y trabajó como corresponsal extranjero para Europa. Sus artículos, publicados entre París y New York, son ampliamente difundidos, pero su mayor fama tiene asiento en la edición de libros de relatos y poemas, además de las novelas, *The Sun Also Rises* y *A Farewell to Arms*, que le lanzan a la fama. En la alegre bahía de San Juan de Puerto Rico levanta el vaso de *whiskey* y cita una sola palabra con su acento inconfundible:

—¡Salud!

Entonces, devolvemos el brindis diciéndole a cinco voces:

—¡Feliz cumpleaños, Ernest! —Y Ernest Hemingway lanza su primera broma:

—¡Con este divino *whiskey*, ahora desconfío más de mi cabeza!

3.

Mientras ve pasar a vistosos cruceros en la marina del puerto de San Juan, Hemingway desatiende el bullicio de los partidarios de la bandera de una sola estrella. Marchan a lo lejos, formando un desfile por su patria sin darse por vencidos. El calor es intenso. Hemingway se lamenta. Resulta perdedor en una apuesta con David Cody sobre el grado máximo de la temperatura en el Caribe. Le corresponde entonces pagar penitencia, y hablar del Barrio Latino de París, como se lo hemos pedido. Nombra entre sus amigos a Pablo Picasso, Ezra Pound, James Joyce, Scott Fitzgerald. Afirma que escribir bien es intolerablemente difícil y que además no le gusta hablar de su oficio.

—Mientras mejores son los escritores, menos hablan de lo que han escrito ellos mismos —agrega, pero accede a exponer algunos comentarios sobre las corridas de toros al ilustrar la fiesta de San Fermín, donde ambientó la novela *The Sun Also Rises*.

Resuena un sonido metálico en la goleta *Yankee* y se recogen anclas. Las cadenas se contraen. Arrastran filamentos de algas rojas y bulbos espinosos. A pesar de las advertencias del Centro Nacional de Huracanes, y de los versos agoreros de un marino de estas tierras, no hay señales de lluvia. Los ciclones acostumbrados a flechar el Caribe se han ido ya muy lejos.

Hemingway recuerda que en un día como hoy, en un veintiuno de julio, comenzó a escribir en Valencia la novela de la fiesta de toros, y la seguiría en Madrid, hasta terminar la primera versión en París, refugiado en su apartamento de la Rue Notre Dame des Champs.

—Siempre quise ser escritor. Mayormente, uno inventa gente a partir del conocimiento y la comprensión y la experiencia de la gente. Algunos provienen de la vida real. Me gusta Shakespeare —refiere Hemingway.

—Me gusta Rimbaud y Baudelaire. Me gusta Dickens y Poe. Daría todo lo que tengo por haber escrito un libro como *Gargantúa* de Rabelais y considero que mis antecedentes literarios son Manzoni, Dostoyevski y Joyce.

—Joyce es un escritor muy grande —me atrevo a responderle mientras remueve otro trago de *whiskey*.

El barco enfila rumbo hacia el sur. Después que callan las poleas, se anota en gigantescos números la hora de partida. Hemingway sigue enunciando más y más nombres, incluidos músicos, poetas, novelistas y pintores: Mark Twain, Flaubert, Stendal, Bach, Mozart, Maupassant, Dante, Virgilio, Chéjov, Turguénev, Cézanne, Van Gogh, Gauguin, Goya, Góngora, pero no deja de decir entre gruesas palabras lo que siempre ha pensado:

—La cualidad esencial para un buen escritor es la de poseer un detector de mierda, innato y a prueba de golpes.

Mientras se trenza en sus recuerdos, yo aprovecho un momento de silencio y le ruego que nos hable de su amistad con James Joyce. Le digo que admiro enormemente a James Joyce. Que conozco su obra. Él responde con alabanzas sobre el gran Joyce. Lo describe como un hombre débil y pequeño y atrevido, con ojos enfermos, pero que sabía distinguir muy bien entre libras, chelines y peniques, al sacar de sus bolsillos un puñado de monedas.

—¿Quieres domeñar mi espíritu?, preguntaría siempre Joyce —dice Hemingway entre risas.

—Inventaba extraños juegos de palabras: El ojo lo ve todo plano. El cerebro piensa. Pero resulta un hombre maravilloso que ha sufrido diversas penalidades, en las que se cuenta su

esposa, su trabajo y sus pobres ojos. Intelectualmente es un monje, es romántico —asegura Hemingway.

Sigue recordando al gran Joyce con particular admiración, y suma frases y más frases:

—La primera vez que le encontré paseaba solo por el boulevard de Saint-Germain-des-Prés y esa tarde le invité a beber una copa en el Café Les Deux Magots. Me hablaba de Freud y de los protagonistas de su obra. Un escritor como Joyce, que le canta a la muerte y a la vida, asombra por su humor y su valentía. Cuando las palabras que conocíamos nos estaban prohibidas y teníamos que luchar por una sola palabra, la influencia de la obra de Joyce fue lo que cambió todo y nos permitió liberarnos de las restricciones —adelantó Hemingway.

4.

Leo Lee coloca paso a paso el almuerzo. David Cody destapa la primera botella. Valdepeñas de Castilla-La Mancha, Sauvignon Blanc, con una etiqueta del estilo cubista que sorprende a Hemingway. Imagina que la ingeniosa estampa es invención temprana de Picasso. Un tabernero dibujo, con trazos de figuras geométricas, confundidas entre grandes ojos, cuernos y cascos. Saborea la copa con placer, confirma su aroma, y asegura que recuerda algunas hierbas frotadas con sus propias manos entre días de primavera.

La conversación sigue de los toros de la antigüedad a las ideas de la tauromaquia, expresada en libros, estampas y carteles de colecciones personales. Se habla largamente de toreros muertos en las plazas, y se recuerdan sus apodos: Picador, Panadero, Mosquita, Colilla, Bocanegra, Oliva, Espartero. Citan calles, y tertulias, y tabernas, y barrios, y caen en el Triana de Sevilla. En el grupo de Washington discuten

en qué lugar de España debió comenzar todo. Las pinturas rupestres, que son el testimonio de las novilladas, debieron desplazarse entre Grecia y Roma, y no hay argumentos para demostrar cuanto se quiere demostrar. Las aguafuertes del pintor Goya, la Real Maestranza, las plazas de Sevilla y de Madrid, siguen en los recuerdos.

Hemingway incorpora al legendario rondeño Pedro Romero. En la vida real era el hijo del matador de toros Juan Romero, diestros los dos en el manejo de la espada y de la capa, así como fueron célebres varios lidiadores de lejanas familias, quienes ganaron la admiración del pueblo, y de reyes, reinas, duques y duquesas, como consta en la conocida historia de la Duquesa de Alba. Hemingway nombra a los grandes de los grandes tiempos, a Lagartijo, a Gallo, a Guerrita, a Joselito y a otros banderilleros, y hace una nueva relación de los más célebres muertos por cornadas. Refiere que mantiene en proceso final un ensayo sobre la tauromaquia, y que se ha detenido en la búsqueda de nuevos datos sobre las desavenencias en la Santa Sede, que prohibía en Roma la celebración de corridas de toros durante la Edad Media, mientras que la monarquía iba a la defensa de las costumbres antiguas de sus reinos.

Sam Sapir acelera su intervención. Comenta que se hace necesario devolver la mirada hacia este hemisferio, porque antes de la llegada de los primeros toros bravos del reino de Castilla al Nuevo Mundo, mucho antes del año de mil quinientos veintiséis, que se ha tenido como fecha de la primera corrida en América del Norte, eran los bisontes los que ocupaban el lugar del toro para los conquistadores. Afirma que el propio Hernán Cortés, totalmente sorprendido, los describió como toros mexicanos, con pelaje de león, y joroba parecida a la de los camellos. Se desplazaban entre el sur de Canadá, los Estados Unidos, y una parte de México en Coahuila, asegura.

Sam Sapir interroga al grupo:

—¿Imaginan ustedes la cantidad de bisontes que existían y que los europeos nunca pudieron conocer? ¿Imaginan cuántos quedan ahora?

Él mismo responde que debieron ser más de cincuenta millones, de los que se utilizaron algunos en faenas de lucha, al estilo del viejo mundo, pero que en el tiempo actual solo queda un número menor a mil encerrados y cautivos en el Yellowstone National Park.

—La culpa es nuestra —insiste Sam Sapir, mientras se reuerce los bigotes.

Y sigue exponiendo que otros modelos culturales destruyeron las raíces del gran árbol de la vida, tras someter a la fuerza a los pueblos aborígenes que adoraban a sus propios animales. Por eso fueron exterminados indios y bisontes, indica Sam Sapir.

—¡Fue un genocidio nunca visto, donde el oro resultó más importante que la humanidad! —es su frase final sobre los indígenas cautivos de aquel tiempo en el Oeste.

La imaginación de David Cody vuela a su terruño de Coahuila, donde vio por primera vez a los bisontes reunidos en manadas. Los recordaría muy altos y pesados, con el grueso pelaje marrón protegiéndoles el cuello, los hombros, las patas delanteras, como me los describió un día. Su sonrisa lo delata. Además de percibirlos hermosos, no le generaban temor. En la aldea próxima a Coahuila, cuando era muy niño, David Cody daba un gran brinco hasta llegar a los hombros de su tío Apanco, y en lo alto podía tocar el abundante pelaje de los bisontes, sus cabezas, sus pequeños cuernos, sus pestañas cortas, la enorme nariz y sus bufidos.

5.

Helen Cook guarda silencio, mientras pasan por su imaginación los rostros de fijas miradas que Edward Sheriff Curtis

hizo resurgir con fotografías de los pueblos indígenas. Los guerreros de la batalla de Little Big Horn, de largas cabelleras. Las niñas Sioux con sus túnicas decoradas entre dientes de alce y conchas de mar. Las mujeres con sus ponchos cocinando junto a las fogatas, y tejiendo algodón en telares al pie de un álamo. Las ancianas moliendo granos entre las piedras. Todo un álbum de incalculable belleza. Su recorrido mental se interrumpe ante la sorpresiva pregunta de Ernest Hemingway:

—¿Qué nos puede decir la bella dama de ojos celestes oculta en el silencio?

Helen Cook sonríe. Está vestida con pantalones y jersey marinero al estilo de Coco Chanel, quien impulsa con gran escándalo esa moda en el mundo entero. Mueve las manos sobre el contorno de su rostro llamando la atención. Se excusa. Explica que las palabras de Sam Sapir le hicieron viajar hacia un pasado imborrable, pensando en los fascinantes documentos fotográficos de Edward Sheriff Curtis, quien se volvió un salvador de los pueblos originarios. Describe una a una, las imágenes que han pasado por su mente.

—Siempre quise ser la curadora de las exposiciones de Edward Sheriff Curtis, encendidas de tanta belleza —añade Helen Cook, mientras congela su despierta sonrisa.

—The North American Indian ha sido un proyecto de incalculable tamaño, que completó hace poco Edward con su última campaña en Alaska y en sus islas, donde pudo fotografiar a hombres, mujeres, niños, jóvenes y ancianos esquimales, después de acumular decenas de miles de placas de cristal —dice ella sobradamente.

—Ahora sabemos poco de Edward, después que cruzó tantas veces las fronteras —recuerda Robert Remington.

—¡Estoy feliz con este encuentro maravilloso! —exclama ella de nuevo, mientras observa fijamente a Hemingway.

—Estoy rodeada de sabios, y celebro que mi matrimonio con Sam, mi amado maestro de la Universidad en New York, se haya realizado hace poco. Es él mi guía, y me atrevo a decir que este es el mejor premio que recibimos después de nuestra breve luna de miel, pero, además, un alto compromiso con todos ustedes, por la gran responsabilidad académica, a la que nunca renunciaré —agrega en tono sincero Helen Cook.

Ella vuelve a sonreír, y descubrimos que su sonrisa tiene un efecto tranquilizador, dulce, extraño. Sam Sapir, a su lado, acaricia la desnuda cabellera de Helen Cook al quedar inmerso en su mirada mientras se toman enseguida de las manos. Es notoria la diferencia de edad entre los dos.

—¡Brindo por la unión de esta hermosa pareja! —Robert Remington levanta la voz para añadir nuevos datos al tema de Edward Sheriff Curtis.

—Déjenme expresar algo más sobre las fotografías de Edward, a quien he admirado siempre por sus emprendimientos inigualables.

Manifiesta que lo conoció a través de su padre Frederic Remington, quien después de estudiar en la Universidad de Yale, dedicará toda su vida a la pintura, a la escultura y a la ilustración de las distintas faenas del Oeste.

—Habían nacido los dos en una misma década, y su primer encuentro con Edward tuvo lugar a lomo de caballo en Montana, por intermedio de George Bird Grinnell, uno de los más prestigiosos concedores de la historia de estos pueblos y de su naturaleza. Creo que él estaba empezando a hacer fotografías sobre los Pies Negros que celebraban la danza anual del sol —recuerda mientras la brisa se hace menos fría.

Robert Remington asegura que su padre Frederic le contaría que compartieron largas conversaciones en la pradera, y durmieron dentro de los tipis fabricados con piel de búfalos. Años más tarde, cuando Frederic Remington expuso en una

galería de New York, se encontraron por última vez. Edward, le entregó como regalo su hermosa obra, referida a los Teton Sioux, la nación de guerreros a caballo que cazaba bisontes, y a los Yanktonai, que vivían en la frontera entre Dakota del Norte y Dakota del Sur.

—Alguien ha dicho que él ahora hace fotos fijas para la película *Tarzán de los monos* con Johnny Weissmüller, después de trabajar con su propia cámara en *Los Diez Mandamientos* —insiste Robert.

—No se ha tenido más noticias de sus viajes entre las reservas indígenas. Entiendo que llegó a la ruina, pero no sé si vive todavía —es la interrogante a la que vuelve Robert Remington, tratando de saber algo nuevo sobre Edward Sheriff Curtis.

Tras oír tantas explicaciones y testimonios, David Cody intenta hablar, pero calla en su asombro. Repentinamente quiere hacerlo, y calla. Guarda silencio largo rato juntando los brazos. Lo sé. Bien lo sé. Acaba de enterarse que el padre de Robert Remington es el autor de aquella escultura que un día Buffalo Bill le obsequió en el internado de Texas: El Pequeño Jinete. David Cody intuye que no debe reprimirse por más tiempo, y decide finalmente lanzar su opinión. Asegura que este tipo de debates son excepcionales por su raro poder seductor, y añade elogios. Expresa que siente la necesidad de agregar frases que quizás desentonen con la fluidez de los discursos. Vio colarse la palabra guerra, y llegaron a su mente muchas imágenes de las tantas guerras que ha sufrido Norteamérica. Habla con prolongadas oraciones, diciendo a cada rato que ama la paz.

Trae a su memoria la verdad oculta del ayer sobre el Sendero de las Lágrimas, y el doloroso castigo a los indígenas. Es de la guerra de lo que quiere hablar David Cody, y ofrece relatos de un enfermero que contó hasta un millón de muertos, de los cuales veinticinco mil jamás fueron sepultados, cinco mil

ahogados, mil quinientos inhumados, en lugares hasta ahora desconocidos, tres mil arrastrados por las corrientes y el lodo de los desbordamientos, además de las muertes por tifoidea, disentería, fiebres, infecciones, y prisioneros agonizando y muchos otros fusilados. Ya me lo imaginaba porque también lo he aprendido de memoria. Ese es su tema recurrente, cuando quiere impresionar con los trágicos recuerdos de su patria *yankee*.

David Cody sigue hablando sin esconder nada, y cita y cita más números.

—Un millón en total, los muertos, no solamente los del Norte, extendidos sobre el suelo del Sur, sino también decenas de miles, deshaciéndose en tierras del Norte —lo repite como lo aprendió de quien lo dejaría escrito.

El enfermero de la guerra al que hace referencia es su gran ídolo Walt Whitman.

—¿Hasta cuándo seremos el país de las guerras? —se pregunta David Cody delante de todos.

—La verdadera guerra nunca estará en los libros —asegura, y agrega que Whitman anduvo en los campos de batalla y entre los hospitales muy pobres de brigada y división, auxiliando a un herido y a otro, y a otro, hasta el final.

—¡Yo amo la paz tanto como la amaba Whitman, a quien he admirado toda la vida! ¡Estoy seguro que ustedes me entenderán! —insiste él, mientras recupera de nuevo el equilibrio y suspira profundo repetidas veces.

6.

Después de servir los variados platos principales, Leo Lee trae un postre de jalea de menta y las infaltables galletas de la suerte, las *cookies* que inventaron los japoneses, y están de moda en Estados Unidos. David Cody muerde la primera y

saca el papelito con el mensaje secreto: «Aprende a vivir y sabrás morir bien». Sin saborear galletas ni jalea, lo sigue Hemingway: «El silencio es el único amigo que jamás traiciona». Luego Robert Remington: «No importa lo lento que vayas mientras no te detengas». Sam Sapiro: «Estudia el pasado si quieres pronosticar el futuro». Helen Cook: «Cuando las palabras pierden su significado, la gente pierde su libertad», y finalmente, yo: «El hombre que mueve montañas, empieza apartando piedrecitas».

Leo Lee, quien ríe pícaramente, se acerca al grupo y ofrece la lectura de un mensaje muy particular: “Entristécese porque tú no conoces a los hombres”. Vienen las carcajadas. Leo Lee lleva camisa y pantalón negruzco bajo el delantal carmesí, y muestra el envase de frases doradas donde se puede leer en grandes letras *Fortune Cookies*. Explica que son las únicas galletas de la fortuna fabricadas en California y a las que incorporan pensamientos de Confucio en sus presentaciones. Seguidamente sirve en pequeños tarros el infaltable vino de arroz, pero advierte que contiene más de cincuenta grados de alcohol.

De nuevo interviene David Cody. Habla sobre las destrezas de Leo Lee. Describe su historia muy humana, y anuncia que nada menos que Pancho Villa disfrutó de las delicias de sus platos. Leo Lee asegura que, si Pancho Villa estuviera en este barco, nos mandaría a fusilar a todos.

—Odiaba el licor, y llegó a implantar correctamente la ley seca en el ejército. Tuvo muchas esposas, muchísimos hijos y pocos lujos.

—Era un hombre alto, moreno, musculoso, con bigotes negros y los dientes manchados —repite Leo Lee.

—¡Era un hombre bueno y querido por su pueblo!

Helen Cook dice que no teme si la van a juzgar como fanática o como atrevida, pero nadie le va a impedir darle un beso

a Leo Lee. Todos aplauden mientras ella lo abraza y exclama la misma frase:

—¡Gran maestro! ¡Gran maestro!

Va desapareciendo la luz del sol. La goleta con su vuelo muy suave deja lejos a la isla de San Juan de Puerto Rico. Solo se siente el mar con la delicada gracia de la luna. Los camarotes esperan por los comensales que se despedirán de Leo Lee entre bromas y nuevas preguntas marcadas por la embriaguez.

La voz de Hemingway sigue presente mientras habla del viaje.

—El océano merece que se escriba sobre él, tanto como lo merece el hombre, y este pedazo de mar nos enseña algo distinto —es esa su nueva alabanza de la noche.

Entonces, desde la espaciosa cubierta, hace comparaciones con hoteles flotantes de belleza extrema. Destaca las maderas nobles en la zona del timón, roble blanco, algarrobo, cedro, caoba, pino amarillo. En nuevas frases imagina que una nave como esta pudo construirse un siglo antes en los astilleros de William Brown, recordando al más célebre de todos sus veleros, *El América*, un barco revolucionario de casco negro y franja dorada que venció a los ingleses en sus propias aguas, con un aparejo muy simple para las regatas. Foque, vela de trinqueta y vela mayor, como las que luce ahora la goleta *Yankee* al aprovecharse de las brisas. Una luna espléndida se ha plantado en medio del Caribe. Nos acompañará hora tras hora, hasta llegar a puerto seguro. Leo Lee no descansa. Para despedir la velada sostiene sobre una de sus manos la esperada torta de nueces de macadamia y chocolate. Todos hacemos el coro de la canción.

—¡*Happy birthday*, Ernest! —gritamos, mientras la goleta *Yankee* ruge en el mar.

7.

Dormimos largo tiempo sobre el corazón del mar Caribe. Amanece maravillosamente. Se hace visible un arco iris que se esfuma muy de prisa. Afuera está el sol. Es algo inédito, comenta Robert Remington, mientras busca atrapar con su lente de moda la pintoresca imagen que desaparece en segundos.

—¿Han leído la Biblia? —nos pregunta—. Ese arco iris es señal del pacto con Dios y con un ángel poderoso.

—Signo de buena suerte —nos repite a todos.

Hay mucho para ver y escuchar y sentir todavía en un segundo día de viaje. El agua se vuelve turbia, menos nítida, con su fondo de ripio y limo, al llegar a la isla de Trinidad. Fue puerto del reino de Castilla, y ahora resulta un asentamiento británico más. Está perfectamente claro. El conjuro humedece a los faroles, a la bandera oficial de trece franjas, a las de contraseñas de la nave. Estamos flotando en la discontinuidad de las olas bajo una mañana marinera. Así es el antiguo faro inglés, pájaro blanco gigantesco enguantado de rojo, es testigo de la llegada de la goleta *Yankee* con un viento largo, muy largo.

Trinidad es la isla extranjera más cercana al Orinoco. Una isla imponente, cubierta de palmeras, y cocoteros, y de bellos ríos anteriormente navegables. Suena la campana con golpes dobles, después del saludo del hada del mascarón de proa. Al llegar a la orilla, la arboladura y la jarcia del ansiado viaje siguen tensas. Se rinden ante el diseño de un beso suave del rocío. Se pone el timón a babor, y hay maniobras de los marineros para el amarre. Es la primera escala, a pocos kilómetros del mar dulce, donde queda la profundidad real de Boca de Navíos.

Tres conjuntos de montañas redondeadas abrazan a la ciudad despierta, que tiene fama por sus hombres y sus mujeres sacados del África. También habitan en la isla grupos

humanos procedentes de la bahía de Bengala. Se habla la lengua indostaní. Se cree en un dios de cuatro caras y cuatro manos, y se dice alcanzar el nirvana con las enseñanzas de una religión antiquísima.

Hay zozobra en el muelle por un buque de incomparable belleza que ocupa espacio al extremo noroeste. Se va aclarando el cielo hacia el horizonte. A esa hora tempranera, y a muy poca distancia, otro barco con máscara de hierro recibe cientos de pasajeros, mientras los llamados culíes, traídos de la India, tropiezan con vistosos bultos manchados por el agua. Hacen mayoría entre la gente que se mueve por todos lados, caminando más a la derecha que a la izquierda. Robert Remington explica que los esclavos africanos fueron sustituidos aquí por mercancía humana del continente asiático.

—Querían salvar a tiempo las plantaciones de la caña de azúcar, los ingenios, los trapiches, los alambiques —dice Robert—. Querían salvar a la isla toda, que resulta un sitio de ultramar, donde las mayores riquezas son exclusividad de países tan poderosos como Inglaterra y Norteamérica.

Robert Remington afirma que, en los últimos ochenta años, más de ciento cuarenta mil hijos de la India han entrado por este fondeadero, llamado desde el tiempo de la Conquista como Puerto España. Sostiene que así lo han querido el rey Jorge V y la reina María, majestades del imperio británico, que ahora gobiernan en la India, y a la vez en esta isla inglesa del Caribe.

—Por eso no resulta extraño ver tantos braceros del trabajo forzado, que seguramente regresarán a sus provincias al abolirse este nuevo sistema de esclavitud —vuelve a insistir Robert Remington.

Algunos hombres de camisas alargadas hasta sus rodillas muestran una piel oscura, y cubren sus cabezas con turbantes de variados colores y tamaños. Otros llevan gorros muy

ligeros. El lente de Robert Remington se sitúa lo más cerca posible de la escena bulliciosa del puerto. Retrata niños de piel cobriza, y de atractivos gestos, y de grandes ojos iluminados. Con la huella del bindi marcado en sus frentes, y revestidas de telas muy vistosas, las mujeres cargan el pelo enrollado en forma de pelota, y tratan de esconderlo junto al volumen de sus cuerpos. Se mueven con gran afán.

Helen Cook, armada también de una cámara fotográfica, comenta que si todos volvieran a su país de origen, en ese mundo complejo y desconocido de la India, se harían seguidores de Mahatma Gandhi, quien hace un par de años emprendió la marcha de la sal, y recorrería a pie más de trescientos kilómetros en casi un mes para llegar a las costas del océano de dominio inglés.

—Pudieron recoger con sus manos un poco de sal —recuerda ella—. Tal acción era un signo de rebeldía, y siguió la rebeldía en los suburbios y en los campos, y en todos los lados de la India, contra la voluntad del imperio británico.

—Más de sesenta mil seguidores de Mahatma Gandhi hicieron lo mismo y fueron acusados de ladrones de la sal —agrega Helen Cook.

—Sesenta mil ladrones de la sal que se negaron a asumir los altos impuestos fueron castigados. En el planeta entero se conoció ese suceso como Salt Satyagraha —añade Sam Sapir.

Helen Cook promete explicarlo de mejor forma. Habla de firmeza, fuerza de verdad, de lo que significa esa palabra que viene del sanscrito, y la comprenden los pueblos creyentes de la India. Satyagraha. La no violencia, que es infinitamente superior a la violencia.

Agrega que existen pocos líderes tan valientes como Gandhi, que ha soportado encarcelamientos, vejámenes y agresiones de todo tipo, pero que no se rinde y además manifiesta que lo admira tanto como a Rabindranath Tagore.

—Los dos son grandes amigos. Conocí a Tagore hace un par de años, cuando llegó a New York vestido elegantemente de blanco para hablar de la civilización oriental y occidental, y quedé cautivada por su discurso sobre la esclavitud de la mente. Por eso hago míos todos los sucesos políticos de la India. Es otro mundo muy distinto al nuestro, y estoy convencida de que Mahatma Gandhi triunfará con su ejemplo —sigue comentando Helen Cook.

—¡Dejaría de llamarme Helen Cook si me equivoco!

Nos abraza el aire musical del Caribe. Trae los olores familiares de mercaderías mezcladas en el muelle como cueros, maderas, bultos de plumajes, cajones de semillas, frutos gigantes, mangos, piñas, melones. El puerto también está lleno de productos manufacturados de todo el mundo, y de novísimos inventos que se someterán a prueba en las grandes tiendas de ventas al mayor. Cada vez va llegando más y más gente. Los hijos de africanos que empujan las pesadas carretas de un lado a otro, se distancian de los hombres de turbantes con sus bicicletas de carga.

La diáspora china también es muy visible en la isla inglesa. Sam Sapir explica que navegaron en buques interoceánicos ajustados a una extraña forma de legalidad. Igualmente les llaman culíes, y los califican como sirvientes escriturados que se venden como mercancía.

—Ya no se hablará más de la trata negrera, ni la de la esclavitud, sino de largas historias de motines a bordo —insiste Sam Sapir, argumentando que ha sido un proceso largo y penoso—. Londres albergaría entonces las oficinas de la trata amarilla, a pesar de ruidosos asuntos judiciales para negar este nuevo sistema de explotación del hombre asiático, y ya no se distingue entre un esclavo africano o un esclavo de la India o un esclavo de China.

—Sin ir demasiado lejos, cada hombre tiene su precio, cada mujer también —susurró Sam Sapir mientras toma de la mano a Helen Cook.

Hay poca gente de piel blanca. Algunos sirios y libaneses de Beirut, que escudriñan el cielo con un sistema de creencias del islam, han traído sus costumbres del Medio Oriente, y no desisten en el empeño de agrandar sus almacenes en el puerto. El comercio retoma su curso con una increíble sensación de felicidad después que han atracado varias naves procedentes de los países del dominio europeo. En este recodo del Atlántico el terminal se vuelve un gran festín. Puerto España se llena de velas y remolcadores. Sube hacia el cielo la estela del humo de un vapor que busca con su brújula el escondido muelle de piedras. Suena un largo pitazo. El ritmo empieza.

Frente a un crucero fluvial de tres plantas y circuito cerrado, se amontona un grupo de músicos que hacen sonar sus bandejas metálicas y nuevos instrumentos de hierro. Golpean cañas de bambú hasta obtener un sonido profundo. Sacan compases de barriles vacíos. Los *calypsonians* traen un canto que incluyen en el coro el nombre de una mujer del mal vivir, mientras sus gritos afinados se los lleva la brisa. Se riegan alegres los minutos del festín. La canción cuenta la historia de una dama que vendía su amor por dinero y robaba la plata de los hombres para salir de sus corazones. Es Matilda, y Matilda entregaba una cosita que valía su peso en oro.

—¡*Everybody* Matilda!

—Todo el mundo la tenía en el mejor de los conceptos por sus modales tan suaves —desliza la frase James Joyce, quien viaja en la goleta desde mi mente, ocultándose y ocultándose de los demás, como buen polizón.

—Conmigo todo o nada del todo —canta con gozo el gran Joyce.

Provoca bailar sin descanso, y gritar, y embriagarse, y hacer burlas como ellos, y desplegar las alas cual ave marina de este puerto.

8.

David Cody, quien ha puesto a un lado los presagios de ciclones y descargas eléctricas, repite que miles de años atrás esta porción de tierra de la Corona española cedida a los ingleses, pudo formar parte del grueso continente que recorre el río Orinoco, y fue separada a jirones de su antiguo lecho. Así se transformaría con los siglos en la isla que es hoy.

—Debió ser una violenta sacudida en el planeta —remarca con asombro David Cody, y recomienda analizar la opinión de conocidos estudiosos sobre el gran movimiento tectónico que provocó la fragmentación del paisaje y el cambio de sitio de los mares. Pero advierte que ese tema no es su especialidad. Prefiere hablar sobre los últimos viajes que ha realizado a Trinidad. Va describiendo la isla de manera pausada. Destaca, en primer término, al gran Lago de la Brea situado al sur. El famoso Pitch Lake.

—Calles de Washington y de Londres fueron asfaltadas con esta sustancia que tiene una composición especial para endurecerse, a diferencia de otros tipos de asfaltos del mundo —asegura David Cody.

Dos razones existen para explicar la escala en Trinidad. La primera, incluir en el viaje a un marinero de otras latitudes que conoce muy bien la desembocadura del río Orinoco, y ha navegado a todos sus confines. Guarda nexos con David Cody desde que se conocieron en las faenas petroleras del Lago de Maracaibo. La segunda, asegurarse con la organización de meteorólogos del puerto sobre las condiciones atmosféricas para proseguir la ruta, porque es

temporada de huracanes. Para eso David Cody ha decidido bajar de la goleta.

Aprovecho el momento, y le pido a Leo Lee que me permita entrar a la cocina. Sé que hay carne abundante. Le digo que hoy quisiéramos comer a la irlandesa. Que por un día nos abstendremos de la comida de Cantón, del jengibre y la soya y del fideo de arroz. Le hago una propuesta. En un par de horas puede estar listo un estofado en su jugo, con zanahorias, cebolla, apio, nabo, tomillo y una cerveza Guinness para diferenciarlo de otro tipo de terneras. Yo me comprometo a preparar un puré de papas, con pimienta, col, mantequilla, y ofrezco café irlandés, helado de vainilla y *whiskey*. Leo Lee acepta mi humilde ruego, pero me pide que lo deje solo para empezar sin demora. A estas alturas de la tarde, todavía Hemingway no ha salido de su camarote. Seguramente escribe.

Helen Cook nos invita a recibir su libro *Los cuatro mundos de América*. Tiene en su portada la fotografía de unos cincuenta Rough Riders de la Primera Caballería Voluntaria en los tiempos de la guerra contra España.

—Riders significa jinete, y Rough, áspero, sin sentimiento, sin escrúpulos, matón —explica la autora de la obra.

Rodeado de Rough Riders, aparece en la brillante portada el Coronel Theodore Roosevelt, quien jugó un significativo papel en la lucha contra el antiguo imperio europeo, y quien al comenzar el siglo XX, como presidente de los Estados Unidos, dio inicio a un nuevo estilo con el *bigstick*:

«Hay que hablar suavemente, a la vez que se sostiene un gran garrote para llegar lejos».

Roosevelt recibió el Premio Nobel de la Paz después de moverse con un ejército superior a los quince mil hombres, y vencer en Santiago de Cuba a las tropas del rey Alfonso XIII

de Borbón y de su madre, María Cristina. Eso ocurrió muy cerca de la Sierra Maestra, donde tuvo lugar la sangrienta batalla de las lomas de San Juan, entre trescientos españoles y miles de gringos con Roosevelt a caballo. Se quedó con Guantánamo, con Puerto Rico. Invadió a Santo Domingo y Panamá. Así empieza *Los cuatro mundos de América*.

Nuevamente interviene Robert Remington y cita a su padre Frederic. Señala que él estuvo en Cuba, por el estallido del acorazado *Maine* y que fue corresponsal de guerra del *Diario de New York*, dirigido por William Randolph Hearst, pero que además de moverse en La Habana, presencié las acciones de Theodore Roosevelt, en la famosa batalla de la Colina de San Juan.

La conversación se interrumpe con la llegada de David Cody, quien recomienda esperar para seguir en la madrugada hacia el Orinoco. Nos presenta a Pedro Gallo, el nuevo marinero que se suma a la tripulación. Se distingue por su cuerpo macizo y musculoso. Usa una gorra blanquísima de adornos azules y ancla dorada. Fuma también con una pipa, y viene de la región llamada Costa de las Perlas. Nos promete conducirnos a la dirección correcta del mar dulce, donde todo es alucinante. En un juego con los puños cerrados, nos repite: —¡Pares o nones!

A la cuenta de tres, al abrir su mano zurda nos sorprende con auténticas perlas de diversos tamaños y colores. Las hay en forma de pera, de granos, y redondas. Blancas, amarillas, grises y resplandecientes. Una sola es negra y llama la atención de Helen Cook, quien se fascina ante el hallazgo.

David Cody explica que Pedro Gallo ha viajado hasta el Mar Rojo, donde visitó las pesquerías de perlas, pero que ningún territorio le resulta tan maravilloso como el del mar de su isla de Cubagua, donde encuentra las más bellas perlas. Con voz solemne agrega que desde niño aprendió a ser buzo

de pulmón como sus antepasados y a permanecer hasta tres minutos bajo las aguas, pero que también es el más importante encuallador con el mayor récord de perforación en las faenas petroleras del Lago de Maracaibo.

Todos aplaudimos al experto marinerero, cuando le obsequia a Helen Cook la perla negra.

La isla de Jebu en la ruta del mar Dulce

1.

Al comenzar el nuevo día, la goleta *Yankee* queda envuelta en un paisaje de asombros. Parece inestable cuando el agua salada abre paso al escándalo de las corrientes dulces. El Orinoco lanza sus máximas crecidas y el mar oculta una parte de su cuerpo. Es un gran delirio que se acentúa tras el bullicio de los vientos. Se parte el mundo en dos mitades con el grito lejano de los ancestros, y el velamen no cae. Como una pluma sostenida por las drizas, su cuerpo recobra vuelo y la rápida goleta se interna en el trenzado de los remolinos para ejercitar fuerzas con las arboladuras a su favor. Resbala en una marcada curiosidad que no termina. Avanzamos más y los brazos líquidos golpean las cuadernas con los hachazos de la selva. Saltan, pero disminuyen sus choques cuando se distingue en la inmensidad unas arenas de color café que llegan hasta el borde de las piedras. Más allá, los pantanales de las palmas. Es la primera fascinación del amanecer penetrando a

otra orilla con su afilada luz. La goleta guardiana ha vencido en el tempestuoso tramo.

Hemingway, quien sale temprano de su camarote para disfrutar del gran espectáculo, dice que aquí se aprende a ver, a oír, a pensar y a sentir.

—¡Doy gracias a Dios por haberme traído a morir en la luz y no en las tinieblas!—. La frase que no es suya, la repite dos veces Sam Sapir, para referirse a la antigua historia de aventuras de uno de los viajeros enamorados de este río. Se trata del inglés *sir* Walter Raleigh, quien usaba armaduras de plata y espadas con diamantes y rubíes.

Fue caballero, capitán de la Guardia de su majestad Isabel I, además de *lord* custodia de las minas de Estaño y teniente general del condado de Cornwall. Hace más de tres siglos lo decapitaron en su país de origen, se le escucha decir a Sam Sapir, inspirado en las hazañas de *sir* Walter Raleigh. Sería diez meses después de zarpar desde la vecina isla de Trinidad con rumbo al presidio de la Torre de Londres. Aquella fue la frase final que pronunció minutos antes de despedirse de este mundo. ¡Doy gracias a Dios por haberme traído a morir en la luz y no en las tinieblas! Su famosa cabeza embalsamada representa uno de los grandes misterios de todos los tiempos, porque no se logró determinar cuál sería su destino, después que la amantísima viuda Elizabeth Throckmorton la conservó por veintinueve años. Helen Cook indica que al fallecer Elizabeth Throckmorton la cabeza de Raleigh debió trasladarse a manos del único hijo sobreviviente, Carew Raleigh, pero al morir Carew Raleigh las dudas persistieron. Con el paso de los años se olvidarían los detalles del suceso. Su cabeza nunca regresó y la tumba del *lord* tampoco fue identificada en Westminster, según Helen Cook.

Pero no es en esos detalles donde Sam Sapir quiere detenerse. Desea desentrañar, con un mapa en la mano, si los

flujos y reflujos de las aguas desafiantes del Orinoco, donde estamos, corresponden a la misma entrada que seleccionó *sir* Walter Raleigh para ir en busca de El Dorado, en medio de una maraña de corrientes y brazos que se cruzan. Bahía Guanipa, se lee en el primer ramal.

—Diecisiete brazos conozco yo, y muchas bocas en el delta —aclara Pedro Gallo, mientras enciende su pipa muy temprano, y observa con dudas el croquis extendido en forma de abanico sobre un cartón lleno de rayas sinuosas, y con extraños nombres de lugares.

Robert Remington retrata la escena poniéndose el cielo en el pecho. Con su cámara Leica registra el movimiento del velamen y la estela que se dibuja sobre el inmenso río. Hace tomas a Pedro Gallo entre fumada y fumada. Escudriña. Va más allá y se fija en las corrientes de aguas blancas con reflejos verdes y de aguas negras y barrosas que nunca llegan a mezclarse. Retrata el parentesco del Orinoco con las figuras de la selva que contempla a lo lejos, más a su derecha que a su izquierda. Apunta con su dedo sobre el disparador y descubre repentinamente un vuelo de aves en desbandada que se pierden en ese mundo infinito.

Sigue explicando Sam Sapir que, con la llegada de los españoles, tras la muerte de Atahualpa y Huáscar en el reino del Perú, y después del asalto a Cajamarca, donde se reunió el más grande tesoro de todo el Tahuantinsuyo, se supo de un príncipe Inca, de la misma sangre del Huayna Cápac, que huye con su gente por el río Amazonas y del Amazonas al Orinoco. A través del Orinoco, armado de arcos y flechas llegó a El Dorado. Se establece a orillas de una célebre laguna, y todo el servicio de su casa, mesa y cocina eran de oro, y no había cosa en su tierra que no la tuviese de oro. Animales, árboles, flores, peces, sogas, cestas, rimeros de palos y láminas de oro purísimo.

—Era la representación de lo incógnito —dice un instante después Sam Sapir.

Sumido en una especie de delirio, Sam Sapir indica que, hacia esa antigua villa de inimaginables riquezas fundada por el Inca, quiere llegar *sir* Walter Raleigh con un intérprete indio preparado en Londres, y un esclavo africano al que devorarían los caimanes durante el recorrido. De todos sus combatientes solo escoge a cien, por las destrezas para penetrar con pequeñas embarcaciones en corrientes tan rudas. Traen un retrato de la Reina Virgen que desean enormemente que la admiren, y que la besen, y que le imploren, al ser elegida para pacificar esta provincia. Traen prisionero al gobernador adelantado, heredero de bienes, don Antonio de Berrío, que es natural de Segovia. Lo capturan después que las tropas de Raleigh incendiaron todas las casas de la isla de Trinidad, y dieron muerte a soldados, y a muchos habitantes indefensos.

—Para los españoles de la Conquista se trataba simplemente de Gualterio Raleigh, el ofensivo, inhumano y odiado almirante invasor de la Inglaterra imperial, que somete a Santo Tomé de Guayana bajo la superioridad de sus tropas —se atreve a afirmar Sam Sapir nuevamente.

En el mapa que Sam Sapir califica de exacto están representados los navíos de este primer viaje de Raleigh, incluidos botes y canoas. Con ellos recorrería varios caños del Orinoco, hasta internarse en el río Caroní y ver sus impactantes saltos de agua. Añade Sam Sapir que escuchó hablar de los guerreiros más poderosos y temidos, que tenían la cabeza pegada de las espaldas, y son descritos con ojos sobre los hombros, y la boca en mitad del pecho. En su travesía no pudo llegar con el retrato de Su Alteza al reino del emperador Inca, pero sí organizó un manojo de papeles sobre el descubrimiento del vasto, rico y hermoso imperio de Guayana. Sam Sapir indica que fue impreso en la capital inglesa en mil quinientos noventa y seis,

muchos años antes de su segunda expedición al Orinoco, en la siguiente búsqueda de El Dorado. A pesar de salir de nuevo de Inglaterra con catorce buques, doscientos cañones y un millar de hombres, solo encontró estorbos y tragedias en el otro recorrido. Semejante fracaso le costaría la vida con una sentencia de horca, decapitación y descuartizamiento. De estos castigos se aplicó el más teatral, cuando se levanta el patíbulo en Old Palace Yard, y tras dos golpes de hacha, rueda la cabeza que llegaría momentos más tarde a las manos de la desolada esposa.

2.

Ernest Hemingway, que ha estado atento a la explicación de Sam Sapis, interviene en la trama:

—¡No nos trates de confundir Sam! Si llegamos a reescribir esta historia, vamos a añadirle otros ingredientes. El juego vendrá. Yo prefiero no entrar en detalles, pero quien posee el mar posee el mundo entero, y para mí también es un placer sentir la compañía de Raleigh en este barco, porque fue un hombre del mundo entero. Si estuviera vivo seríamos grandes amigos, porque él tenía la ilusión de la inmortalidad y no se preocupaba por lo que hacía. Esto va más allá de ciertas fechas. Lo bueno de hablar es explorar, y para no tener que morderme la lengua, voy a emitir otras ideas sobre Raleigh. No me refiero a las frivolidades de haber sacado de esta parte del mundo las calabazas, el tabaco, las papas, los girasoles de oro, que los ingleses no conocían para ese tiempo, y que causó tanto asombro en Europa. A Norteamérica trajo a los suyos a fundar un asentamiento. No olvidemos la colonia perdida de la isla de Roanoke, donde nació el primer vástago de sangre inglesa —insiste Hemingway.

Seguro del discurso, Ernest Hemingway sigue en elegante equilibrio con la apología a *sir* Walter Raleigh:

—Algunas veces uno sabe de la historia y puede aderezarla en conversaciones como estas, y ante cualquier pregunta la contestación sería larga y fastidiosa. Celebro que, en nuestra Carolina del Norte, desde hace mucho más de un siglo se tenga como capital permanente una ciudad que lleva su nombre. Se lo merecía este condado, y también Raleigh, porque además de ser un refinado caballero de los mares, querido y odiado, por las peleas a las que se enfrentó, tuvo la dicha de hacerse poeta, de escribir una historia del mundo y dar la vuelta a su alrededor. Sembró en las ciencias y en las artes. No sigo hablando, porque se puede pensar que estoy exhibiendo una erudición que no poseo —finaliza Hemingway, y queda en silencio.

3.

Yo sí me muerdo la lengua, para no hablar de las atrocidades que sufrieron los Lynch de mi estirpe bajo el yugo criminal de un Walter Raleigh como este. Guardo silencio. Ni siquiera me integro al grupo de la tertulia. Solo escucho y pienso. No tienen mayor importancia para mí las ocurrencias de la fiebre del oro de Raleigh en América, ni la madre del oro, ni su relación con los indios, ni sus sueños de una bella ciudad del Inca con templos opulentos en el Orinoco. No me importan sus descripciones de caciquesas guerreras que se cortaban la ubre derecha, hacían predominar su sexo, se unían con los hombres solo una vez al año, y ocultaban grandes tesoros, ni me importan las crónicas de los supuestos cien ríos que desembocan hacia el delta cargados de piedras preciosas.

¡No! Es la primera respuesta que doy antes de la prueba total. Son cosas del destino. Mi infierno y el de Irlanda están en esta misma vida que ahora nombro. Me estremezco al pensarlo. ¡Ah! ¡Destrucción! Vamos a ver. Ese Raleigh prisionero, que fue conducido a la Corte de Justicia, tenía que desaparecer

porque no fue una estrella. El juicio solo tomó en cuenta sus atrocidades en el Orinoco. No entraron en el expediente los resultados de todas las aventuras y desventuras donde hizo derramar sangre, generando inmensas catástrofes. Fue un escándalo su nombre. Con el respaldo de las joyas reales depositadas en el tesoro británico, solo provocó consecuencias desgraciadas donde estuvo peleando de manera continua. Esa visión suprema de conquistador lo hizo un hombre cruel y de furiosos desafueros. Nunca escondería sus pecados. No podemos dejar esto aparte. Hay que contarlo. Metiéndose a la fuerza con sus tropas permaneció en mi pequeña isla de Irlanda, mucho tiempo antes de venir al Orinoco, y destruyó con fuego las tierras sembradas, y las casas, y los huesos de mis antepasados. Creó escuelas de ateos y después de sus tormentos idílicos trató de imponer la Reforma anglicana en toda Irlanda.

No acepto a Raleigh como un héroe. ¿Tendré que decir por qué? Él pensaba que el mundo era una miniatura, y envenenó el aire. No era ningún pastor del océano. Se llamaba *sir* Walter Raleigh, del linaje de una antigua alcuernia aventurera, la misma de los Rale, de los Rawleigh, de los Rayleigh, de los Raleigh, protestantes todos, y se proponía extirpar el catolicismo por la fuerza. Estudió como yo en Oxford, sin alcanzar título alguno. Sufro como un condenado. Estoy sufriendo, como bien lo escribe el gran Joyce cuando se siente despachado de este maldito mundo. Él me da la razón al salir del escondite donde lo oculto en la goleta *Yankee*. Abre la puerta. Se acerca. Me dice que para aprender hay que ser humilde. Pero la vida es la gran maestra. Agrega el gran Joyce que, a *sir* Walter Raleigh, cuando lo arrestaron, tenía sobre la espalda medio millón de francos, incluyendo un par de corsés de fantasía. Su vida fue similar a la de otros lores, entre el amor conyugal y sus castas delicias, y el amor intemperante y sus inmundos placeres.

—¿Qué pasaría si la pesadilla te diera un alevoso puntapié?
—James Joyce me deja esta pregunta, cierra la puerta, y de nuevo se aleja, cuando su cuerpo pierde el equilibrio por las sacudidas de la goleta *Yankee*.

James Joyce sabe tanto como yo de los excesos de Raleigh, pero no quiere escuchar más sobre mi conciencia y los malos recuerdos que me oprimen.

Todo lo hizo Raleigh a nombre de la Reina Virgen Isabel I de Inglaterra, y nos perseguiría. Nos condujo a la horca, y al filo de la espada, y a la muerte. Golpeó con el puño sobre la mesa y, en un primer acto, se pudo convertir en dueño de infinitas leguas de tierra, de las mejores de mi país natal, para esclavizarnos. Villas y castillos de Irlanda irían a formar parte de su escandalosa fortuna. Fue responsable de aquel frío horror, y está marcado entre los peores en la historia de los ochocientos años del dominio inglés. Todos los ciclos generacionales que han afrontado grandes pobreza lo acusan. Nos apretó incesantemente el cuello, pero reaccionamos, y dimos la guerra para defender las riquezas de Irlanda. Hemos cometido muchos errores y muchos pecados, pero de cualquier manera seguimos adelante. Yo también tengo sangre de rebelde y me muerdo la lengua, como lo he dicho, para no repetir un refrán obscuro.

4.

Sigo en silencio. David Cody, al contemplarme, me separa del zigzagueo que me envenena el alma. Nos invita a observar el mapa que está todavía en las manos de Sam Sapir. Lo recorre de arriba abajo en dirección a las flechas que apuntan hacia Santo Tomé de Guayana. Toca el punto secreto sobre la margen derecha del Orinoco, y marca un círculo con la huella de su dedo índice. Dice que Raleigh estaba caminando sobre el

oro y nunca lo supo. Asegura que el espacio circundante, cuajado en oro, representó una noticia como ninguna otra, por la existencia de los más asombrosos yacimientos y aluviones del codiciado mineral.

—Hace apenas días se ha cumplido medio siglo del mayor hallazgo —indica David Cody al nombrar la cuenca del río Yuruary, como eje de extendidas riquezas.

Explica que el cuarzo aurífero aquí es más valioso que en lugar alguno en el mundo y el oro supera al de la propia California y al de Australia, por su calidad de mayores quilates y su producción inigualable.

Recalca David Cody que las aldeas mineras están edificadas sobre ese cuarzo aurífero, y al caer las lluvias el oro se hace perceptible a simple vista, y se riega por las orillas de las casas, por las esquinas, por los patios, por todos lados. En esos pueblos se consigue el oro en flor cuando llueve. Nadie se había detenido a pensar que, bajo el lote de tierras donde empezaron a crecer los vecindarios, todo era oro, y sigue siendo oro todavía.

—No es cuarzo con oro lo que hay, es oro con cuarzo, porque la mayor proporción siempre es de oro —repite David Cody—. Son montañas de oro. Nidos de oro. Los equipos para procesarlo llegaron de Norteamérica. Un geólogo muy capaz, el doctor Stevens, quien también era médico, empezó a hacerse cargo del procesamiento industrial con máquinas de vapor a finales del siglo pasado.

—Como Raleigh, comenzaría con unos cien hombres tras la ruta de El Dorado —repite y repite David Cody, mientras observa que todos lo miramos con asombro.

David Cody reconoce a ingleses, alemanes, franceses, holandeses, culíes y muchos descendientes de esclavos africanos, de las islas del mar de las Antillas, que transformaron el nuevo lugar.

—De cien, en poco tiempo, pasaron a diez mil, entre mineros, barreneros, acarreadores, carpinteros, herreros, plancheros, y muchos más ayudantes de maquinarias —dice David Cody, y cita solo a cuatro de las numerosas compañías del oro—: La New York, la New Goldfields, la Pan Ore Company, y la Compañía de la Société Française.

Él insiste en que, en esta región, apiñada de minas, está todo el oro por el que pagó con su vida sir Walter Raleigh.

—Pero hay más —sigue David Cody en su apasionada intervención—. En este inmenso territorio del Orinoco, que se llama Guayana, y que ha mudado su ciudad principal varias veces durante dos siglos, para huir de los asaltos y las pestes, está la fuente de hierro más importante del globo terráqueo. Ya en mil novecientos uno se embarcaron desde el Orinoco hacia Baltimore las primeras setecientas toneladas. Este territorio también es riquísimo en diamantes, bauxita, cobre, carbón, granito, arenas recubiertas de titanio, y otros extraños y misteriosos minerales, sin incluir el asfalto y el petróleo, que representan las mayores reservas del planeta.

—No hay país semejante y tan hermoso —reafirma David Cody.

—¡Miren aquí! ¿No es pura coincidencia?

David Cody descubre su pecho, y nos muestra un enorme crucifijo de oro de veinticuatro quilates y la gruesa cadena que rodea su cuello.

—¡Como Raleigh también digo que no cubre el sol país tan rico en el mundo! Todo eso lo tiene el verdadero país del petróleo —finaliza David Cody con su maravilloso elogio a este inmenso territorio.

5.

En las horas siguientes, después de atravesar la boca del gran río, el paisaje cambia hacia un mundo distinto, un mundo

también mágico y fascinante. Otras embarcaciones, cargadas de ganado, pasaban muy cerca de nosotros con rumbo a Trinidad. Las seguían piraguas formidables. Con las corrientes a favor se aproximaba un buque de aparejo redondo. Busca la misma ruta hacia el mar. Miramos más allá la interminable sucesión de palmeras y el despertar de una aldea con sus bohíos en semicírculo sobre el agua. Es un paraíso. No se escuchan ladridos de perros, ni gritos lejanos, ni rencillas, ni sonsonetes, ni susurros incómodos. Solo la marea con su timbre amistoso transportando sonido de plectros y follajes. Un humo de leña lentamente iniciado entreabre la aparición de una comarca confeccionada sobre árboles. Allí, donde las casas se juntan espalda con espalda, y son idénticas y con todos sus portones entregados al sol, desnudaremos nuestros pies junto a la arena.

—¿Quieren ver el ancla de Cristóbal Colon? —pregunta sonriente Pedro Gallo, quien nos propone bajar a la famosa isla, donde habita un sacerdote capuchino.

Solo quedan a bordo Leo Lee y tres marineros de la goleta *Yankee*. Es temporada de cangrejos azules. Decenas de canoas con sus remos entran y salen veloces del lugar. Nos explican que remontan las noches de luna llena para atraparlos lejos de aquí, donde aparecen en masa. Abunda el cangrejito azul, pero también los hay cenicientos y redondos, y de bocas y lomos aplastados. Hay cangrejos ciegos y cangrejos sordos. Hay cangrejos rojos y peludos, y cangrejos negros. Llegan por miles en épocas como las de ahora. Al caminar sobre la isla de Jebu los miramos vivos, con sus cinco pares de patas trepando en los árboles, dejando sus largas huellas en la arena, y buscando hundirse para imitar los colores de cada refugio. Los cangrejos están por todas partes en grandes cantidades. Los niños nativos juegan a enlazarlos y entonces empujan sus tenazas contra el rumor de la corriente y se sumergen. Otros,

los más gigantes, mueven con fuerza sus caparazones asoleados y sus puntas de espadas. Dice Pedro Gallo que los azules se vuelven rojos al hervir.

Sobre fogones de alta llama, en enormes ollas con agua que burbujea, las familias han lanzado cangrejos vivos. Se prepara la gran comida y hay que ponerle buena cara al asunto. No se trata de recetas como las de Jean Dunkle en West River, que incluía el jugo de piña y de limón, gelatina con pepinos y carne de cangrejo, lechuga y mayonesa. No es *pineapple and cucumber ring*. Es el cangrejo adulto, sin aderezos, mezclado con tubérculos de una pulpa morada y babosa, cuyas hojas alejan las mordeduras de serpientes si los comensales se las estregan en el cuerpo. También llega a nuestro lado una bebida hecha con frutas del monte y todos gozan sin cansarse de tomar. Estamos rodeados de indígenas Guaraos que bromean y nos conducen a sus hamacas colgantes.

Nos sacan los calzados de los pies y juegan con las trenzas. Helen Cook y Sam Sapir ocupan solos una hamaca grande. La más larga, vieja y deshecha, es tendida para Robert Remington, quien no se separa de su cámara Leica por un solo instante. Las otras tres, un poco remendadas, para Hemingway, David Cody y yo.

Pedro Gallo, seguido de los niños, llena de risa la choza donde estamos valiéndose de una treta especial. Comienza a sentirse un sonido mágico, parecido al de una flauta.

—¡Vamos a visitar al misionero Pío de León! —grita Pedro Gallo y todos nos levantamos en seguida, calzándonos de nuevo.

A pocos pasos está el hombrecito de barba canosa. Viste hábito marrón de capucha y cuerdas blancas que rodean su cintura. Es un misionero de los que pregona la paz y el bien. Entre brazo y cadera él comprime un fuelle y una bolsa de cuero a la que se atan cepos y cañas de tonos rojizos,

reforzadas con alambres. Da la impresión de mantener una cabra unida al cuerpo. Es una vieja gaita con la que logra una escala musical distinguida y complaciente. Son ricos los matices. Sopla los tubos para tocar un pasodoble y aunque nadie baila todos aplauden sentados en cuclillas.

De nuevo viene a mi memoria el recuerdo de las fiestas de Irlanda entre acordes de mazurcas con las grandes cornamusas rodeadas de tambores. Faldas cortas saboreando los ritmos marineros. El compás hace el tono. ¡Dios, qué música! La escuché siendo niño.

Es una lástima que James Joyce no esté presente en este instante. Oigo sus geniales consejos:

—Todos quieren verte producir la obra que meditas. Yo deseo de todo corazón que no los defraudes. Los colores dependen de la luz que se ve. ¿Cuál es la edad del alma del hombre? —preguntaba y preguntaba el gran Joyce.

6.

El sacerdote que habla de sus sandalias de cuero, y de pecados y danzantes, apenas lleva cuatro años aquí. Viaja de isla en isla por el inmenso delta del Orinoco. Considera que la gran familia Guarao representa a los indígenas más antiguos del país del petróleo. Él trabaja en un diccionario sobre la lengua y piensa que le tomará muchos años concluirlo, pero sostiene además que todavía conserva la misma nomenclatura de los tiempos de Cristóbal Colón.

Guarao significa navegante, gente de curiaras. Jebu, que es el nombre de la isla en la que permanecemos, corresponde al espíritu de la palabra, el alma, que habita en una maraca sagrada. Después de explicarlo, nos invita a conocer el instrumento ancestral. Caminamos hacia una choza que se levanta triunfalmente en lo alto de la isla. En la ruta de troncos de

palma vemos parejas de jóvenes probando fuerzas entre anchos escudos que protegen sus pechos. Es su deporte preferido, indica el sacerdote, mientras disfrutamos del punzante timbre seco, al chocar las maderas con sus varas y sus pencas. Entre los que forcejean con grandes gestos, destacará quien logre vencer empujando los caparazones hasta derribar al contrincante. Es un arte Guarao.

Al entrar a la choza, el sacerdote se dirige en lengua Guarao al responsable de la maraca sagrada. Un anciano de piel oscura y con muchos lunares en la espalda nos saluda en su idioma.

—¡Uju! —exclama sorprendido.

Viste solo con un pantalón blanco, muy usado, y lleva entre sus dedos un fino cigarrillo sin encender. Las arrugas del pecho desnudo y el contorno del rostro delatan su edad. Pareciera que hablara consigo mismo.

—Es sacerdote igual que yo, además de ser árbitro de la lluvia —sostiene el misionero capuchino, quien cuenta que todos lo conocen como Piache Alfredito.

—Resulta un intermediario entre el pueblo Guarao y el Jebu, pero también es médico de los indígenas —sigue reseñando el padre Pío, mientras sonrío con cierta sensación de incredulidad.

La maraca ritual que empuña es enorme y se aprecian muchos signos dibujados en su piel. Se adorna con plumas de múltiples colores, y rastros vegetales, y dicen que suma más de cien piedras en el interior de su cáscara.

Sam Sapir trata de establecer un diálogo en idioma Guarao. Dice que por la fonología de la lengua reconoce algunas palabras familiares y expone recuerdos de un grupo aborígen belicoso, refugiado hace años en las praderas de Norteamérica. Toma notas y realiza grabaciones al lado de Helen Cook, quien se interesa en desentrañar el misterio de la palabra Jebu. Traduce la presencia de un espíritu mitológico de las aguas,

del trueno y los ciclones. Un espíritu superior, que defiende al creyente Guarao y cambia de fisonomía.

Ernest Hemingway y Robert Remington proponen visitar otros espacios de la isla de Jebu. Salen de prisa de la choza donde se encuentra la maraca sagrada. Los seguimos. Se interesan en las formas de fabricación de las viviendas. Dos pescadores indígenas que nos hacen compañía explican que están hechas de un mismo tipo de palma, que aleja la sed y destila un vino muy dulce. De la palma y de sus frutos se obtienen muchos alimentos, como harinas, panes, postres y bebidas estupendas. Hasta los gusanos que habitan en la parte elevada del árbol resultan comestibles, dicen los Guaraos. Pero esencialmente se utiliza para construir techos, paredes, hermosas sendas que flotan sobre el agua, y muchas más cosas que no llego a mencionar.

En una curva del camino escuchamos el canto de varias ancianas y de jóvenes mujeres de brillante cabellera negra, muy lisa y sedosa. Con las fibras de la misma planta tejen cestas de varios colores, y mapires, y otros envases de boca ancha, y de boca angosta. Se ven bien alimentadas y con la dentadura muy blanca, masticando una olorosa raíz vegetal. Visten con túnicas largas y sin mangas, y con un solo sostén apuntalado en el hombro izquierdo. Adornan su cuello por completo con espesos collares, en los que lucen colmillos de tigres y puños de semillas. Son devotas de esos collares, y son doncellas, aseguran. No son pizpiretas.

Dos de las muchachas llevan la nariz perforada por zarcillos. Dicen que sirven para alejar a las fieras y a los Musimo, que resultan cazadores de esclavos, aliados en sus aventuras con ingleses, holandeses y otros bandoleros que acechan en el delta. Al ocultarse el sol aparecen como ogros en la bifurcación de los caños, explican los que más saben. Miramos las casas abiertas a los vientos. Hay solo una cerrada, que es la

casa de maternidad, donde las mujeres dan a luz. Otras son de variados techos, pero a todas llega el susurro del agua. Abundan las casas hembras, de menor fortaleza, adosadas a un gran obelisco. Están poco distantes de las llamativas palmeras que se multiplican por miles de un lado a otro de la isla.

Hemingway observa detenidamente lo que acontece. Añade que si un escritor deja de observar está liquidado, pero no tiene que observar conscientemente ni pensar cómo será aprovechable lo observado.

—Allí está una gran diferencia con las fotografías que tú haces —le comenta Hemingway a Robert Remington—. Te acercará a este modo de pensar, cuando empieces a volverte loco, porque seguramente realizarán un libro con tus documentos, quitando y poniendo fotos, y allí sí, allí sí tendrías que contar una historia.

Robert Remington sonrío por las ocurrencias de Hemingway y sigue con su cámara los detalles del ambiente.

—Esta es realmente la peor hora el día —escucho a lo lejos la voz de James Joyce, que suelta una frase desde la goleta *Yankee*.

Uno de los jóvenes pescadores nos mira detenidamente por todos lados, y al detallar nuestros gestos, y nuestra manera de hacer bromas, dice que guardamos gran parecido con un espíritu vivo que él ha encontrado antes.

—Aquí, entre los Guaraos, los espíritus no se aparecen en sueños sino vivos —nos reafirma el joven.

Nos cuenta que él estaba dormido y sintió una voz que le habló de cerca:

—¡Despiértate y no te muevas y verás!

Y al despertar encuentra a una persona rubia.

—Se trataba de un espíritu disfrazado de extranjero. Era blanco y alto como ustedes, con sombreros y lentes, y repentinamente desapareció de mi lado después de mostrar solo la mitad de su cuerpo —nos sigue contando.

—Nunca le llegué a ver los pies. Supe que se trataba de Kanobo, que para nosotros no es simplemente una piedra, porque es mucho más. Kanobo es el dueño de la piedra, y es un alma que no se deja ver tal cual es, porque el espíritu no tiene hueso ni carne, y Kanobo es nuestro abuelo más grande, que truena y anda por los cielos, y la piedra de Kanobo, donde siempre habita Kanobo, solamente puede verla el Píche Alfredito, que tiene la maraca sagrada y los poderes para encontrarse con Kanobo —sigue narrando el joven Guarao.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntamos, mientras nos explica que solo ha sufrido de sarampión. Luego da media vuelta muy de prisa y se mantiene erguido en un solo pie.

—El nombre mío es Manuel, y estoy aprendiendo a civilizarme con las oraciones del padre Pío de León —terminó diciéndonos Manuel, después de enseñarnos el crucifijo colgado sobre su pecho.

Era un sencillito crucifijo de madera.

7.

Como si se tratara de una gran lancha salvavidas, observamos a un hidroavión que rompe la tarde para situarse a cierta distancia de esta isla. Se dirige al lado opuesto mientras toda la gente Guarao lo sigue con los ojos clavados en el cielo. David Cody comenta que esto es rutina, y que se trata de equipos aeronáuticos extranjeros empleados en exploraciones que utilizan la fotografía aérea para obtener información estratégica.

—Mar afuera hay yacimientos, pero también en las propias islas del Orinoco surgen rastros de abundancias. El Lago de asfalto de Guanoco, que es el más grande del mundo, fue una primera señal —dice David Cody—. Los sismógrafos levantan informes de interés, y con frecuencia estos clíperes que los indígenas llaman canoas voladoras, llegan cargados

de abastecimientos y equipos. La presencia del crudo en este delta no es algo nuevo para los geólogos.

David Cody resume con mayores detalles:

—Cuando Norteamérica no tenía el control del país del petróleo resultaba común el desplazamiento de naves británicas de guerra, alemanas, francesas, italianas, portuguesas y holandesas, que enviaban informes secretos a sus almirantazgos sobre la aparición de importantes riquezas en el lugar. Los británicos y los alemanes resultaron los más interesados. Contaban con el personal necesario, y exportaban la producción de petróleo y asfalto, vía Trinidad, a través de gabarras y otras embarcaciones de la marina imperial alemana.

—El Departamento de Defensa en Washington debe saberlo —sigue destacando David Cody—. En un comienzo, el país del petróleo fue dominado por la imposición alemana. En pago de las deudas, la Corona española dispuso entregar esta parte de la tierra firme a los germanos. Los apellidos Welser, Alfinger, Federman, Espira, Hutten, están unidos a distintos episodios de esa asombrosa historia. Entre ellos harían fama los primeros en salir en la búsqueda de El Dorado, cincuenta años antes de los preparativos de *sir* Walter Raleigh.

Sam Sapir arrima la oreja y Robert Remington, que anda de un lado a otro con su cámara, y con los cordones de sus zapatos sueltos, también se detiene a escuchar lo que habla David Cody.

Aparece de nuevo Pedro Gallo y sigue con la insistencia de reconocer el ancla de Cristóbal Colón. Nos lleva a un lugar restringido donde contemplamos un ancla con su cruz, brazos y uñas muy antiguas y oxidadas. Un trozo de madera con una argolla, ajustado a la caña de metal, contiene la marca de otros siglos. La marea la trajo aquí en contra de las corrientes, dicen los que han conocido la historia. La nombran como Uru. Explican que la encontraron enredada entre manglares, cuando el río estuvo demasiado bajo, y en las noches se siente gruñir.

—Ahora la cuida como a una reliquia el famoso ciudadano francés que lleva tres años en Jebu —sigue explicando Pedro Gallo—. Se llama Bernard Verne, y con la ayuda de todos fabricó la pequeña choza de tres paredes para resguardarla.

A su lado se conservan varias trompas secas de pez sierra, y la canoa en tierra, donde crecen las semillas, y hay huacales, y grandes piedras, y nasas de pescar, y sendos tinajones. También hay lindas flores alrededor del terraplén.

8.

El sacerdote capuchino insiste en indicarnos que además de esta Guayana que perteneció a España, hay otras tres, la inglesa, la holandesa y la francesa, sin incluir la parte brasileña que mantuvo Portugal. Todas son selvas vecinas controladas por distintos imperios. Hasta ellas ha llegado el arroyo Guara. Anuncia que van y vuelven.

—De la Guayana pregonera de París procede Bernard Verne, quien se acostumbró a la forma de vivir de los indígenas, y también ha estudiado su lengua —señala Pío de León quien lo califica de argonauta—. Todos sabemos bien lo que entrañan las tempestades en la barra del Orinoco, que es la más brava de América, ¿verdad?

—¿Se comprende lo que es un mar sin orillas? —pregunta el misionero repetidas veces, y responde de manera afirmativa—: ¡Hostia, qué invento! ¡Vamos al punto sin rodeos ni añadiduras! No me tomen por un loco, pero con Bernard Verne enfrentamos los peligros de ese mar sin orillas. —Y continúa paso a paso con un largo monólogo, inclinando su cabeza muy blanca—: Todos me conocen como Pío de León, y Dios nuestro Padre que está en el cielo, me dio la dicha de nacer también cerca de un río que hace frontera con Portugal frente a la cordillera Cantábrica. Es mi querida Galicia de

eternas saudades. Es el río Miño, que baja desde la Sierra de Meira hacia el océano Atlántico. Dios también me dio la dicha de ser misionero, para transmitir la fe y la concepción cristiana del mundo. ¡Yo digo que, para tocar las castañuelas, hay que tocarlas bien! y además del diccionario Guarao, con mitos y leyendas, he venido escribiendo las tragedias que he visto, y que ahora explico a ustedes. Reconozco que tengo piel de paquidermo, de búfalo, porque conmigo no ha podido el paludismo, ni otras enfermedades, ni cuestiones parecidas que ocurren en distintos lugares, donde los tigres roen los huesos con ruidos y la gente que se pierde en el monte al salir a cazarlos, terminando en la mortaja del bongo Guarao. Muchas veces las embarcaciones encallan en el fondo bajo, contra las mareas, contra las piedras. Tropezamos con el peligro de los caimanes que acechan. Así es el delta, y no todos viven con la ley de Dios.

El sacerdote capuchino nos relata con franqueza que la gente Guarao de pura cepa ha tenido que huir, ha tenido que dejar sus siembras y sus aguas dulces con las que se quedan los ingleses. Dice que aquí viven todavía los grandes gobernadores del mundo Guarao, que han tenido sueños especiales en comunicación con los espíritus, y que a su vez son los únicos dueños de las tierras, y piden castigo ejemplar para los delincuentes. Habla de hombres y mujeres de gran resonancia que forman parte de sus historias. Son historias de mujeres matriarcas que han luchado de manera impresionante, pero que siguen siendo anónimas. Uno a uno, cita los numerosos capítulos del libro que tiene casi listo, y donde incluyó también a Bernard Verne, que, aunque no nació Guarao, se hizo Guarao después de vivir una pesadilla tras otra pesadilla en la Guayana Francesa.

—Él llegó aquí por su propia voluntad para darlo todo, a través de la palabra, y de su gran responsabilidad con el género humano —termina diciendo con orgullo fray Pío de León.

9.

—¡El Orinoco sale del paraíso! Eso no lo digo yo, lo dijo Cristóbal Colón —refiere Bernard Verne al recibirnos en su casa llena de objetos antiguos y estupendos tejidos indígenas.

Tiene muchos libros, picos, palas, catalejos, cuadrantes, cuchillos, escopetas, mesas, sillas de tablas, dos gatos, un perro y una guacamaya de plumas rojas y azules que no se separa de su lado. Es una casa distinta a las demás casas Guaraos, ubicada en un sitio lejano de la isla, con estacas clavadas en la tierra, y cables, y techos de lona, y una empalizada, y las escaleras de troncos por las que subimos.

Bernard Verne aparenta unos sesenta años de edad, y vestido de blanco luce como un profeta. El ambiente está impregnado de curiosos olores a tabaco, a perfumes de madera, a sándalo de la India.

—Soy médico —nos explica, mientras mira fijamente a Ernest Hemingway—, estudié en la Facultad de Medicina de París, donde nací, y estoy obligado a llevar la salud a todo el mundo. Pero como les habrá dicho el misionero Pío de León, ciertamente, vengo de la Guayana Francesa de ultramar, más exactamente de Cayenne, por eso muchos nos miran con cierto temor, y nos llaman aquí los cayeneros, que en definitiva es el nombre de un río.

«No es un secreto para nadie que no he logrado la felicidad completa ¿Quién podrá tenerla? ¿Quién? —interroga Bernard Verne.

Antes de proseguir ruega por el bien de todos nosotros, luego retoma su relato, torciendo un poco la nariz mientras fuma y conversa sobre sus propias aventuras:

—Pueden llamarme las veces que quieran por el nombre cariñoso que me han dado los Guaraos. Bernardino, me gritan en cualquier sitio, no Bernard Verne. O si lo prefieren,

llámenme Robinson, como me bautizó Pío de León al verme construir esta choza, después de llegar más muerto que vivo a la isla de Jebu nadando entre el mar y el río Orinoco. Porque también soy un Robinson Crusoe. Ese es mi otro apodo, pero a diferencia del Robinson Crusoe que el mundo conoce, no pisé ninguna isla solitaria. Llegué a Jebu, la isla más fantástica en la que he vivido, con la gente más hermosa de todos los lugares de América. Aquí llegué a tierra el treinta de septiembre de mil novecientos veintinueve. Pienso que mi destino natural es el Orinoco, que me ubica más cerca de la vida, y me emociona como a un niño, después de entrar a la antesala de la muerte. Nunca me había sentido desterrado. No se lo deseo a nadie. Con tres años de prisión y dos intentos de fuga, logré finalmente evadirme de la Isla del Diablo. ¡Soy una de esas almas que no encuentran sosiego, y que han nacido por segunda vez! —exclama con gran sinceridad Bernard Verne.

De su garganta salen más y más historias, mientras la temperatura comienza a subir. Al rato se calma y se sienta sobre una gran concha de tortuga para seguir con su discurso. Está en su derecho. Ahora levanta el telón de los malos recuerdos. Cuenta que pasó días de desdicha en un pequeño cuarto sin luz, ni ventilación, y atado con cadenas de hierro.

—Francia, en menos de un siglo, ha enviado más de cincuenta mil convictos a la Isla del Diablo. —Según los números de Bernard Verne—. Resulta infranqueable la apartada isla. La fiebre amarilla, la malaria, la disentería, la sífilis, la lepra, otras enfermedades y el hambre van matando día a día, a más y más prisioneros —explica el fugitivo de Cayenne, entre el idioma español y el francés, hablando de una parodia de justicia. Sin levantar los ojos para nada, dice lo que sabe—: ¡Nadie puede sobrevivir así, pero yo logré burlar la maldecida cárcel!

Muestra desprecio por su propio país. No lo oculta. Piensa de modo diferente al de sus coterráneos, y señala que se le

debe a Napoleón, el tercer emperador de los Bonaparte, nieto de la emperatriz Josefina, haber iniciado esta matanza durante el Segundo Imperio.

—A pesar de la derrota de la monarquía y las reformas sociales, hoy todo es crueldad. —Utiliza el término crueldad, y junta más palabras para referirse a la Tercera República francesa, que no se apartó de la ruta de Cayenne—. ¡Tenía que escapar y lo hice! —expresa desafiante.

Una parte de su vida se la debe a los indígenas Guaraó, que en una noche en la que se sentía perdido, pobre y miserable, le devolvieron a la realidad. Otras fuerzas trataban de frustrar su llegada al Orinoco.

Hemingway, que está absolutamente concentrado en la narración de Bernard Verne, le habla también en francés y luego le hace una pregunta:

—¿Siempre estuvo en su cabeza la idea de fugarse?

Y responde:

—¡Sí, porque siempre fui inocente! Me recluyeron a la fuerza en ese infierno por mis ideas, no porque cometí crimen alguno. En Francia yo luché por la igualdad de todos, y los jueces decidieron acusarme de anarquista, y de formar parte de un movimiento revolucionario e ilegal. ¡Es una pesadilla! —asegura Bernard Verne.

Hemingway interviene nuevamente:

—¡Es una pesadilla y usted tiene que escribirla! Yo tengo pesadillas y me entero de las que tienen otras personas, como usted. Pero uno tiene que escribirlas —insiste Hemingway, mientras todos observamos que, por primera vez, Robert Remington ha puesto de lado su cámara fotográfica para prestar mayor atención a la rara historia.

Bernard Verne marca una pausa. Explica que viene construyendo otro tipo de sueños. Igual que el padre Pío de León escribe un diario de vida que espera concluir muy pronto con

la entrada al paraíso más alto, según él. Habla de esa entrada para referirse a las cumbres del Orinoco. Habla también de un amor doloroso y de otras desgracias que no se apartan de su mente. Además de estudiar la botánica que emplea el sabio Guarao para sus curaciones, y escuchar tanto de su mundo étnico en la isla de Jebu, viene preparando una secreta expedición hacia las fuentes originarias del Orinoco. Dice que recorrerá miles de kilómetros dentro de las aguas.

—¡Allá debo terminar de escribir! —le reafirma a Hemingway.

Nos habla de sus sueños, de penetrar cada vez más en ese mundo lleno de misterios, encontrarse con los ríos tributarios, llegar a territorios ignorados por nosotros hasta hoy, donde existen culturas de lenguas diferentes, y donde la gente vive desnuda y sin problemas. Dice que más temprano que tarde quiere entender sus voces y conversar como ellos, claro y seguido.

Cuenta Bernard Verne que, desde muy niño, en la ciudad de Amiens escuchó las descripciones del Orinoco a través de un tío inválido, diabético y medio ciego que lo fascinaba con cada historia, porque tenía al río en la palma de su mano sin haberlo visitado jamás. A ese tío le gustaba viajar entre sueños y escribir todo lo que imaginaba.

—Esos nombres, Orinoco, Atabapo, Guaviare, nunca han salido de mis recuerdos infantiles —se apresura a confesar Bernard Verne, quien sigue detallándolo todo—. Aquí encuentro las maniobras de los barcos, las encrucijadas de los ríos, las proas de las piraguas, las playas agitadas, los vientos de noroeste, las gigantescas piedras, la montaña roja rodeada de nubes, la estación lluviosa, los campamentos, y los caseríos, donde se llegaba en las falcas.

Explica también Bernard Verne, que el universo fabuloso en el que se inspiró aquel tío a los setenta años dio lugar a otro libro para recorrer nuevamente la ruta del explorador

francés Jean Chaffanjon, quien pudo llegar a lo más alto de las montañas donde nace el Orinoco, dejando un compendio de su viaje.

—¡Quiero ir a esas cumbres después que haber pasado la página de Cayenne, que ya no deseo recordar! ¿No me lo merezco? —interroga de nuevo Bernard Verne—. Quiero llegar al sitio más lejano donde se desprenden las primeras gotas de este río. Quiero tener tiempo para no desperdiciar la emoción de la vida —reconoce Bernard Verne, mientras separa el tabaco de su boca, añadiendo que no tendrá miedo de lo que pueda suceder.

—El tiempo es lo más escaso que tenemos, y se debe aprovechar al máximo. No tarde en empezar —agrega Hemingway de manera inmediata.

«Permítame hacerle otra pregunta —vuelve a insistir Hemingway—. ¿Ese tío francés al que se refiere pudo ser Jules Verne?

Bernard Verne lo admite con un gesto nervioso. Hace una inclinación de cabeza, y con cierta picardía antepone otra frase:

—Hemos recorrido cinco mil kilómetros sobre el Orinoco. ¿Te ha parecido largo el viaje?

Hemingway responde en forma sorpresiva, y lanza un contundente ¡No!, como quien no desea contrariarlo. Cita en su idioma original *Le Superbe Orénoque*, y agrega escogidas palabras de su admirable repertorio. Dice emocionado un hasta luego, y antes de darle otro apretón de manos agrega que el mundo es un buen sitio y hay que luchar por él. Ha caído la tarde con su sonido dulce y dominante. Los indígenas Guarao, después de entregarnos los distintos obsequios, encienden palos para alumbrar la oscuridad, y nos acompañan alegres hasta la goleta *Yankee*, donde nos sigue esperando Leo Lee mientras la marea sube por la fuerza de la luna.

Estación alemana

1.

Suena un prolongado pitazo en el aire para anunciar la belleza de la imponente capital del Orinoco. Es otro día de viaje, y pensamos en mucho de lo que dejamos atrás y que quizás no volveremos a encontrar. Ahora nos seduce el famosísimo puerto de Angostura, entre chimeneas de vapores, buques, y goletas de blancas velas. El cansancio no nos permitió ver la desembocadura azulada del río Caroní. Ha explicado David Cody que en el lecho del Caroní están las más grandes cuencas diamantíferas del mundo, y que tiene más de cien cataratas, y volúmenes de agua tres veces superiores a las del Niágara con las que se pueda alumbrar a toda América.

Después de cuatrocientas millas los amarradores recogen cabos de babor a estribor. Es la última escala antes de avanzar hacia West River. Ya los camiones de la Guss han estacionado en la aduana y se ponen a disposición de Leo Lee para el desembarco. El globo terráqueo, donde está representado el

país del petróleo, con sus fronteras y sus lagos antiquísimos, tiene el más grande estuche.

¡Qué hermosa travesía!

Ahora podremos caminar la llamada ciudad real, que los indígenas nombran como Ankosturaña. James Joyce, a quien mantengo escondido en el papel de polizón, se vuelve rápidamente y me recuerda tres preguntas:

—¿Cuántas millas a Dublín? ¿Habrá un hotel Ormond aquí? ¿Habrá una calle Mabbot?

Sopla intensa una brisa. El río Orinoco, que arrastra vegetales vivos a su paso, continúa creciendo por las copiosas lluvias, y por las fuerzas de los surcos tributarios.

—El veintiuno de marzo alcanza su más bajo nivel —dice Pedro Gallo—, pero en fechas diferentes puede subir hasta diecisiete metros, teniendo como tope el veintiuno de agosto en pleno invierno. Cada semana aparece un río distinto.

Los pescadores lanzan redes con gran habilidad. Es un placer el manejo de las atarrayas, un piropo a Dios y a la Virgen Madre, es un vicio en este tiempo de abundancia que tanto emociona. De orilla a orilla pueden contemplarse las canoas fijas en el mismo sitio donde flotan y el imparable cerco de chinchorros zarandeando en el aire. Desafían el paso de las corrientes dulces. Pescan en el secreto de las piedras, en las parturientas lagunas, en el arsenal de los remolinos. La gran atracción es el retozo alegre de toninas rosadas que muestran sus lomos, sus trompas, sus colas grisáceas y brillantes al volver a las profundidades del Río Padre.

El Orinoco tiene aquí un estudioso llamado Ernesto Sifontes. Él le dice Río Padre. Es un hombre simpático que no para de hablar del aroma del río y de sus adelantos científicos. Resulta descendiente de alemanes. Usa sombrero de fieltro, lleva cayenas rojas en el ojal superior de la blusa, y se ha dedicado a conocer los fenómenos meteorológicos de la

región. Con un barómetro en la mano persigue la altura del río sobre el nivel del mar en diferentes sitios de la ciudad. Sabe cuándo el río baja con normalidad, y en qué fecha sus aguas pueden alcanzar el mínimo nivel. Sabe cómo influyen las mareas, y cuándo viene la crecida general. Adivina sus mayores subidas y el desbordamiento que puede romper diques, inundar calles completas, deshacer paredes. Ernesto Sifontes introduce en la conversación la llegada del cometa Halley, que observó asombrado en mil novecientos diez. Mediría la hora exacta con un cronómetro fabricado en el Reino Unido de Inglaterra. Llegó a verlo, entre las cuatro *ante meridiem* y las seis, cuando desaparece el astro, segundos después de la ruidosa llegada del sol.

2.

Nos encontramos con Ernesto Sifontes en la célebre Casa Luxburg de la calle del comercio frente al río. Es una casa de tres pisos con hermosas rejas, barandas y columnas en hierro fundido, y corredores sorprendentes. Posee balcones, y ventanas de cristal, y azoteas de arcilla, desde donde se mira al Orinoco y el ajetreo del puerto. Hasta aquí ha llegado Ernesto Sifontes, pedaleando sobre la cima de las aguas. Anuncia en su rapsodia el tributo al Río Padre en este paso de ochocientos metros. A lo lejos se ve venir una pequeña isla flotante sembrada de melones rastreros, y de palmas solitarias, y de piedras minúsculas, y entresueños, y alegrías.

—¡Atájenla! ¡Atájenla! —gritan emocionados los pescadores, mientras Robert Remington expresa con grandes alaridos el escándalo de su asombro.

La parte baja de la Casa Luxburg, que tiene demasiadas cosas buenas, se destina al almacenaje de productos importados y de muchas especies del país del petróleo. En una de sus

paredes exteriores se aprecian las figuras de tres balas redondas, y a un lado, la base de un cañón de campaña sobre dos ruedas de madera. No hay ningún anuncio que lo identifique para saber de qué se trata. El río no se aleja. En la manzana que ocupa el edificio de los Luxburg flamea el tricolor de la bandera federal, con su franja negra sobre el rojo y el oro como señas del uniforme de antiguos soldados berlineses de las guerras napoleónicas. El fondeadero adyacente, dedicado al pueblo alemán, se bautizó como el Puerto Luxburg.

Resulta una residencia encantadora la mansión de August von Luxburg, quien nos colma de atenciones después de invitarnos a conocer su empresa mercantil, que tiene muchas ramas. Además de una fábrica de cerveza y otra de hielo, posee en la misma calle del comercio un hotel y una sala de cine. Una joyería, una botica, una herrería, el aserradero alemán, y el taller mecánico de los primeros Mercedes Benz que han llegado por el Orinoco con su estrella cromada. Pero sus mayores inversiones se destinan al comercio exterior y a la importación.

Barcos van y barcos vienen.

Cueros de reses, de venados, de tigres, novillos, yeguas, cabezas y pieles de caimanes, oro fundido, añil, prendas con piedras preciosas, plumas de garzas, monos enjaulados, tabaco, cacao, café, sarrapia, algodón, quina, son algunas de las variedades que despacha a las islas del Caribe, a Estados Unidos de Norteamérica, a Holanda, Inglaterra, Italia, Francia, Alemania. Este mismo año ha salido a la calle una gaseosa de caramelo rojo conocida como Kolita Luxburg, que tiene gran demanda. Es su más reciente ensayo industrial.

Al señor Luxburg, que proviene de Baviera, lo conoció David Cody hace muchos años cuando necesitaba de sus favores, mes a mes, en medio de las faenas de West River. Se hicieron amigos. Ambos admiran las composiciones de

Johann Sebastian Bach, porque son apasionados por la música antigua. Persiguen la orquestación de los *Conciertos de Brandeburgo*, sobre los que hablan maravillas. Él se siente complacido con sus discos de setenta y cinco revoluciones por minuto que recibe de Norteamérica y de Europa, grabados por dos caras, y a los que le ha dedicado una estantería exclusiva. Muchos son del sello Columbia, y otros pertenecen al sello rojo de Victor Talking Machine Company. Algunos se distinguen por la llamativa etiqueta de alas de murciélago. Para escucharlos adoptó gramófonos de patente alemana, y en este nuevo tiempo de modernidad lo sustituye por victrolas ortofónicas de lujo, de las cuales reservaría una destinada a David Cody. Ahora se muestra muy feliz de encontrarlo nuevamente después del incendio de West River que tantos lamentos causaría.

A diferencia de los comerciantes alemanes procedentes de Hamburgo y de Bremen, el señor Luxburg guarda un parentesco con la línea familiar del famoso Conde de Luxburg. Ha comentado David Cody que tiene sangre de la realeza. Dice que los descendientes del Conde acumularon inmensas fortunas, contándose entre las personas que ofrecen mayores auxilios financieros a los grupos alemanes de América. Poseen entre sus bienes la más importante colección de obras de arte de toda Baviera, y también un palacio conocido como el Castillo de los Luxburg.

3.

Sabemos que la gente más cercana al señor Luxburg le llama el Último Káiser por su gran parecido físico con Guillermo II, quien sigue exiliado en Inglaterra. El antiguo emperador luce una barba blanca similar a la del señor Luxburg. No esconde sus deseos de volver al Palacio Real de Berlín si el

Partido Nazi resulta victorioso. La conversación del grupo de Washington sobre Alemania gira en torno a ese tema. Del Partido Obrero, que surgió después de la Gran Guerra, saltamos al Partido Nazi. Una y otra vez se ha prohibido en Berlín el uso de las camisas pardas, pero se hace indetenible su fuerza política con casi un millón de afiliados. En el antiguo imperio hay decenas de muertos por escaramuzas en calles, y en cervecerías, y en mercados, y en otros locales llamativos, y en clubes. Hay enfrentamientos entre quienes siguen a Hitler y quienes lo rechazan. En las vías públicas queman libros que no son del gusto del militante nazi, y en las salas de cine arrojan bombas de humo al sabotear películas que hablan sobre la paz. Golpean a las personas que protestan. Aparecen violentos desfiles en las noches. Las antorchas encendidas marcan la ruta del fascismo sobre una desconocida Alemania.

Después de algunas anécdotas sobre la orquestación del *Concierto de Brandeburgo n.º 3*, con violas, violines y violonchelos, el señor Luxburg nos propone dejar la política de lado, y nos invita a refrescarnos con la famosa cerveza Sultana que fabrican aquí maestros alemanes. Hemingway responde a su llamado. Le dice que quiere probar cuanto antes la cerveza, y que desde hace años ha fijado posición política. No simpatiza con los nazis. Sostiene que la vida es una tragedia, que solo puede tener un fin.

—¡No quiero pensar en el peor momento! —agrega con voz de alerta Hemingway—. Cada uno tiene su propia conciencia y no debería haber reglas sobre cómo debe funcionar una conciencia— termina diciendo con acento de enojo.

Hemingway ahora quiere matar una curiosidad. Interroga al señor Luxburg:

—¿Ese cañón que está a la entrada de la casa, es un *Crupp* de ochenta milímetros? ¿Cómo llegó hasta aquí?

El señor Luxburg le responde afirmativamente:

—¡Sí, fabricado también en Alemania! Fue el primer cañón de retrocarga que se trajo a este país del petróleo.

El señor Luxburg propone dejar esa parte de la historia para el momento final, una vez que llegue el conde Cattáneo, invitado suyo, para hablarnos de los aspectos militares de Angostura. Hemingway le da las gracias. Le dice que se entrenó en la guerra, que vio manejar esos cañones, y afirma que sigue con mucho interés su conversación, que le gusta escuchar, que ha aprendido mucho a escuchar con atención.

A la ciudad le dicen también Sultana del Orinoco, y la cerveza de rombos blancos y azules en su sello, similares a los del escudo de Baviera, ha gustado en todas partes, de acuerdo a comentarios del señor Luxburg, quien habla emocionado de sus tres cualidades:

—Las máquinas se trajeron de Múnich y nos hemos propuesto fabricar una cerveza semejante a las más auténticas, solo con lúpulo, cebada y agua, sin ningún otro añadido, como se acostumbraba desde hace siglos. Es ley de pureza. Eso sí, el agua de manantial viene del Orinoco, no del Isar ni del Danubio, ni de ningún otro río, donde los monjes benedictinos producían cervezas comparables a la Sultana, desde el año mil cincuenta —continúa informando en su agradable charla, mientras abre y cierra despacio el chorro dorado del sifón, sin provocar mucha espuma en las jarras—. Aquí se producen veinte mil litros de cerveza Sultana mensualmente —agrega con gesto de orgullo el señor Luxburg.

Hacemos nuestro primer brindis, mientras esperamos la llegada del legendario conde Cattáneo, antiguo jefe militar de la ciudad. Dice el señor Luxburg que en octubre habrá una gran fiesta para asociarse a la tradición bávara del Oktoberfest de Múnich, que se celebra desde mil ochocientos diez.

—Será un hermanamiento, de muralla a muralla, de río a río, y habrá carreras de caballos y coches cargados con barriles

de Sultana, y bandas de música, y salvas de cañones frente al Orinoco después de la elección de una reina que desfilará con sus abanderados en una carroza lujosamente decorada —dice con mayor entusiasmo el señor Luxburg—. ¡Tendremos bajo el sol nuestros jardines de cerveza!

Luego pasa a hablarnos del conde Cattáneo, y nos asegura que luchó al lado de cosacos rusos, contra las tropas japonesas al comenzar el siglo, y que fue condecorado ante el gran duque Nicolás con el Águila Blanca Imperial por méritos de guerra.

Nos explica el señor Luxburg, que el conde Cattáneo es un ser extraordinario. Genial.

—Es un filósofo, con uno de los nombres más largos del mundo. ¡Se dice en las diez palabras que aprendí de memoria! —añade el señor Luxburg.

Las repite una a una, y nos cuenta su historia:

—Antonio Gastón Francesco Giuseppe Luigi Wenceslao Cattáneo Quirin, conde de Sedrano. Nació en Pavia. Estudió en la Real Academia Militar de Módena y en la Escuela Superior de Caballería de Campaña en Roma. Se destaca en equitación. Con su espada y su escudo de guerra salió a luchar por varios continentes. Inglaterra, Francia, Rusia, la India, el imperio chino. Mares de Japón, mares del extremo Oriente, fueron testigos de sus proezas. Después de decenas de victorias vuelve a su Italia cargado de prestigio, pero tiene que surcar un falso infierno.

«Momento doloroso —dice el señor Luxburg—. Apuntaron hacia él mientras bailaba con la amada en un palacio real, y una bala segó la vida a su doncella. Vence al contrincante en un duelo de espadas. Destrozado en el alma, se aleja de Italia sin olvidar aquel amor. Decide embarcarse hacia América. Viaja por Brasil, Argentina, Perú, Nicaragua, que hacen parte de su grandeza de soldado, y después de atravesar desde

Canadá a los Estados Unidos en la ruta del Niágara, arriba a este sitio, y será Guayana su eterno delirio.

—En otros lugares lo nombran como el conde de Sedrano —afirma el señor Luxburg—. Para nosotros es el conde Cattáneo, a quien se le debe mucho por defender la tierra donde estamos.

—¡Ya lo van a conocer, cuando llegue con su elegante traje y su grueso anillo de oro!

4.

Los alemanes son los más ricos comerciantes del Orinoco. El señor Luxburg cita varios apellidos célebres, Wappaus, Wantzelius, Wuppermann, Monch, Krogh, Blohm, Pashen, entre los que asumieron representaciones consulares en este territorio. Nos asegura que, si visitamos el cementerio de los ingleses, podremos leer otros nombres alemanes sobre las lápidas y hacernos una idea de su lugar de nacimiento. Además de Baviera, Bremen y Hamburgo, destacan Lübeck, Rothenburg y Schleswig. Nos indica que en el siglo pasado, quienes morían y no profesaban la religión católica, no eran sepultados dentro del único cementerio de la ciudad. Se decidió entonces entre empresarios alemanes, franceses, ingleses, holandeses, y otros de diferentes procedencias, hacer uno nuevo sin distinción de religiones ni de nacionalidades. Los alemanes fueron los que más aportaron y se eligió a los cónsules Wuppermann y Krogh, para que adelantaran el proyecto.

—En el cementerio del que les hablo está enterrado mi único hijo, Herman Luxburg, quien falleció ahogado en este río —nos comenta con claras señales de pesar el señor Luxburg, mientras sacude su reloj de pulsera junto a una de sus manos.

Respira profundo.

Dirigiéndose a David Cody, le recuerda que no abandona su preferencia por las dos violas que comienzan el primer movimiento del *Concierto n.º 6*, de la invención melódica de Bach. Agrega que el señor Cody fue un gran soporte para él en sus días de duelo, y que además de celebrar esta robusta amistad se veían frente al puerto mes a mes para aliviarse con la maravilla de la música.

Nos narra la tragedia de Herman Luxburg, quien había salido a navegar un sábado con su novia Sissi y se anticipó a la muerte:

—Nadie sabe lo que pudo ocurrir aquella tarde, algún remolino, quizás, algún impacto con una roca, se puede pensar. El Orinoco estaba en un nivel medio, y no hay explicación posible de por qué naufragaron. Los cadáveres de ambos aparecieron uno junto al otro, entre dos lajas del paisaje fluvial. La embarcación jamás la encontrarían, pero estaban intactos los dos cuerpos.

«Muchos habitantes de la ciudad que conocen el suceso lo relacionan con una serpiente legendaria de la que siempre se difunden historias preñadas de leyendas —se atreve a agregar.

En la orilla del río, el señor Luxburg mandó a construir una minúscula capilla. Fue bautizada como la capillita de los alemanes que tiene un estilo gótico, parecido al de la Catedral de Nuestra Querida Señora con sus dos torres y sus cúpulas.

—Cada semana les llevo flores —nos comenta el señor Luxburg con un gesto de dolor, y sigue hablando de Herman Luxburg—: Su madre Eloísa, a quien amé sin límites, falleció al nacer Herman. Contraje matrimonio con ella, cuando Baviera todavía era un reinado, durante la regencia del príncipe Leopoldo. Teníamos dos banderas, la bandera real y la bandera alemana. Fue cuando decidí venirme con Herman a conocer el Nuevo Mundo de América, y no tuve más hijos ni los tendré.

«¡No le deseo a nadie una desgracia como esta! —concluye en su relato.

Suspira profundo, y en un espejo muy cercano se mira su propia cara sudorosa. Sigue trenzado a los *Conciertos de Brandeburgo*, mientras se escuchan los continuos bandazos de las naves al descargar sus mercancías en el cercano puerto Luxburg.

5.

—Diría como Goethe. ¡He vivido, he amado, he sufrido! Eso es todo.

El señor Luxburg trae en la conversación a Goethe, porque acaban de cumplirse cien años de su muerte, y es celebrado como un genio en distintas naciones.

—Sobre todas las cimas está el silencio —repite, para referirse a uno de sus poemas con música de Karl Zelter, quien también falleció hace un siglo.

«Eran melodías en alemán para voz y piano —sigue explicando—. Durante cuarenta años de amistad se escribieron más de ochocientas cartas el poeta y este músico, atraído enormemente por su devoción al gigante de todos, Johann Sebastian Bach, el incomparable Bach.

—Conservo una de esas cartas —nos revela en pleno desahogo el señor Luxburg.

Mientras nos invita a conocer su biblioteca nos asegura que, entre los grandes de Alemania, para él son fundamentales estos dos colosos, bautizados con el mismo nombre bíblico: Johann Sebastian Bach y Johann Wolfgang von Goethe. Frente a una ventana, abierta hacia el Orinoco, la estantería de sus libros ocupa la pared más amplia. Muy cerca, un precioso piano luce el historial de su teclado.

Otra pared está adornada por réplicas de escudos de apellidos alemanes, incluido el propio Escudo de Armas de los

Condes de Luxburg rodeado de animales mitológicos entre colores rojo, azul y blanco. En una tercera pared se muestran retratos de gran curiosidad y obras de arte de incontables paisajes europeos. Protegido por marcos dorados, aparece el rostro del más célebre de los alemanes que haya visitado esta ciudad. El barón Alexander von Humboldt. Se incluyen también carteles de cine. Uno es de *El ángel azul*, con la fotografía de Marlene Dietrich. A un lado del gran mesón, encontramos los libros de Thomas Mann. Están allí *La Montaña Mágica* y *Los Buddenbrook*. Hay muchas postales, cartas, sobres, revistas en tres o cuatro idiomas diferentes, y periódicos envueltos en plástico. Una de las colecciones corresponde a los primeros documentos que se imprimieron en esta ciudad, bajo el título *Correo del Orinoco*. Nos dice que fue el medio de comunicación de los patriotas del país del petróleo, y que él conserva solo treinta ejemplares. Son significativos los sucesos de Angostura. Leo un aviso sobre la huida de cinco negros que me llama la atención.

Huida de cinco negros

De a bordo de la goleta inglesa *Jackman*, capitán Merchant, se han huido cinco negros de la propiedad de dicho capitán, robándose el bote y una gran cantidad de provisiones, algunas ropas y dieciocho portuguesas; se supone que se han dirigido hacia abajo. El bote es pequeño, pintado de colorado, los negros se llaman Tomás, Congo, Sam, King y Jorge. Tomás tiene una marca de su país en la frente y cogote. Congo está también marcado en la cara y le falta un diente. Sam es un negro de África recién llegado, muy joven y de cara muy chata. King es criollo de Barbados y tiene su pie de barba. Jorge es un negro alto y patón, criollo de San Martín, y habla un poco de francés. Cualquier comandante que lo aprehenda, o algún particular que informe al suscriptor sobre su paradero, será satisfecho de todo gasto, y una regalía

liberal se promete al que contribuya al descubrimiento de estos ladrones, para cuya aprehensión ha dado el Gobierno las más estrechas órdenes.

Es muy curioso este aviso en el *Correo del Orinoco*.

Sobre el gran mesón de la extraña biblioteca se amontonan en la Casa Luxburg otros periódicos de la época actual, ingleses y alemanes.

—Llegan de cuatro a cuatro meses —comenta el señor Luxburg, al observar que hojeo uno de ellos.

Él dice que el diario germánico que me atrae tiene más de dos siglos de fundado, y que en otro tiempo circulaba tres veces por semana. Ahora se sigue editando día tras día en Berlín. Veo el curioso titular de una columna: «La cabeza de Fritz Haarmann sigue en la Escuela Médica de Göttingen». Él se extraña de mi desconocimiento sobre el caso. Me dice que es una noticia que le dio la vuelta al mundo hace muy poco tiempo, o al menos a toda Europa, y que no es de su agrado repetirla. Pregunta con picardía si conozco el significado del mordisco del amor, y me aclara que se trata de la historia de un hombre atormentado que originó muy mala fama a su país.

Me explica que Fritz Haarmann fue un carnicero de Hannover. Comerció con sus vecinos, y era conocido en algunos sitios, donde vendía carne de cerdo y de caballo en el mercado negro, y también ropas usadas, y mercancías de contrabando. Cometía pequeños robos, y estuvo en prisión en distintas ocasiones, pero la policía lo utilizaba a la vez como confidente de la sociedad de los bajos fondos. Nadie lo vinculó con los crímenes que venían ocurriendo en la ciudad, hasta el día en que se encuentra un cráneo en la orilla del río Leine. Se abrieron las investigaciones. Al dragar ese río, aparecieron cientos de huesos humanos. Fritz Haarmann, que vivía cerca,

ya tenía antecedentes por abuso sexual, y se convirtió en sospechoso. En su casa se halló sangre, carnes, huesos, y él trató de justificarse explicando que era parte de su trabajo como carnicero. Entonces se descubre todo.

El señor Luxburg sigue detallando cómo llevan a juicio a Fritz Haarmann y cómo es condenado a muerte. Se pudieron comprobar solo veinticuatro crímenes, que significarían veinticuatro penas de muerte, pero se estima que fueron casi cien, de acuerdo al número de jóvenes desaparecidos. Es decapitado, y su última voluntad sería pedir que sobre su tumba se escribiera el epitafio: «Aquí yace el exterminador». Lo más asombroso del suceso fueron las propias confesiones del criminal, en las que llegó a exponer las diferencias del sabor, entre el cerdo y la carne humana, y los detalles sobre la manera de tratar a quienes asediaba.

El señor Luxburg narra esta historia paso a paso como si la hubiera vivido y me da los datos de las víctimas. Varones, todos menores de edad, a los que drogaría antes de arrancarles con sus dientes la nuez de Adán. A partir de aquel suceso se hizo popular la frase «El mordisco del amor». Después de ser decapitado, su cabeza sería motivo de estudios científicos. Tenía un cerebro más grande de lo normal. Se conserva actualmente en un recipiente de vidrio con formol en la Escuela de Medicina de Göttingen.

—Alemania para muchos es difícil de entender, y más ahora con tanta pobreza —es la conclusión del señor Luxburg.

Aprovecha que estamos de pie, frente a su biblioteca, y vuelve al tema de los cementerios.

Quiere destacar a uno de los más ilustres hombres alemanes sepultado en la ciudad. Se refiere a Benjamin Siegert, cirujano de la Universidad de Berlín. Posee copia de alguna de sus cartas del pasado siglo. Lee para nosotros. Le describe vestido de casaca de tela azul oscura con cuellos y ribetes

bordados en plata, espada al cinto y sombrero. Los pantalones también azul oscuro, con galones plateados a lo largo de la pierna, guantes de cuero blanco y un bastón con empuñadura dorada, tal como él mismo lo detallaba al referirse a su uniforme en la correspondencia familiar. Habría embarcado en Hamburgo en el velero Vesta, para llegar finalmente hasta la ciudad de Angostura, después de hacer varias escalas en su viaje hacia el Caribe. Además de médico, Siegert fue teniente coronel. Fue músico. Se ejercitaba en su pianoforte que trajo de Lübeck.

—Se trata del mismo piano que está a nuestro lado, y que todavía tiene un potente sonido —nos indica el señor Luxburg, mientras señala hacia el instrumento que Helen Cook trata de examinar. Comprueba su resistencia mecánica y la vibración de sus cuerdas de acero con un breve manoseo. Luego cierra el mueble. Nos enteramos que Johann Gottlieb Benjamin Siegert lideró entre los alemanes la recaudación de fondos para plantar una estatua del Libertador del país del petróleo. Luego la ciudad asumiría su nombre de Padre de la Patria.

El doctor Siegart, que era botánico, inventa la fórmula de un amargo aromático, a base de plantas del Orinoco, y se convirtió en el medicamento más solicitado en toda Guayana y con fama en otras latitudes donde se conoce como el *aromatic bitters*, sin perder jamás su nombre de Angostura. El señor Luxburg nos muestra la variedad de botellas de etiquetas blancas donde destaca la firma de Siegert, y le permite a Sam Sapir abrir una. La hace gotear, humedeciendo su mano izquierda, y obsequia a Helen Cook con el hilo secreto de su aroma. Nos recuerda Sam Sapir que se trata de corteza de quina macerada en alcohol, entre otras esencias. Asegura que es el árbol de la vida de los indígenas del Orinoco, con el que lograron vencer el paludismo, y que ahora tiene sus franquicias en la isla de Trinidad. Lo exportan a todo el mundo

como Amargo de Angostura, con el sello inconfundible de Johann Benjamin Siegert.

6.

Ya está de nuevo Robert Remington en la Casa Luxburg. Durante tres horas fotografió sin descanso buena parte de la antigua capital del país del petróleo. Su rostro y sus brazos lucen bronceados. El calor en la ciudad es verdaderamente sofocante, pero nos comenta muy alegre que llegó hasta una plaza de toros conocida como Circo Monedero, que tiene sombra y gradas de sol. Quien organiza las corridas es el mismo emigrante español que la construyó. Nos cuenta que le permitieron entrar a muchas azoteas, y que el entorno es envidiable. Ingresó a un barrio de caleteros, frente al río, con viviendas fabricadas entre rocas que él describe como grandes esculturas, y nos habla de senderos, y jardines, y escalinatas, y gigantescas ceibas que hacen juego con el conjunto del paisaje.

—Todas las casas son de piedras de distintas tonalidades grises, y también más oscuras, sin llegar al negro absoluto.

David Cody refiere que ese recodo ha sido para él un remanso de paz como ningún otro en el mundo, y que no deja de buscarlo cada vez que viene a la ciudad.

—Hay una enorme laja redonda, con más pescadores que en cualquier otro lugar del Orinoco, y un gran movimiento de gente, y de mercancías, y de coches, y de animales de tracción, por la llegada de los ferrys —manifiesta emocionado Robert Remington y sigue diciendo que después de moverse hacia el sureste, captó imágenes de un cerro azul donde existen casas levantadas sobre piedras enormes. Toda esta ciudad se ha edificado sobre el peñón inmenso de una supuesta isla, revela con asombro.

Interviene entonces Ernesto Sifontes para explicar que no es una isla, que se trata del Macizo Guayanés, y corresponde a la formación geológica más antigua del planeta, donde existen huellas de lo que sería el supercontinente Pangea, cuando África y América formaban parte de un mismo territorio. La antigüedad del espacio pertenece al período arcaico. Refiere también que el meteorólogo Alfred Wegener, un científico alemán admirado por él, ha estudiado a fondo este fenómeno del origen de los continentes y de los océanos en toda la Tierra.

—Aquí la antigüedad tiene una data superior a los tres mil millones de años, por eso afloran gigantescas rocas graníticas —agrega Sam Sapir.

El señor Luxburg interrumpe el debate para invitarnos a probar unas salchichas blancas. Ya se ha enterado de que el Conde Cattáneo no logrará llegar, y con sus modales de gran anfitrión nos da a conocer otros testimonios de ese personaje tan nombrado.

7.

La mesa está servida. Las ensaladeras y los platos de porcelana bávara con bordes de oro y plata hacen juego junto a un recipiente de mostaza dulce, y otro de salsa picante. Dos mujeres indígenas traen las bandejas llenas de salchichas, y las van sirviendo a cada comensal.

—Son habitantes del pueblo Pemón que ahora viven aquí y han aprendido a preparar comidas alemanas —indica el señor Luxburg.

—Son tres hermanas, una de ellas, llamada Cayetana, que parece una princesa, decidió hace algunos años regresar a su aldea. Todavía se trata a los indígenas como niños de escuela, y son llevados a correccionales para modificar sus

hábitos, introduciendo la religión cristiana —explica con sumo cuidado el señor Luxburg.

Refiere que le aplican penas espirituales, porque tienen al sol por su dios, y todos temen que pueda derretirlos, si lo irrespetan, porque el sol ha vivido con una indígena Pemón, y pudo concebir a los Makunaima, que son hijos del sol, y también son dioses como el sol.

—Las mujeres Pemón vienen de un paisaje paradisiaco, donde se levantan los grandes tepuyes enlazados a las nubes, y desde muy temprano picaron el perejil, la cebolla y el jengibre para la mezcla del cerdo y la ternera —añade el señor Luxburg—. A ellas las protegió el conde Cattáneo siendo niñas todavía, y son trabajadoras que no descansan.

«En aquellos tiempos, el conde Cattáneo andaba defendiendo las fronteras de los asaltos de aventureros ingleses, que traspasaban el territorio en búsqueda de oro y de diamantes, como se sabe en toda Guayana. Para resguardar la raya divisoria, estableció campamentos militares y se hizo amigo del pueblo Pemón y de sus dioses. También sometió a los invasores de Brasil que entraban por Boa Vista y por el río Branco —sigue indicando el señor Luxburg, al explicarnos la realidad de los hechos en las posesiones indígenas de la región.

»Las niñas eran huérfanas y al llegar aquí conocieron a mi hijo Alexander —continúa el señor Luxburg, mientras nos mira fijamente a los ojos para dar inicio a un nuevo episodio—. Él les inventaba juegos y las distraía con sus ocurrencias. Resultaron ser nietas de un famoso cacique llamado Arsenio, quien fabricaba balines de oro para salir de caza. Parte de esa historia la ha conocido bien el señor Cody, con quien hemos llegado hasta las cabeceras del Caroní, disfrutando de sus hermosas caídas de agua. La joyería alemana ha empezado a confeccionar réplicas de balas y balines de oro macizo, que muchas personas usan ahora como amuletos.

¿Quiere agregar algo amigo mío? —le refiere a David Cody el señor Luxburg.

David Cody explica que las nietas del cacique preparan una excelente salsa, conocida como catara, a base del jugo de la yuca amarga, ají, bachacos. Todo el líquido se deja hervir por muchas horas para neutralizar el veneno.

—Es un sugestivo picante que se debe probar con las salchichas de Baviera al quitarle la piel, antes de que suenen las campanas del mediodía —añade el señor Luxburg—. Así que buen provecho —nos dice en este breve recuento, después de indicarnos cuál es la silla donde siempre se sentaba su hijo Herman.

Llega la hora de dejar el Orinoco y seguir en la ruta del llano hacia West River. Complacidos por las atenciones del señor Luxburg, queremos despedirnos frente a las puertas del almacén, pero nos recuerda que debe cumplir con lo prometido a Hemingway sobre el origen de las balas redondas y del cañón que se aprecia en la entrada de la Casa Luxburg, ya que no vino el Conde Cattáneo, y le corresponde ahora a él contarnos lo que verdaderamente ocurrió.

Añade que, en un mes como este, cuando Luis Brockman resultaba ser cónsul de Alemania, se intentó abrir caminos de paz en la ciudad y surgiría la guerra de nuevo, la guerra de los últimos aventureros de santo y seña, después que una sublevación militar tomó el control de la plaza por un año.

—Todos corríamos peligro frente a las advertencias del gobierno de imponer orden y disparar los cañones que bloquearon el puerto —nos explica con el más agudo interés—. El agua llegaría a la cintura de la gente, porque los rebeldes destruyeron el dique, y el Orinoco que estaba muy alto se metió en la calle del comercio inundando varios sitios. Un diecinueve de julio a las seis de la mañana empezó el bombardeo desde los barcos. A las siete, el humo no permitía ver plenamente el sol.

De manera pausada, el señor Luxburg nos honra con su disertación:

—Se tuvo noticias de que las tropas leales al gobierno habían ocupado el cementerio donde se dieron los primeros combates, mientras los vapores aumentaban su descarga. Parecía una gran tempestad. Los combates continúan al día siguiente en el mercado, en la aduana, en el fortín, en el convento, y en el cementerio, por cuarta y quinta vez. Más de dos mil hombres de un lado y dos mil hombres del otro, entre los límites del fuego. Al cabo de tres días se pudo sentir el silencio, después de recuperarse el cuartel. En la madrugada solo se escuchaba el pito largo de un vapor. Iría desapareciendo el humo tras cincuenta horas de batalla, y la ciudad quedó bañada en sangre.

«Mil cuatrocientas personas entre muertos y heridos. El gobierno rescató tres mil doscientos fusiles, ametralladoras, cañones, dinamita, metralletas, granadas, y pólvora en gran cantidad. En las calles se veían a las bestias y a los niños fallecidos, mientras se preparaban urgentemente fosas comunes y se incineran algunos cuerpos para evitar una epidemia —revela el señor Luxburg.

»Daba pena encontrar los cadáveres de niños de trece años caídos en combates. Así llegó a su fin la Revolución Libertadora, una de tantas, pero nunca se estuvo en paz. Diez años antes de la Libertadora, solo en seis meses podían ocurrir en el país del petróleo ciento ochenta enfrentamientos con largas listas de fallecidos en combate. Gradualmente se normalizaría la ciudad y el comercio vuelve a su esplendor —termina explicándonos.

Fue entonces cuando el señor Luxburg pudo recuperar parte de su antigua casa, afectada por el bombardeo en la oscuridad de la noche. Tras insistir con el gobierno, le obsequiaron el cañón inservible y las balas desactivadas, que exhibe desde hace tres décadas, para recordar aquellos días de guerra.

—No ha sido la única guerra del Orinoco —asegura el señor Luxburg, y nos narra por qué España perdió el control de este famoso puerto.

«Angostura siempre fue escenario de numerosos combates y grandes desafíos. No en vano se convirtió Angostura en capital de la República. Desde aquí salieron los ejércitos libertadores a luchar por otros pueblos. Se han ganado y se han perdido guerras, y en muchos casos sin gastar tanta pólvora, como quedó expuesto por mi amigo personal Bartolomé Tavera, al describir a la ciudad sitiada por meses para vencer a los seguidores del Rey Deseado.

»El hambre resultaría el instrumento principal. El cerco que hicieron los patriotas impidió que entraran alimentos. La gente se comía los caballos, las mulas, los burros, todos los perros de la ciudad, los gatos y hasta animales inmundos como las ratas, además de hervir los cueros de res y las suelas de zapatos para engañar los estómagos, tal cual lo ha descrito Tavera.

»Ante tal hambruna, sabiendo que se enfrentarían a la muerte, las autoridades y los seguidores del monarca español, que no eran más de cuatro mil, entre hombres y mujeres, decidieron abandonar la ciudad en mil ochocientos diecisiete. También era un mes de julio como este, y saldrían por el Orinoco en cuarenta barcos —recuerda con cierta tristeza el señor Luxburg—. ¡Eran unos esqueletos ambulantes!

Helen Cook, visiblemente emocionada por el crudo relato, le pide a Robert Remington hacerle una fotografía junto al señor Luxburg. Hemingway le dice que es un gran conversador, que no aburre para nada lo que cuenta, y que muchas de sus historias resultan difíciles de creer. Ahora sí, nos despedimos. Pasa a nuestro lado un desfile de colegiales con un escudo de armas azul y amarillo oro, donde están representadas siete estrellas, el río Orinoco y la gran roca con una mujer india sentada en el centro. Se celebra por una semana entera

el nacimiento del Padre de la Patria, dicen quienes siguen la marcha al compás de la música, reafirmando que son patriotas.

8.

Al atravesar el Orinoco en dirección norte, David Cody se muestra sorprendido cuando ve la carretera asfaltada y ancha. Comenta que se logró mucho en corto tiempo. De lado y lado, con su luz perenne y sus serpentinas, y su beso ardiente del adiós, un soplo de mechurrios choca en alto contra el cielo. Luz de oro enmarañada con la brisa. A izquierda y a derecha se desvían las llamas saludando y jugando, y haciendo remedos al cuadrante solar. Llevan semanas quemando gas, y se siente cerca la dimensión tibia de su resplandor. La intensa fuga se percibe en el olfato. Guss Oil Company tiene un capital de millones de dólares invertidos, y a pesar de la devaluación de la moneda, los anzuelos de los *drillers* siguen buscando, y buscando por días y meses, y más meses, ocultos tesoros del país del petróleo. Mar encerrado, truenos, lluvia voraz, montones de piedras, formas de formas debajo de la tierra. El aceite mineral brota de todas partes con fuerza escandalosa. La resurrección de los sueños se planificó después del incendio de West River, sin perder un solo instante.

Todo es números.

Pedro Gallo y Leo Lee vienen en uno de los camiones de la Guss, en el otro Sam Sapis, Helen Cook y Robert Remington, y en este tercero, que se diferencia de los demás por ser el único Mercedes Benz de gran altura, acompañamos nosotros dos a Hemingway. Es el vehículo en el que insistió el señor Luxburg que hiciéramos la travesía para comprobar su fuerza. Se devolverá al llegar a West River con varios encargos que David Cody prometió a su colega melómano de la casa Luxburg, en retribución por el obsequio de la victrola ortofónica

de lujo. Hay cuatro camiones más que trasladan todos nuestros equipajes, y las abundantes pertenencias de David Cody y de Leo Lee, descargadas de la goleta *Yankee*. Lo más voluminoso es el globo terráqueo. En total son siete unidades de transporte, avanzando en la tarde, una tras otra. Pareciera un convoy que reluce en la llanura de manera ordenada.

David Cody sigue anunciando los beneficios de las transnacionales y explica que se ha trabajado día a día, y sin descanso. Se habla de todo durante el recorrido. Hemingway introduce el tema de la disciplina de un escritor.

—Una vez que escribir se ha convertido en el vicio principal y el mayor placer, solo la muerte puede ponerle fin —comenta, para explicarnos su rutina, empezando tan pronto como sea posible, después de la salida del sol.

«Cuando uno se detiene está tan vacío, y al mismo tiempo nunca vacío sino llenándose, como cuando se ha hecho el amor con alguien a quien se ama. Nada puede afectarlo a uno, nada puede suceder, nada significa nada hasta el día siguiente cuando volvemos a hacerlo. Lo difícil de sobrellevar es la espera hasta el día siguiente. Hace falta disciplina para hacerlo y esa disciplina se adquiere, tiene que ser adquirida —indica Hemingway.

David Cody también va poniendo ejemplos y más ejemplos del encuentro con la vida y con la muerte, asegurando siempre que estamos en el territorio más rico de toda América del Sur.

Yo me distraigo en el camino. Me invade una extraña nostalgia, mientras contemplo los cuadros de nubes del atardecer. Juego con sus formas y adivino figuras de animales blancos, azulados y grises que se ocultan y vuelven lentamente, asomando sus cabezas y sus colas. Me pierdo un poco. Florece la luz como nunca antes la había sentido, y un cielo muy limpio parece entrar en mis pensamientos dejándome ver más y más

cosas equidistantes. No es tedio, es una sensación de tristeza al no responder yo mismo las dudas en que sigo.

—¿Qué vas a hacer? Cuánto tiempo más permaneceré en esta empresa —me pregunto yo mismo. Voy y vengo.

De nuevo la incógnita de West River, que acentúa su contraste con la naturaleza de mi amada y milenaria isla de Irlanda, el país más rico de la creación, sin excluir a ninguno sobre la faz de la tierra, muy superior en todo a Inglaterra, con sus enormes reservas de carbón, sus seis millones de libras de cerdo exportadas anualmente, sus diez millones de libras entre manteca y huevos y todas las riquezas que le extraía Inglaterra. ¡Ay, mi querida Irlanda!, que la tenían cargada de impuestos y tributos que la gente pobre pagaba en una sangría continua, llevándose y engullendo la mejor carne del mercado, y una corriente de riquezas en la misma forma. ¿Dónde podría encontrarse en parte alguna algo igual al tocino irlandés?

—Todo lo que pueda cultivarse en el mundo prende en el suelo irlandés —me sopla al oído James Joyce.

Ahora está de nuevo a mi lado el gran Joyce con rimas y razones, mientras atravesamos la sabana.

—Éramos débiles y, por consiguiente, despreciables. Su consejo a todo irlandés era: permanece en la tierra de tu nacimiento y trabaja para Irlanda, y vive para Irlanda. Irlanda no puede prescindir de uno solo de sus hijos. Es difícil determinar leyes rígidas y rápidas relativas a lo que está bien y a lo que está mal; pero, indudablemente, hay mucho que hacer para conseguir perfeccionarse, aunque todo país, como dicen, incluida nuestra desgraciada patria, tiene el gobierno que se merece. Adiós, Irlanda. El amor ama al amor. No nos corresponde a nosotros juzgar. —Es el gran Joyce, y sigue, sigue y sigue.

«Usted me acaba de sacar las palabras de la boca —le escuché susurrarme sordamente, mientras ajustaba sus espejuelos

y me muestra la vara de fresno amarillo en su mano izquierda. Las voces se desdibujan y se funden en nublado silencio. Despierto sorprendidamente cuando estamos entrando al portón de Campo Norte. Ya anochece, y el cielo aún reluciente. Creo que ha sido uno de los sueños menos delirantes que he vivido con James Joyce.

Todo estuvo perfectamente calculado por David Cody. Un par de horas antes de entrar a West River, la señora Anna Gibson empezó la receta del *roast leg of venison*, con mezcla de ketchup, mostaza, pimienta y salsa inglesa. Pernil de venado al horno, ensalada de *grapefruit*, lechuga y papas. La gran cena que despertaría los elogios de Leo Lee.

Después de un delicioso dulce de lechosa, Pedro Gallo insiste en recordar la goleta *Yankee*, que tiene por destino el regreso a San Juan de Puerto Rico. Habla de sus proporciones, de las regatas, de los cordajes, del arte marinero al que se consagró desde el reino de los contraмаestres. El río de la Posesión llama al Orinoco. Dice que las velas conversan con la brisa y leen el rumbo de las tempestades. Las va nombrando una a una, foque, trinquete, trinquetilla, escandalosa, mesana y mayor. Afinca la memoria sobre las balandras que vistió de blanco en las islas que califica como las más bellas del Caribe, las islas de las perlas, las del origen de su nacimiento. Habla largamente de los más antiguos habitantes de esas islas, y de sus tesoros escondidos, y de sus costumbres marineras. Explica la forma de tejer las velas, paño por paño, y cómo dejarlas ras con ras en la exactitud de sus medidas.

Mientras brindamos con vino de Burdeos tres jóvenes músicos que se miran entre sí, ensayan varias obras del cine de Hollywood, donde incluyen a la divina Greta Garbo.

—Mi madre me sacó de la escuela todo un año para que estudiara música y contrapunto —dice Hemingway—. Creía que yo tenía facultades, pero yo carecía de todo talento.

Tocábamos música de cámara, mi madre tocaba la viola y mi padre el piano, y el violonchelo lo tocaba yo, peor que nadie en el mundo.

—Algo parecido me ocurrió a mí —le comenta Helen Cook a Hemingway—, pero era un caso diferente, yo tenía una condición especial para el violín, y me obligaron a estudiarlo, hasta que culminé la carrera en el Conservatorio de Brooklyn.

En pocos minutos el violín está en las manos de Helen. Empuña delicadamente el arco. Los primeros compases con acordes dominantes la llevan al *jazz*. Sam Sapir y Robert Remington mueven sus cuatro pies debajo de la mesa, al son del viejo tema *Memphis Blues*. David Cody, que no se aguanta por más tiempo, saca su armónica para hacer un dúo poderoso con el que despedimos la noche, canción tras canción. Al silenciar las fantasías nos mantenemos en vilo por instantes. El señor Luxburg había pedido a David Cody que, al llegar a West River, nos ofreciera los obsequios de la joyería alemana. Un David Cody airoso abre la pequeña funda tejida entre rombos blancos y azules, y muestra ocho balines con la palabra «Arsenio» escrita en letras de oro. Los clarísimos ojos de Helen Cook, más agrandados que nunca, delatan su emoción.

9.

El grupo de Washington atraviesa West River. La presión del oleoducto dispara un chorro indetenible desde la base de Tank Farm hasta el nuevo muelle del Atlántico. Es inmensa la serpiente de acero, bajando y subiendo entre los montes a plena luz del día. Enormes brazaletes, ramales de abundancia, estación de bombeos, fiebre del oro negro. Puerto Caribe se llama ahora el lugar de almacenamiento petrolero que da un salto a la fama. Guss Oil Company sigue asociada al

Benemérito y Comandante en Jefe de la Patria, quien hizo sonar todas las campanas de todas las iglesias en el más rico de todos los países para anunciar la buena nueva.

Pero habría una caída, la caída más grande de la historia, puede predecir perfectamente James Joyce.

—Tú no sabes nada acerca del miedo al infierno —me dijo muy de prisa. Así lo percibí.

Pulmones, hígados, cerebros, todo fue puesto con gran empeño en esta sabana. Doscientos kilómetros roncando en la llanura. Cada vez con más fuerza, se empujará el petróleo de West River hacia los flamantes puertos de América del Norte.

¿Qué significa este otro mundo?

Ya no se viajará de nuevo sobre el Orinoco. Se despide la goleta *Yankee* en Angostura, y se abrirán otras rutas desde un sitio de embarque diferente, y un sistema de boyas, y otra profundidad, y menos contratiempos, y el muelle de hormigón que le da fama al terminal marítimo diseñado en Texas. El regreso a su patria lo haría el grupo de Washington en un tanquero de doble casco que cargó esa vez cien mil toneladas de petróleo. Bajo la bandera tachonada en estrellas partieron una noche al comenzar el mes de agosto y sin temor a zozobrar.

Tiempo más tarde, Pedro Gallo vagabundeó en West River, pipa en mano, y Leo Lee observaba su rostro maravillándose y ofreciendo comidas propias de príncipes. James Joyce no se oculta mientras recibimos las lujosas ediciones de la travesía por el Orinoco. Sentado junto a un piano imaginamos al gran Joyce tocando las obedientes teclas. Las teclas, obedientes, levantaron el tono, hablaron, titubearon, confesaron. De todo puede hacer canciones James Joyce. Rico sonido.

Se prepara un debate en el Club de la Guss. David Cody toma la palabra. Hace referencia a las crónicas impresas en Los Ángeles. Cita con distinguidas frases a cada pasajero de

la goleta *Yankee*, a Sam Sapir y a la bella Helen Cook, y al porfiado Robert Remington, destacando la visita del escritor Ernest Hemingway, quien dedicó un reportaje a la vida del médico francés Bernard Verne, reencarnado en Robinson Crusoe en la isla de Jebu. Pedro Gallo y Leo Lee aplauden hasta más no poder cuando los nombran.

Como estamos finalizando el mes de julio, David Cody informa que ya se cumple un año de este acontecimiento, pero además nos invita a celebrar la gran proeza del aviador Wiley Post, quien recientemente completó la vuelta al mundo en un tiempo récord de siete días, dieciocho horas y cuarenta y nueve minutos, aterrizando en solitario en New York. También resalta que está en pleno apogeo la Exposición Universal de Chicago, bajo el lema «Un Siglo de Progreso», y que allí se hizo presente el país del petróleo. Dice también que avanza con asombro la audaz obra de esta época, representada en el Golden Gate de San Francisco, con sus mil doscientos ochenta metros sobre el océano Pacífico. Será el puente colgante más largo del planeta fabricado en acero, y podrá sobrevivir a cualquier terremoto, recalca en sus palabras de cierre, antes de invitar a recorrer la exposición fotográfica de Robert Remington.

Finalmente fue ese el nombre de la publicación: West River Oil Country.

Las horas de la ira

No me olvido de Molly Malone. Tres veces he cruzado en Dublín la esquina de Wilde, para ver si la encuentro. Aparece divinamente, con la dulzura de sus labios pregonando el gran himno, y tal como es salta de la alegría. Anda de espaldas al sol por la callejuela de Fumbally llamando a las cosas por su nombre. Quisiera cobijarme entre sus notas musicales, cantar con ella en coro, incluir a protestantes y a católicos en un estruendoso grito de felicidad. Todos juntos en un mismo templo. Escoltar su melodía hasta las más lejanas orillas del río Liffey y dejarla correr con la brisa. Silbo a veces, cuando persigo la despedida brillante de las nubes. Rebotan con su gracia escondida en este cielo de tonos rojizos, tan distinto al de Irlanda. Es el cielo de fuego de West River. El mismo cielo de bronce y oro que me depara el país del petróleo.

A diferencia de Dublín, los obreros de West River taladran y taladran en las noches con gritos en el aire. Cargan rígidos cascos de metal, y guantes de fibras, y viandas de aluminio y cuerdas de acero que pulsan en sus manos. Chocan con

las rocas. Tierra, fuego, agua. Crepúsculo azul, profundo cielo azul. Ascienden y descienden por las costillas alargadas de las torres, curvan sus brazos y escarban entre montones de agujeros bajo tierra. Prisionero de West River, como soy, se cierra otro ciclo de mi vida con la gran nostalgia por la ciudad donde nació.

—No tan alto mi nombre. ¿Qué se cree usted que soy yo?

—No me delate. Las paredes tienen oídos —viene a recordarme James Joyce en este nuevo instante, y se detiene, y me señala, y escucho preguntar—: ¿Dónde está extendida la alfombra roja?

En este campamento de la Guss, se hace una rara excepción dos veces por año. Se detienen un rato los taladros. Se alejan las bolas de las mesas de billar. El juego de dados, el de truco, las barajas, la copa, el basto, la espada, el rey y la reina se ocultan de nuevo. Son fechas para compartir en familia, y yo sigo extrañando el ganso horneado con salsa de arándanos y papas, como las que siempre andan sueltas en los bolsillos del incorregible, y siempre incorregible Leopold Bloom. Persigo el gusto del *pudding* bajo salsa de fresa. Recuerdo las trufas de chocolate y los pasteles de harina con su toque de sal.

Anhelo a mi amada isla. Puedo cruzar la calle Lime, y seguir a la oficina de correos a despachar mi tarjeta de última hora en este mes del calendario. Entonces decido encender una vela junto a la ventana de mi casa en Dublín, después de haberla limpiado totalmente, para que los que ya no están tengan entrada a los festejos de la Navidad. La Virgen María llegará. Molly Malone también.

—¡Apuesto a que es una linda muchachita! —Recuerdo las picardías de Leopold Bloom, que ahora me guiña el ojo.

Siguiendo la ruta del reverendo Conmme, Molly Malone cruzó hacia Mountjoy Square, y bajó por Great Charles Street, y después enfiló a lo largo de North Circular Road,

antes de encontrarse con una pandilla de escolares que la observan. Era un día intranquilo, como esos grandes días inventados por James Joyce.

Molly Malone, ataviada vistosamente con zapatos castaños, medias largas, enaguas, corsé, camisa de encajes, y lindo traje bordado, se pasea por las calles de Dublín en plena tarde. Los pícaros la siguen a diestra y siniestra, acercándose, acercándose cada vez más, mientras hace girar las ruedas de un carruaje. Miradas de hombres insolentes, con el deseo prohibido de tocar los pechos firmes de Molly Malone, viran a la derecha, y después a la izquierda, y la siguen y la siguen, ruidosamente la siguen, con sus tristes ojos de borrachos.

—Ellos se colocan los sombreros y las mejores ropas, y llevan sus paraguas por miedo a que se ponga a llover —revelaría James Joyce.

Molly Malone los escucha desnudarse, entre gritos obscenos, y correr descalzos, pero su rostro resulta imperturbable. Molly Malone no se sonroja. De nuevo puede aparecer Leopold Bloom diciendo:

—Señoras y señores, brindo por Irlanda, el hogar y la belleza. Irlanda está conmigo.

En pleno territorio de West River imagino siempre que al distanciarme de América regresaré alegre al puerto de Dublín, durante el mes de la Navidad. Al no pensarlo, sufro como un condenado y me hundo en la tristeza.

Aquí en West River añoro mis rituales del nuevo año, mis rituales de los Lynch, mis rituales del amor intemperante para vivir después de muerto. Apaciguo mi dolor por Molly Malone. Vuelo con ella. Creo que su canto resulta más intenso que los villancicos dedicados al hijo de Dios en el hermoso día de su nacimiento.

En West River se toma ron, ponches, y *rice drink*. Aparece la humareda de otro tipo de pasteles hechos con pelotas de

maíz molido, amasado, y relleno con un guiso de antojos de paprika, *chopped, raisins*, aceitunas, alcaparras, cebollas, ajo, ají, huevos duros, carnes, manteca, y vino dulce de cocina. Es una liga incomparable, este préstamo de los viejos esclavos. Envuelta en cuadradas hojas de plátanos, la mezcla de sabores penetrantes hierve en agua con sal por una hora. Yo copié la receta cuando hablé junto a mi oído una experta cocinera, quien por primera vez me hizo probar el delicioso menú de cerdo acompañado de ensalada de gallina. Me he vuelto prisionero de los insuperables pasteles que se preparan por docenas de hogar en hogar. Se declara genuino, y yo anuncio que debe hacerse mundialmente famoso por su auténtico *fee-ling*, y por su nombre de alegrías. En Campo Rojo y en Campo Sur todas las familias lo celebran con pomposos regalos.

La Noche Vieja queda atrás. En Campo Norte es distinto. No puede faltar el pavo relleno horneado, el rosbif, coles de Bruselas, ni la tarta de manzanas verdes, ni el *champagne*. British War Charities y las amigas de las damas británicas recogen fondos para ayudar a los más necesitados. Establecen acuerdos con los americanos de Texas, y traen a Santa Claus, que llega ataviado de rojo y blanco con el apogeo de la Coca Cola. En Irlanda todavía sigue llevando su tatuaje verde que se asocia a las montañas, a los tréboles, a la menta y la hierbabuena fresca. Me invade el recuerdo de mis cocteles favoritos. Yo siempre prefería el conocido ahora como Isla Esmeralda, con una porción de ginebra, mucho hielo, y esa resuelta hierbabuena.

Está por comenzar el año mil novecientos treinta y cinco, por cierto, día martes, martes de banquetes, con los juegos pirotécnicos apuntando hacia el firmamento de West River, y las manos agitadas entre el saludo y el abrazo. Nadie es capaz de blasfemar en esa fecha de alegrías en la que yo sigo recordando a Molly Malone. Si Stephen Dedalus estuviera cerca de mí, él hubiera agregado:

—Blancos tus senos, rojo tu vientre. Hermosos son tus muslos y armoniosos. —Solo eso hubiera dicho antes de despedirse, y nada más.

Aprovecho la ocasión para abrir mis barricas de roble que contienen cerveza Guinness, y aires de Dublín, y *whiskey* irlandés, y sueños que no parecen sueños. Ver para creer. Nadie alrededor. Servirme la copa de mi propia fábrica un treinta y uno de diciembre es lo máximo. Brindo conmigo mismo. Salgo de mi encierro.

En el Club de West River, el señor Cody y yo vestimos de flux y corbatas modernas, y pañuelos bordados, y zapatos brillantes para estrenar el nuevo día. Celebramos la trayectoria de los doce meses que terminan esta medianoche. Con otros caballeros revivimos el círculo de discusiones que nadie preside y donde se analizan políticas económicas y sucesos de importancia en la región, pero también lo que acontece al otro lado del mundo, y lo que es cotidiano en este mismo campamento del país del petróleo.

Nos interesan muchos temas. La toma del poder por los nazis y el rearme en Alemania, tras los asesinatos de los cuchillos largos en la operación Colibrí. Los grandes desfiles que aclaman a Adolf Hitler. El temor a una nueva conflagración mundial. El inicio de la larga marcha encabezada por Mao Tse Tung con las tropas del Ejército Rojo, en China. Las dificultades de alimentación en la Unión Soviética bajo el mando de Stalin. Perseguimos el desenvolvimiento del presidente demócrata de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, que, en este lapso, a diferencia de otros tan brumosos, logró un mayor equilibrio en los asuntos financieros. Tiene éxito con el New Deal para cubrir las heridas de la Gran Depresión. Se está revirtiendo el *Crack* después que el sistema bancario colapsó. Bajan las oleadas de embargos, el espiral inflacionario, los precios dispares. Las empresas se

recuperan lentamente, y ofrecen mayor confianza a los consumidores. Los días felices están aquí de nuevo.

Mientras debatimos en esta última fecha de diciembre, también intercambiamos monedas de oro de *twenty dollars*. Es señal de suerte. Cada uno de nosotros posee cinco morocotas, para no infringir la ley. En este país del petróleo le han puesto ese nombre, morocotas, pero son las mismas águilas dobles que Roosevelt prohibió desde hace meses, bajo pena de hasta diez años de cárcel a quien tuviera más de cien dólares en oro. Las nuestras, igual que las demás, llevan las trece estrellas rodeando el perfil de la cabeza femenina de la Libertad. Son pesadas. En la otra cara se define el escudo de los Estados Unidos de Norteamérica. Todo el oro circulante se destina a la Reserva Federal. Se funde en miles y miles de lingotes de cuatrocientas onzas troy. El dólar se ha devaluado como nunca.

Analizamos la absurda medida de la prohibición del licor que abrió camino al crimen, a las bandas mafiosas y al contrabando. La historia del intento de asesinato de Roosevelt por derogar la ley seca no logró mayor repercusión. Ha quedado lejos desde que el autor de los disparos, Giuseppe Zangara, de apenas un metro con cincuenta y dos centímetros de estatura, fue ejecutado en una silla eléctrica en Florida mientras gritaba: ¡Viva Italia!, y se despedía de sus amigos de la mafia. Theodore Roosevelt, que, a diferencia de Franklin, ejerció como presidente republicano, fue víctima también de un atentado en mil novecientos doce. La bala del revólver calibre 32 que disparó el anarquista John Schrank se alojó en su pecho para siempre, tras atravesar las gruesas hojas del manuscrito de campaña. Sus seguidores con apariencia mórbida las vieron teñidas de rojo.

Todo este asunto forma parte de nuestros interminables debates en el círculo que bautizamos con el nombre de

Haunted Club, y que nació antes del primer incendio de West River. Comenzaríamos analizando las consecuencias de una guerra jamás imaginada en este siglo, y el destino de muchos prófugos, y el desastre económico en Europa, endeudada con los doscientos cincuenta mil millones de dólares que recibió de los Estados Unidos. Analizamos la deuda impagable, el repunte de la moneda americana como principal instrumento de cambio, y el liderazgo mundial de la bolsa de New York. Luego aparecen los millones de muertos entre la Gran Guerra, la peste española y el hambre.

Devuelvo la mirada hacia mi pobre Irlanda, brindando lealtad al mismo ejército opresor de la Corona con los sesenta mil dublinese que reclutó el gobierno británico en mi tierra amada y otra cantidad de voluntarios sometidos al capricho de Londres. Hombres casados y hombres solteros muriendo en las trincheras por los efectos de los gases venenosos alemanes. Conmovero por las implicaciones del tema, comento a solas con James Joyce y él me hace recordar que eran tiempos particularmente violentos. Al referirse al dominio de la política, él está muy consciente de la pérdida de vidas humanas y del exterminio de la hermosa juventud, en pocas palabras, la destrucción de los más aptos.

—¡Propongo que, como hay cierta sofocación aquí, usted venga a casa conmigo y cambiemos ideas! —es la repentina frase del gran Joyce que sigue en mi cabeza.

Después de esa invitación, James Joyce desaparece como siempre.

Seguimos hablando en el Haunted Club de las decenas de vehículos nuevos que ahora circulan por las calles asfaltadas de West River, de los escondidos lugares de diversión, de los artistas que se han venido a vivir aquí, de los dramas y las quejas que observamos a diario, y detenemos la charla al lado derecho del gigantesco árbol de la Navidad que busca espacio

libre en las alturas del salón. Un músico llamado el Rey del Piano, que se muerde las uñas, se adueña de la escena rastreando el terreno. Lleva sombrero de Panamá, lentes gruesos, chaleco a rayas, y está en mangas de camisa. Va del vals al foxtrot lento con unas viejas partituras. Cuatro parejas salen a bailar girando hacia adelante y hacia atrás. Me detengo en la belleza de una de las chicas que danzan. La imagino como a Isolda la bella, con sus cabellos de oro y sus manos curanderas. Le digo al señor Cody que recuerdo la tierna leyenda de una princesa de Irlanda enamorada de un hombre huérfano, que muere de tristeza al pensar que ya ella no estaría a su lado. Sobre el cadáver de Tristán e Isolda sucumbe.

En pocos minutos habremos despedido el treinta y uno de diciembre del año treinta y cuatro, y podremos compartir la emoción de un nuevo amanecer. Una noticia más de la cinematografía, origina comentarios favorables del señor Cody. Es la afamada historia del vaquero de sangre irlandesa, John Wayne, que de nuevo se destaca en el film *The Lucky Texan*, uno de los wésterns donde los personajes se pelean por un filón de oro. Los dos admiramos enormemente al duque Wayne, desde que empezó sus actuaciones en el cine mudo. Él usa los revólveres de Samuel Colt, y destaca mucho en películas del Oeste por su descomunal estatura.

Lo que no he tocado en este episodio es otra buena nueva del año que termina. Todos los hombres y todas las mujeres, y todos los niños y las niñas, y también los ancianos, libertinos silenciosos todos y todas, quienes defienden entre si lo que hay que defender, han ganado la pelea contra los malos entendidos literarios sobre James Joyce. El *Ulysses*, que él tardó siete años escribiendo entre distintos territorios, se puede adquirir libremente hasta los próximos tres siglos, y hay que leerlo, y releerlo sin miedo, para entender cada vez mejor lo que quiso decir, abajo, arriba, adelante, atrás.

Se fue lejos la amenaza de diez años de cárcel y diez mil dólares de multa, originadas en las cartas de lectores ofendidos por los envíos no deseados del *Ulysses* desde el Servicio Nacional de Correos. El libro confiscado, secuestrado, quemado y acusado de inmoral fue puesto en libertad después de tantos años de difamación y de cárcel.

En mil novecientos treinta y cinco, James Joyce seguirá absuelto, y podremos salir y entrar en las páginas primadas de las calles de Dublín, desde New York y desde los cincuenta estados, y desde sus lugares de influencia, como West River, y pasar sucesivamente por una escuela primaria y una secundaria, por los grados preparatorios, y de graduación en Letras de la universidad real regentada por James Joyce. La universidad de la vida está de fiesta en este instante de la noche. El *Ulysses*, en pasado, en presente, y en futuro, gana con veloz paso. Hay oraciones. Todo se arreglará. James Joyce canta victoria.

Ahora sí se desdobra el año treinta y cinco. Miércoles de Ceniza en West River. Lágrimas, carcajadas, canciones, derroche de miradas, gritos, pataleos. Es el momento escogido del entierro del carnaval, con un falso sacerdote armado de un báculo y de un hisopo de asperjar agua bendita. Un enano a su lado, vestido de manera estrafalaria, carga el recipiente metálico que termina en forma de pezón. Hay leche en su interior, y en el fondo tres balas. Las blancas gotas y las cruces de cenizas llegan a las frentes de los hombres pecadores que bromean vestidos de mujer. Sus esposas los rasuran, los maquillan, los envuelven entre perfumes femeninos, les pintan los labios y las cejas, les peinan cabelleras de viudas, y les ciñen un sayal. Llorarán sobre el barnizado ataúd, seguido por un enorme pez, después de tantas diversiones. Domingo, lunes y martes de lupanares. Terminan setenta y dos horas de incomparables travesuras.

Hay máscaras que danzan. Campo Rojo es un extendido rugir de tambores. Se golpean los cueros, las maderas, las piedras,

los metales, y el cuerpo mismo de los celebrantes con sonos atrevidos en las calles. Se aplaude con fuerza en las esquinas, y de lado y lado vuelan papelillos, pañuelos, abanicos, broches, bragas y más ropajes, después de jugar con un agua que ya no es tan transparente ni bendita. Se baila en la punta de los pies. Se mueven hombros y caderas y mandíbulas y lenguas ligeramente oscuras. Un desfile de vestidos indecentes se retuerce frente a la multitud. Ombligos desnudos de mujeres. Gruesos vientres lujuriosos, junto a una camada de burlones donde imagino sentado a la derecha a James Joyce. Se sacuden las maracas metálicas, los sombreros de copa, las melenas greñudas.

Los *calypsonians* se convierten en la nueva atracción de las comparsas. Aparecen las guitarras, las flautas, las trompetas, las pianolas, los puñales muy finos. Ojos que rebotan sobre curvaturas rítmicas de barriles esculpidos a fuego. Hay música de orquestas en simpáticos pipotes con las dos franjas rojas de la bandera trinitaria. Se oponen a ese estilo las madamas que bailan al son del tambor de un solo parche, y cantan en idiomas distintos, y visten elegantes, muy elegantes, porque vienen de las islas del Caribe de dominio francés. Cantan en creole, cantan en inglés, cantan en francófilo y en español. Andan con una reina africana llamada Mamita y con un rey que la lleva en sus brazos.

El carnaval se consumió en una larga llama suave y fue dejada caer, cuando aparece James Joyce otra vez, hablando frente a mí del lugar más histórico de todo Dublín.

—¿Quién tendrá el órgano aquí? ¿Quién le cantará a la resurrección y a la vida? —fueron las dos preguntas de James Joyce.

«Algunas personas creen que seguimos viviendo después de muertos en otro cuerpo diferente al que hemos tenido antes —afirma James Joyce—. Llaman a eso reencarnación. Reencarnación: esa es la palabra.

Al final, todo se detuvo tras los manotazos del famoso Miércoles de Ceniza, y se vuelve a la rutina de siempre, de agua y fuego y de aire sucio en la tierra de los grandes combates. No se escuchó más a James Joyce, cuando yo anuncié que comenzaba ahora la Cuaresma como un nuevo tiempo litúrgico, y habría que esperar nueve jueves seguidos después del Jueves Santo para celebrar el misterio de la transustanciación en el día de Corpus Christi. Pan y vino y cordero y la sangre y el cuerpo del Hijo de Dios. *Hoc est corpus meum*.

Ahora en West River, más en Campo Sur que en Campo Norte, hay viviendas similares fabricadas en series. Se identifican con números y letras pronunciados en inglés. Hay pequeños jardines, y buzón de correos, y jaulas de pájaros importados, y *doghouse*, y peceras, y estacionamientos con portones, y cercas muy altas. Tienen alumbrado público y sistemas de transporte y calles asfaltadas. En Campo Rojo es distinto, y solo a siete ha llegado el pavimento. Las engalanan con nombres de héroes y de combates. Bolívar, Sucre, Miranda, Pichincha, Ayacucho, Carabobo. Las demás son de arena hiriente, como en un principio se trazaron en torcidos caminos.

Quedó atrás el bahareque, y la palma, y los horcones enterrados. Las tablas se amontonan en taguanes. Hay casas de remodelaciones imprevistas. No es extraño ver el reguero de ladrillos, granza, arena, mezclas de cemento, y filosos vidrios de botellas que rematan paredes. En muy pocos aposentos hay ofertas de venta, mientras en otros, que suman la gran parte, se siente el paso veloz de carpinteros y albañiles derrumbando escombros. Se configuran fachadas que ofrecen una particular fisonomía hacia las calles y hablan de un cambio de lenguaje. Aceras de elegantes pintas, vanidosas ventanas, puertas de arco y lámparas eléctricas encendidas en la noche y en el día, atraen miradas de los visitantes extranjeros. Haciendo uso del derecho libre de expresión, al cerrar este

párrafo, traigo de nuevo al gran Joyce con una ruidosa carcajada como punto final.

—Para nosotros el triunfo es la muerte del intelecto y de la imaginación. Siempre fuimos leales a las causas perdidas —repite el gran Joyce.

—¿De qué lado está la protuberancia de tu conocimiento? —lo siento preguntarme.

Un Campo Rojo más robusto muestra su lista de pensiones. Bulliciosos comedores, y agradables cantinas, y salones de baile, y lugares de juego, y cuadras largamente concurridas, y grandes depósitos. No existen límites, ni normas de convivencia en el crecimiento de Campo Rojo, que muestra una forma distinta de ciudad. No se parece para nada al contorno invariable de Campo Norte ni al de Campo Sur, enjaulados en la doble alambrada. Estas son las tres partes divisorias.

Es West River el tesoro escondido que se extiende en la sabana, diferenciado de un barrio urbano, o de una reserva, o de un caserío, o de cualquier visión de condado, que resultaría repugnante en el lugar. Simplemente es West River con su cuerpo desnudo en pleno llano. Diversos niveles y modelos de vida entrecruzados en el aturdimiento del petróleo. No es otra cosa. Es un nuevo país que está naciendo sin que nadie lo anuncie. El país del petróleo.

En las líneas que siguen, puedo agregar también que hay cientos de personas curioseando detalles del mercado de hierro. Tiene forma de letra ele, y fue diseñado por arquitectos europeos, inspirados en las ideas del talentoso Gustave Eiffel. Todas las piezas desarmables para la edificación las ha enviado la Guss Oil Company desde los Estados Unidos de Norteamérica. Es el dulce regalo a West River, pero su verdadero lugar de origen está en Bruselas. Allí se fabricaron las columnas, los capiteles, los treinta mil tornillos que se sumergen en las tuercas, y las paredes de placas de metal con cámara de

aire soportando hermosos techos de nubes de cristalería. Un color verde oscuro destaca con éxito sobre macizas viguetas. La gran construcción de hierro y bronce, próxima a inaugurarse, está ubicada junto al sitio escogido para el segundo campo de golf, entre Campo Norte y Campo Sur, pero quienes miran con perplejidad lo que acontece provienen de las calles más largas y arenosas de todo Campo Rojo.

Además del mercado de hierro, está en obra el campo de aterrizaje de mil doscientos treinta metros. El señor Cody propone dedicarlo a la estrella de la aviación Charles Lindbergh, por su famosa hazaña de la travesía sin escalas entre New York y París, ocurrida el año veintisiete. Pronto llegará aquí el primer vuelo comercial de pasajeros. Todos esperamos ese día. El aeródromo tiene listo su hangar y la pista fue sometida a prueba por James Crawford, el único aviador que se ha plantado en West River con un Metal Flamingo, después de domar globos acrobáticos en las praderas de Missouri, y de seguir el compás de otras batallas que le dieron gran prestigio.

El señor Cody conoce mil y una historias de aventuras del piloto Crawford, quien compite en muchas andanzas del mundo de las que no se habla por estricta conveniencia. Un sombrero infaltable, un traje unicolor, un reloj de pulsera, un cigarrillo entre los dedos y las botas de piel enarenadas eran parte del estilo de aquel hombre de especial estatura. Le estreché sus manos olorosas a talcos y mentoles, después de abrir la puerta del Flamingo, un jubiloso día Sábado de Gloria, y pude escuchar el acento de su voz cuando pronunció el nombre del señor Cody, anunciándole un volcán de ilusiones. Me llevarían al célebre Cañón del Diablo.

¡Por fin! ¡Por fin se hace realidad el viaje que siempre soñé!

Sábado de Gloria para este cristiano de Dublín que quiere remontar de nuevo las nubes del país del petróleo verdaderamente alto. Volamos sin saberlo en el Flamingo, en dirección

al sur, hacia las cumbres del oro y los diamantes. Mesetas de grandes precipicios y torrentes de agua dan fama al nacimiento de esa expansión fluvial que toca las fronteras con Brasil. El piloto Crawford se eleva sobre el río Caroní después de atravesar el Orinoco. Son ciento veinte cataratas precipitando caídas de agua entre un remolino y otro. Un salto y otro. Juego de colores hacia el lejano horizonte. Excitantes montañas nos hacen suponer que se trata de un continente distinto, con un suelo cargado de flores de otro mundo, y una fauna de aves desconocidas por nosotros. Majestuoso es su esplendor.

Mientras estamos en el aire, el señor Cody afirma que un obsesionado ingeniero norteamericano de apellido Deninson es quien mejor conoce la región, y jamás imaginaría encontrar tantos diamantes de diferentes tamaños ni tanto oro de grandes quilates en el cauce de esos ríos. Durísimas rocas de fragmentado granito. Rocas rojas. Rocas verdes, grises y azules. Descomunales riquezas perseguidas por rufianes. Todo lo que sigue en el trayecto resulta un espectáculo de incomparable magnetismo.

El increíble momento del gran escenario natural de los tepuyes genera sensaciones muy extrañas.

—El misterio de la identidad es el más curioso de todos los misterios —afirma el señor Cody citando a Walt Whitman, cuando trató de comprender en cinco minutos de su vida lo que representaba las cataratas del Niágara, que vio a lo lejos una tarde de junio.

Interrumpe el piloto Crawford para explicarnos que la fuerza del Caroní, que es tributado por cuarenta ríos, jamás se puede comparar con la del Niágara, porque el volumen de aguas del Caroní es casi tres veces mayor a las del Niágara, y cualquiera de sus saltos lo supera en dimensiones.

El salto del Apongúo, que está entre los de menor altura, con sesenta metros, es más elevado que las cataratas del

Niágara en diez metros, pero un salto como el Kukenan, que nace en las montañas del Roraima, se calcula en quinientos metros, o el que viene del Churún que duplica al Kukenan, y que se observa desde el aire, y puede ser el más grande de todos los saltos del planeta. Es el salto del lugar más profundo. Entre los ríos que alimentan el Caroní hay demasiado oro, prosigue el piloto Crawford. Tanto como en ningún otro país distinto al país del petróleo.

—¡No me gusta repetirlo, pero es así! —dice el piloto Crawford.

El señor Cody también conoce la historia de John McCracken, quien contrató en Panamá al piloto Crawford para conducirlo al Cañón del Diablo, donde el osado McCracken baja de la avioneta forrado con su chaleco color miel, y en uno de los callejones de agua más ocultos, en menos de una hora, recoge setenta y cinco libras de oro en pepitas incrustadas en la arena, regresando nuevamente a la nave hasta volver al canal de Panamá con peso y con más peso, oro y más oro, como siempre imaginó.

—¿No es cierto James? —interroga el señor Cody.

James Crawford sonríe. Afirma que fue durante un mes de abril, entre los días de crucifixión y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, cuando las corrientes de los ríos están más aliviadas, y el oro se aleja del ruido de las aguas, y causa asombro, y se dispersa con multitudinario brillo. Solo recibió cinco mil dólares por aquella tarea tan veloz que no se ha logrado repetir. Planeando sobre el mismo cerro Auyantepuy, todas las veces que ha podido en diez años, no ha vuelto a encontrar ese sitio secreto adonde lo condujo McCracken con sus profecías.

Inolvidable viaje en el Flamingo.

—¿Has leído *El mundo perdido*? —me pregunta de nuevo el señor Cody.

Él sabe que no. Me recuerda que debería leerlo, así como yo le recordé tiempo atrás que debía detenerse en las minuciosidades del *Ulysses*. En pocas frases él describe los rasgos físicos de su principal protagonista que cruzó a pie estas tierras de América. George Edward Challenger:

—Imponente presencia. Cabeza enorme, la más grande que se haya visto, barba negra, cejas tupidas, manos gruesas y un peso de doscientas diez libras.

—No vendría tan cómodo en este avión si fuera el caso —bromea el señor Cody, y agrega—: Me gustaría traerlo, para recordarle uno solo de los dibujos del americano vagabundo que él conoció muerto en la selva. Suave vegetación de color verde pálido que asciende en pendiente y termina en líneas de riscos de un color verde oscuro, con rebordes en forma de costillas y un cielo azul tropical.

Imagina el señor Cody que el novelista Arthur Conan Doyle ha observado en el curso de sus sueños todo lo descrito al lado nuestro, antes de inventar los reptiles voladores del período jurásico, a los que se dedicó el señor Challenger. ¡Es increíble! Nadie, nadie en el mundo calculó jamás semejante posibilidad. Sin llegar nunca hasta aquí, el acucioso médico británico hizo de este paisaje un paisaje de novela. Y vuelve a insistir el señor Cody:

—¡Debes leerlo pronto, porque su autor heredó sangre irlandesa como tú! ¡Al regresar te obsequio *El mundo perdido*!

Cinco horas de viaje, a tantos pies de altura, con un tonel de gasolina bamboleando en el Flamingo. Me entero que el piloto Crawford, igual que el señor Cody, es descendiente de madre indígena norteamericana. Ahora entiendo mejor la supuesta amistad y su devoción por este tipo de paisajes. Supe también que el señor Cody, en compañía del señor August von Luxburg, ha volado varias veces con el piloto Crawford a esos lugares paradisíacos, y tiene en su poder piezas de oro,

diamantes en bruto y esmeraldas gruesas. Entiendo que el piloto Crawford va y viene a los Estados Unidos del Norte, y que su vida está llena de temeridades. No son pocas sus hazañas trasatlánticas.

La culpa la tiene la historia, como lo sabe el gran Joyce. Camboya en el sureste asiático, Vietnam, Tailandia, Indochina, Italia, Inglaterra, y los más cercanos y lejanos países de América, figuran entre los sitios de grandes proezas del piloto Crawford. Se acrecienta su fama como rey del cielo al trabajar para el agente político Lawrence de Arabia, y con el generalísimo Chiang Kai-shek en medio de la guerra, y como entrenador de pilotos para el Ejército Nacionalista de China. No existe ningún otro aviador que imite sus proezas.

El piloto Crawford nos deja finalmente en West River, y sigue hacia otro destino, cruzando hacia el lado sur del sol aquel Sábado de Gloria.

En plena mitad del año treinta y cinco, en West River se riega la noticia de la muerte del rey del tango, Carlos Gardel. Escogería el avión equivocado que terminó en llamas, y al conocerse la autopsia del cadáver se descubre que encontraron una bala alojada en su cuerpo. Nadie pudo explicar si hubo disparos, ni cuándo, ni cómo. Otros dirían que no eran ráfagas de plomo, sino ráfagas de viento las que ocasionaron el fatal accidente. La nave arde en los pies de la pista al chocar con otra nave. Se volvió un enredo la manera de entender la información, pero sí quedó claro que todo ocurriría en Medellín, incluso el día fatídico, lunes veinticuatro de junio, y la hora de la gran sorpresa, tres de la tarde y unos minutos más, según las coordenadas antioqueñas. Quedó claro también que fue sepultado en Colombia en el cementerio de San Pedro, y no en su querido Buenos Aires.

Las victrolas se encendieron toda una noche en Campo Rojo, y repetidas veces se escuchó la canción *Arrabal amargo*.

Era difícil entender que sus ojos se cerraron para siempre. Dos meses antes, entre brindis y aplausos, la Guss dio por inaugurado el aeropuerto, y el mercado de hierro se transforma en teatro con la presencia inesperada de Gardel. La cuenca del Orinoco entró en el libro de la fama gardeliana. Solo la gente de Campo Norte y de Campo Sur pudo disfrutar su actuación tan querida. Campo Rojo protestó ese día, y durante toda la semana, al no tener acceso al mercado de hierro. Pudimos mirarlo en vivo, y escuchar su acento inconfundible surtido de guitarras, y tocar sus manos, y pronunciar su nombre.

—¡Carlitos Gardel! —gritaban los fanáticos.

Hora y media estuvo con nosotros, y nos cubriría en las molduras imborrables del tango. La canción *Volver*, que quedó para siempre, y se convirtió en la más aplaudida de todas sus canciones. Alza su voz. Pasa de un tono grave a otro agudo. Alarga las frases para definir al barrio y a las luces de una gran ciudad. Enseña su risa con galanteo, cita a sus amigos de las carreras de caballos, y manifiesta sus respetos a todos los que estábamos con él. Al final acepta el pequeño regalo de la empresa Guss, y deshace el nudo de su corbata ofreciéndola a West River. La música tiene la culpa, también lo entiende Joyce. Era un verdadero *gentleman*, dibujado por el señor Cody, con su inconfundible sombrero y el impecable traje azul que distinguía al cantante más famoso de América.

—¿Qué ocurrió después de la muerte de Gardel? —parece interrogar James Joyce.

«¿Cómo? ¿Dónde?»

Después de la muerte de Gardel se multiplican los ecos de un conflicto. Primero las incursiones de rebeldes, que navegarían de abajo a arriba en el Orinoco, pasando hacia otros ríos. Subían al Amazonas y se adueñaban del gobierno. Tiempo perdido. Con sus propios tribunales de justicia iban por el río

Meta y el Arauca, al revivir una tradición de cuatro siglos en la triple frontera.

Desembocan en las rancherías, restallan escopetas, mueven sus naves hacia las islas cercanas del Caribe en busca de armamentos y pertrechos, a cambio del trueque con el oro. Los sublevados, que también suspiran de amor, acosan con sus tropas al Jefe Supremo del país del petróleo.

Eran los Leones del Llano a paso de caballo, perseguidos por los carros del ejército. Los hombres del Jefe Supremo querían destruir su poderío, llevarlos a la horca, pasarlos por las armas. Querían someterlos para siempre, pero no lograron su captura. Lo segundo que pasó, pasó un día viernes.

Un viernes sorprenden los Leones del Llano en West River y pintan las consignas políticas.

¡Viva la libertad! ¡Muera el tirano! ¡Fuera el imperio *yankee*!

Toman la oficina pública de telégrafos para escribir en clave treintaiuno el mensaje desafiante al Jefe Supremo. Se escuchan sus risotadas. Se dejan ver la piel, los huesos, su manera de andar de relincho en relincho. Disparan al aire y las municiones perforan los portones de la Guss. Se imaginaba venir la gran tormenta.

Gritos en la cara. No hubo nunca reconciliación. Campo Rojo se convierte en un centro de disturbios. Los hombres del Jefe Supremo obligan a cerrar bares y comercios antes de la llegada de la noche. Imponen un toque de queda. Hacen recorridos en las calles. Usan peinetas, rifles, cañones. Se inmiscuyen en la vida privada de cada quien. Golpean a los que intentaban oponerse y corren pistola en mano. No tengo nada en contra. Retornan de nuevo los Leones del Llano con más y más cuadrillas de guerreros. Se abrieron bares y bodegas hasta el amanecer.

Los dos caudillos a los que obedecían los rebeldes eran fornidos, de elevada estatura, crecidas melenas, y aquellos ojos

grandes y grisáceos bajo la sombra misteriosa del sombrero. Uno de ala blanca y el otro muy negro, diferenciaba a los jefes victoriosos.

—¿Esa historia es real o es inventada? —intervendría muy seguro el gran Joyce.

Esa historia se cablegrafió en muchísimas líneas de la forma más breve. Trotando orgullosamente en sus caballos delanteros, los Leones del Llano guiaban cada embestida, cada golpe, cada aparición y reaparición de sus brigadas. Eran idénticos uno al otro, y no sentían sueño, ni hambre, ni sed en ninguna escaramuza. Eran hermanos de los mismos modales y se unieron a las tropas libertinas vistiendo en color escarlata.

Además de cargar charreteras, y relojes de bolsillo, y chalecos de trenzas finamente bordados, exhiben medallas, exhiben galones, exhiben polainas, y botas con espuelas de cobre, pero el más sagrado de los símbolos era la imagen de la Virgen del Carmen sobre los escapularios de sus pechos. Dicen que las pequeñas bolsas contenían piedras de centellas, mezcladas con pólvora negra y colmillos de serpientes. En Campo Rojo confunden sus verdaderos nombres al rezar *la magnífica*, encomendando su suerte al Santísimo Sacramento.

Siempre iban a su lado cuatro edecanes de piel oscura con trajes pardos. Encabezando la multitud armada la gente los mira pasar. Máuseres, pistolas, y filosos machetes de acero se levantan en el aire. Los vecinos conversan. Escuchan las historias de sus aventuras y aplauden llenos de emoción. Gritan hasta desgañitarse en una sola voz:

¡Viva la libertad! ¡Muera el tirano!

Se aproxima la guerra, y nadie está aquí para escuchar lo que se debe escuchar. Se descubren muchos sitios en los que se ocultaría el contrabando en complicidad con los crispados habitantes de Campo Rojo. Se reparten en grandes cantidades las mercaderías que no se registraban en aduanas. Era

un comercio clandestino de significativa importancia, donde los Leones del Llano habían dejado claves y emolumentos para moverse hacia el Caribe. El ambiente se fue enrareciendo cada día. Aparecieron nuevos pelotones del gobierno con sus carros blindados, con las valijas llenas de armamentos, con aparatos de tortura, con listas de presuntos adversarios, y se quedarían por largo tiempo en West River. Al llegar los hombres del Benemérito, murieron muchas voces.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucedió luego? —reaparece James Joyce en mi imaginación de manera insistente.

—¿No hay salida negociada? ¿No hay acuerdos?

Los agentes aumentan las pesquisas, allanan depósitos, y persiguen a los jefes comuneros. También recorren Campo Sur y estrangulan los encuentros vecinales. Desbaratan todas las habitaciones de una pensión de Campo Rojo y someten a los sospechosos. Finalmente, regresan a sus comandos muy lejos de aquí. Al aportarse pruebas, le explican al señor Cody que han desmantelado planes desestabilizadores y a una célula de militantes clandestinos formados en la Escuela Internacional Leninista. Pretendían incendiar pozos, destruir campamentos, colocar explosivos en los oleoductos. Aseguran que el principal hombre insurgente, llamado Américo Estaba, había recibido instrucción militar en Moscú, donde empleó el alfabeto ruso en sus escritos y portaba documentación falsa, pero ha quedado prisionero después de conocerse que mantuvo contactos directos con los Leones del Llano, acusados también de instigar otra revolución en el país del petróleo.

Empieza a hablarse de la *working class*. La clase obrera y el marxismo se juntan. No se detiene la locura. Se establecen diferencias entre explotados y explotadores, desposeídos y propietarios del capital. Se discute sobre los estratos más bajos. Sobre el lumpen. Poder y política. Llega la bolchevización.

Con el nombre de *El Martillo* circula una hoja impresa que convoca a las luchas sindicales. Campo Norte se alarma. En Campo Sur y en Campo Rojo se comparten los mismos idearios. Reclaman a sus muertos por repetidos accidentes. Cuerpos fracturados al caer desde elevadas torres. Una ráfaga de viento los habría derribado. Se exigen indemnizaciones y seguros de vida, y aumento salarial, libre tránsito entre las zonas petroleras, reducción de las horas de trabajo y la eliminación de las cercas alambradas que separan a Campo Norte de Campo Sur y Campo Rojo.

—¡Las protestas y las huelgas no alcanzarán ninguna escala en este lugar del llano! —exclama en voz alta el señor Cody, y sigue extendiendo frases sin interrupción, recordando que veinte años antes, en tiempos de la muerte de Rasputín, después de tres intentos de asesinato en una misma noche, en la que quiso conocer a la princesa Irina, todavía gobernaba en todas las Rusias, su majestad el emperador Nikolái Aleksándrovich Románov.

«¡Dios salve al zar! El Sóviet Supremo está muy lejos, y Stalin muy ocupado con su hija Svetlana, después del suicidio de la madre Nadezhda —recuerda el señor Cody.

»Además, Vladimir Lenin también ha muerto. Su cuerpo embalsamado se puede mirar en el mausoleo de la Plaza Roja de Moscú —insiste el señor Cody—. Allá se nacionalizaron todas las empresas, las petroleras fueron expropiadas, pero eso nunca ocurrirá en West River.

»¡Habrá que amarrar bajo los árboles a los agitadores! —Imagina el señor Cody, mientras fuma despacio su invulnerable cigarrillo Lucky Strike.

Se lamentaba una vez y otra vez.

—¡Hay que dar con los cabecillas! —agrega.

Y se toca la frente, y me esquivo, y se enreda en sus propias palabras.

El señor Cody revive el discurso de Walt Whitman:

—¿Quién ha visto el choque cuerpo a cuerpo?

«Los grupos y pelotones retorciéndose, los gritos, los estallidos de fusiles y pistolas, el cañón distante, las voces de aliento, las amenazas, el choque y las pisadas de los hombres. Grandes extensiones resultan abrasadas por el fuego en el que se consumen los muertos —termina declamando el señor Cody al recordar el primer incendio de West River.

Escribe en su cuaderno con trazos diminutos, escribe y escribe, y elabora su propio autorretrato. Sobresale una barba parecida a la mía. Seguidamente me agrega a su boceto, y ya somos dos. Somos las dos cabezas que sumamos más de un siglo. Titula la composición como *twin brothers*, desprende la hoja y me la ofrece con una sonrisa de oreja a oreja. Los dos nos parecemos tanto en el dibujo como en la vida real.

Llega el ocho de septiembre para celebrar a la mujer madre, la Santísima Virgen de la Margarita, que trae la bendición de Dios. Luce rodeada de lirios, y por una semana, hasta el día de la octava, habrá bailes y habrá música, y luces de bengala. La Santísima tiene su ermita en la posada principal de Campo Rojo. Se llama la Posada de la Virgen. Es la única donde no existen bares. Han dispuesto dos campanas que repican sin descanso al anunciar su día. La Santísima Virgen fue encontrada a la orilla de un río, cerca del botalón de muchas ruinas. Se salvó de los incendios de las guerras, se salvó del olvido, se salvó del desprecio. Su rostro es moreno, con las lágrimas de dolor y la visten con mantas bordadas en plata, y su corona de oro y perlas.

Es la abogada de los partos, de las dolencias y las tempestades, y sale a la calle sostenida por mujeres. Mujeres en estado de embarazo que ruegan a Nuestra Señora de la Alta Gracia de Dios. Muy cerca de los músicos, entre violines y el bombo, marchan siete niñas vestidas de ángeles. Acarician la cabeza

de San Juan el Bautista. Nadie sabe cómo llegó aquí la cabeza del profeta precursor de Jesucristo por el que sienten devoción los pobladores descendientes de africanos. Calle tras calle se van incorporando nuevos feligreses trajeados de blanco, y abriendo desmesuradamente los ojos. No figuran sacerdotes.

—Dios. ¡Oh, Dios!

Hay ruegos. Hay oraciones. Más y más oraciones. Ancianas rezanderas. Por Campo Rojo. Por Campo Sur. Por Campo Norte. Por Palenque. Por West River siempre, por sus dos patronos, la Virgen de la Margarita y la cabeza de San Juan el Bautista, y por los que están vivos y los que están muertos. Hay oraciones de maravillosa inspiración, llamamientos al Espíritu Santo y tañido de campanas. Es el día del amor de los pájaros, dicen, y echan a volar cuatro palomas blancas. Todos piden por la paz con lindísimas frases en demostración de júbilo. Canta el coro:

—¡Hoy es día de aleluya!

Se baila a montón, con arpas y guitarras, bandolas, bandolines, panderetas, maracas y acordeones. Es el primer día de fiestas en un mes de septiembre.

El año mil novecientos treinta y cinco está por concluir. Ha llegado diciembre. Los mechurrios que aletean en lo alto siguen alucinando con sus llamas. Hay rugidos, y suben las cifras de la producción, y se encuentran nuevos yacimientos, y se afinan las leyes para recibir más empresas de los *trust*, y más y más *royalty*. Hay trueques y gran reparto de aguardiente. Las ventas del petróleo se multiplican día tras día. Retumbaba la fama de West River.

Quiso el azar que este episodio histórico tuviera un desenlace inesperado.

Cuando menos lo pensamos estalla una nueva pesadilla. Se recibe el telegrama sobre la muerte del General y Jefe Supremo del país del petróleo, que gobernaría por treinta y cinco

años desde que se sumó al poder con nuevos hombres y nuevos ideales. El señor Cody pudo conocerlo antes del primer incendio de West River, cuando se traslada a su palacio entre autoridades y empresarios de los Estados Unidos de Norteamérica. Le ofrecería una descripción detallada sobre nuevas perforaciones en la cuenca del Orinoco. El Jefe Supremo, que era de poco hablar, resultaba alérgico a preguntas de extranjeros, y reacio a las respuestas. Me comentó el señor Cody que se protegía con su mirada de águila, saltando de un lado a otro, y fruncía los labios, y movía las orejas, y le castañeaban los dientes al recibir cualquier noticia a su favor. Era un General en Jefe.

Un bigote largo y tosco, da origen a que popularmente nombraran al General en Jefe como el Bagre, en medio de sus detractores y de sus víctimas, pero era el Benemérito entre los oficiales y los políticos que lo seguían. Celebraba las hazañas del matador Juan Belmonte, diestro en las faenas de los toros con quien hizo amistad en su finca, después que vino de España con quince mozos de estoques y sus relojes puestos con el horario de Sevilla.

Vestido de sombrero, guantes, blusa militar y largas botas, el Benemérito cargaría siempre en sus manos el bastón de mando con el que apuntaba hacia las más ricas posesiones del país del petróleo. Todas las tierras le pertenecieron. Los ríos, las lagunas, las piedras, las montañas, los grandes sabanales arrendados a West River también eran suyos. El país entero era suyo. Todo el mar de los antepasados indígenas era suyo. Siempre sostuvo que debía cuidarse la fuerza del poder. Junto a los familiares y allegados controlaba las mayores haciendas, las colosales siembras de café, el engorde del ganado.

Hacia el muelle de un mismo puerto, no muy digno de mencionarse ahora, los extensos carromatos llevan la abundancia de los campos.

—¿Qué es lo que le pertenece? —intentó preguntar James Joyce al ver las líneas de sus últimas palabras escritas.

A pesar de numerosos alzamientos, y la guerra de guerrillas, y el boicot, sus opositores nunca lograron derrotarlo. Murió anciano y enfermo. Se decía que dejó un total de setenta y cuatro hijos concebidos por treinta y tres mujeres, con ninguna de las cuales se casó. La cifra y los detalles estaban anotados de su puño y letra en un cuaderno que se ocultaría por mucho tiempo.

A millas de distancia las multitudes se revelan. Ese día que no olvidamos, se reciben noticias del asesinato del hermano más fiel del Benemérito. Se habla de revueltas en el país del petróleo. Se habla de grandes agitaciones, de robos, de saqueos, de alzamientos militares. Se espera que llegue la milicia y una comitiva de oficiales para proteger West River. El señor Cody remite telegramas urgentes. Quiere olvidarse de la influencia de sus sueños. No desea para nada comentar lo ocurrido la noche anterior, cuando despertó en sobresalto, tras ver una manada de miles de bisontes que arrasaban a su paso distintos rincones de West River en medio de la niebla.

Ahora empiezan a bajar las primeras gotas de un invierno inadvertido. No es garúa. Igual que antes, el agua aparece con una brisa juguetona. Penetra en todo el llano. ¡Qué coincidencia! Súbitamente surgen grupos de personas levantando los brazos hasta más no poder, y haciendo señas muy vulgares, y codeándose con malas palabras en la boca, y rasgando sus ropas. Sentimos un propósito oculto al marchar hacia el portón de Campo Norte con mujeres y niños. Hay que defender la entrada principal, el club, la capilla, el campo de golf. Las marchas salen de Campo Sur y Campo Rojo con banderas de tres colores, y las mismas siete estrellas. Se consolidan bajo la lluvia, y los marchistas deciden cantar un viejo himno. Es la primera vez que lo intentan. No hay relámpagos

ni centellas, solo el agua imaginaria está allí, humedeciendo el azul, el amarillo, el rojo de la bandera umbilical.

Sospechamos que nada será fácil. Ya verán. Sin hacer caso a ninguna advertencia, aparecen hombres que se quitan sus camisas y entran en grandes desafíos. Hay también hermosos caballos sin jinetes que se dejan sostener por las riendas, mientras algunas manos le acarician sus lomos y el brillante testuz. Además de unas veinte bicicletas sobre las que pedalean los más jóvenes, se suman al desfile tres camiones con falsos guardianes en las platabandas. Los choferes gritan groserías y repiten con error las mismas frases:

—¡Fuera los *yankees*! ¡Fuera! ¡Fuera los *yankees*!

¡Asombroso! Los caballos, que son ocho, intentan embestir contra el portón. Se espantan ante los primeros disparos. Saltan a ciegas. Nunca había visto algo semejante. Aquellos potros de sangre caliente trotaron por varios kilómetros hasta perderse en la llanura, pero en instantes se escuchó de nuevo el compás de sus pasos con redobladas fuerzas. Ya no eran ocho. Eso ocurrió tal cual lo escribo. Son manadas de caballos las que se adueñan de la marcha. Llegan a perfeccionar una frontera con sus cuerpos lustrosos ganando nuevas posiciones. Parecían amaestrados. Hacen sonar sus pezuñas, y avanzan paso a paso, hasta derribar la primera cerca.

Desde Campo Norte vuelven los disparos, pero no rompen filas. No es una historia cualquiera. Ya no le temen a la pólvora, ni al sonido de las balas, ni a nada, ni a nadie, y esta vez emplean sus mañas escondidas, y deliran, y por cuenta propia hacen artificios que no han hecho jamás, y patean en el centro de mi cerebro, y me aturden. Increíblemente me aturden y quedo mudo por instantes. A cierta distancia del portón levantan sus cabezas, enseñan sus ojos irritados y quedan erguidos sobre sus piernas traseras, oponiéndose como se oponen a la aplicación de las leyes en West River. Se sostienen por

varios segundos apretándose unos contra otros. Muestran sus pechos de figuras guerreras, sus largos pescuezos, sus grandes dientes amarillos. Pareciera una hazaña de circo. Se repiten de nuevo los disparos, y ellos lanzan sacudidas, obligando a nuestra gente a distanciarse del lugar. Hay golpes ensordecedores y truenos de rebelión.

El cielo ya no tiñe de azul. Se ha oscurecido. El agua trae una suerte de viento con cruces, polainas, blasones, manos extendidas. Se sienten los ecos de un tropel.

—¿De qué se trata ahora? —vuelve de nuevo a interrogar el gran Joyce metido en mi mente.

En el nuevo episodio se acercan más y más caballos, con collares de cuero, cinchas, hebillas, sillines, y unos ojos que quemaban. Caballos manchados de distintos colores en trote abultadísimo y rompiendo el pavimento. El agua se empoza y salta con la fuerza animal. Y ahora sí, jinetes chiflando y dando gritos:

—¡Viva la patria libre! ¡Ha muerto el tirano!

Pies cubiertos de cotizas, y de estrafalarias botas, y también pies descalzos. Jinetes indios y de piel oscura, blancos, unos con barbas, otros lampiños, calvos, tiznados. Aquellos primeros caballos endulzados, indudablemente traían el anuncio de la tumultuosa llegada. Eran los Leones del Llano incorporando tropas y más tropas bajo la extraña lluvia. Moviendo todos sus músculos, y restregándose unos contra otros, y haciendo pequeñas travesuras, y sacando el pecho.

—¿Qué hicieron entonces? —es la siguiente pregunta de James Joyce.

Al pasar por West River los guerreros enseñaban el cabello ensortijado, los dientes rotos, las ropas viejas, salpicadas de barro. Hacían sonar trompetas. Se adelantan al desfile con su ardiente fuego, gritando y gritando consignas y consignas. Los vigilantes ponen en marcha dos camiones de la Guss,

mientras los jinetes miran en una misma dirección y preparan sus sogas de la horca frente a Buffalo Bill. Lo bajan del caballo Isham. Lo arrancan con rabia de su base de mármol. Logran hacerlo a juro, sin jadeos, sin tonterías, bajo las órdenes de una mujer tiznada de negro que muestra un solo lado de su cara, y se introduce una pluma en la garganta al provocar el vómito. Una mujer guerrera que comanda el asalto contra Buffalo Bill. Viste de verde y lleva una melena corta amarrada con alambres.

—Buffalo Bill tira a matar. Nunca erró ni podrá errar.

«¿No ando rebuscando palabras verdad?»

»Soy un luchador aún al final de mis días. Pero lucharé por el derecho hasta el final —escucho decir a James Joyce, ensimismado en sus pensamientos, como en tantas otras ocasiones.

Advierte solemnemente que una mujer que no fue ni mejor ni peor que tantas otras, trajo el pecado al mundo:

—A veces, por no decir a menudo, uno se encuentra con espectáculos como esos.

«Yo pertenezco al *faubourg* San Patrice, llamado Irlanda para abreviar. Irlanda debe ser importante porque me pertenece y, como en Irlanda, aquí ocurre algo parecido con este asunto del patriotismo. Se trata de un problema. No podemos cambiar de país. Cambiemos de tema. —Es James Joyce, a quien le quisiera contar más.

»¡Rápido, rápido, rápido! Te doy solamente tres segundos —siento decir al gran Joyce.

Ahora es lo mismo que al principio.

Unos cuantos hombres arrastran la estatua de Buffalo Bill amarrada al ojal de las gruperas. Como si fuera una cuchilla hunde sus filos sobre el asfalto carcomido y se va desfigurando entre las rocas, y se quiebra, y desaparece. Se oyen más gritos y disparos. Una parte de la gente revoltosa se amontona frente al club. Derriban las puertas. Rayan las paredes con

caligrafías diferentes. Otros arrancan la cruz de la capilla y toman por sorpresa el almacén. Reparten ajuares, mercancías, víveres. Los hombres sin camisas, lanzan hacia afuera muchos muebles, y vasijas, y escudos, y macetas.

La furia de los Leones del Llano no obedece a reglas, ni a términos de armisticios de ningún tipo. En Campo Norte riegan gasolina sobre la casa número uno, mientras los hombres sin camisas despedazan las ventanas con hachas y mandarrías. Vuelven añicos la máquina de escribir del señor Cody al arrojarla contra el piso, y parten en dos mitades, con dos hachazos muy certeros, el globo terráqueo donde se leían los límites del país del petróleo.

Trocean estantes y gavetas y sillas, y así sucesivamente van amontonando palos y más palos para echarle a la leña más leña. Logran extender el fuego y queman las páginas del *Ulysses* de James Joyce. *Ora pro nobis*. ¿Y ahora qué? Delante de todos descuartizan otros libros, desbaratan cuadernos, papeles, ropajes, hasta definir los montículos de la hoguera. Emplean más combustible para avivar las llamas después de estas escenas. Arde la casa número uno, y las próximas quince siguen el mismo curso del incendio indetenible. Son órdenes precisas de aquella mujer tiznada de negro.

—¡Viva la Parca! —gritan los hombres sin camisas al surgir de nuevo su heroína.

No hay nadie cerca cuando llegan a cubrarnos los espigados camiones del ejército. Es el segundo incendio que he podido presenciar en el territorio de West River. Ahora los rebeldes que vociferan están a pocos pasos de nosotros, y los soldados del gobierno también. Han traído cañones alemanes parecidos a los que nos mostró el señor August von Luxburg en su casa de Angostura. La mujer guerrera asume postura de mando, y maldice y grita que está dispuesta a morir por su raza.

Miro al señor Cody en peligro. Busco protegerlo con mi cuerpo, y percibo una sombra que ruidosamente nos derriba a los dos. Observo sus ojos azules preguntándome lo imposible. Intento calmarlo. Miro un minúsculo chorro de sangre que sale de mi pecho, y es caliente, y no se detiene, y salpica la piadosa cabeza del señor Cody, quien no se separa de mí, ni siquiera en el instante en que los guardias intentan levantarme, porque me he desplomado, perdiendo la vista por momentos. Trato de decir mi nombre, de gritarlo, de advertirlo.

Me concentro y recuerdo.

Yo, Óscar Lynch, de los Lynch de Irlanda libre. Irlanda viene ahora. Aparece mi difunto padre Brian Lynch, recapitulando su pasado con el surgimiento de la guerra, por ser más valiente y poderoso. Dice que el apellido Lynch es orgullo de todos nosotros, y que debemos enaltecer ese apellido Lynch. Llega deslizándose con sus muletas y no se quiere ir. Recuerda los funerales. Habla de sus socios irlandeses que me pueden ayudar, y los va nombrando uno a uno. Cita diez apellidos con distintas consonantes. Kelleher, Cuffe, Butt, Parnell, Griffith, Lidwell, Wysee, Roebuck, Herzog, Menton.

Se detiene a explicarme un capítulo de la historia más reciente de Irlanda. La emboscada al comandante en jefe Michael Collins, y la enorme tristeza de su novia Kitty Kiernan, y de todas las Kiernan, donde se cuenta a Elena Kiernan, la primera de las hermanas de las que se enamoró Michael Collins. Asocia la conversación al cementerio de Glasnevin, donde están enterrados Constance Markievicz y Maud Gonne, y Brendan Behan, y Stewar, y Parnell, y Valera, y Barry, y el propio Michael Collins. De repente arroja las muletas, y alza el vuelo, y me grita que brindará por mí en el Gravediggers Pub, el bar de los enterradores cerveceros, antes de encerrarse de nuevo en su cripta de Glasnevin, junto al millón de tumbas.

Trato de sostenerme entre los pliegues de pecheras tiesas y oscuras de cuatro soldados, y encuentro señales de una nube desplegada por James Joyce que comienza a cubrir el sol, enteramente, lentamente. Gris. Lejos.

—Discúlpeme, desgraciadamente no oí la última parte sobre el pub de los sepultureros —siento otra vez que me interroga el gran Joyce.

»¿Será el mismo de John Kavanagh?

»¿Sabe que habita allí un fantasma leyendo un libro con una sombrilla abierta?

»¿Sabe que ese fantasma engendró veinticinco niños y las mujeres van detrás de él majestuosamente?

»Respóndame, respóndame por favor —más que interrogarme, grita James Joyce y me pregunta qué diablos estoy haciendo aquí.

»¿Y un fantasma, sabe qué es?

»Dígame, ¿qué es un fantasma para usted?

»De lo sublime a lo ridículo, no hay más que un paso.

»¿Quiere ir usted a Glasnevin a juntarse bajo tierra con su padre, o prefiere el pub de John Kavanagh?

»Es hora de que esta pobre alma vaya al cielo —vuelve el gran Joyce, más papista que el papa, con más y más preguntas y pronósticos.

Los cuatro hombres que hacen un escudo y me socorren percuten sus armas de gran lujo. Se mueven a toda prisa, con su respiración muy pesada, anunciando la continuidad de la guerra.

Siento que el señor Cody no logra ponerse de pie. También lo han herido entre la confusión de las voces, y otra, y otra vez, mientras algunos milicianos buscan hacerle un torniquete, pero él desliza una mano en el bolsillo y toca la piedra de los Sioux que le obsequió Tatanka Iyotanka en medio de una función del Wild West Show. Piensa que lo puede dibujar

con su traje de cuero de bisonte. Estoy seguro que imagina su corona de plumas, y sus collares de semillas, y la embocadura del fusil que sostiene al lado de Buffalo Bill, después de fumar ambos la pipa de la paz. Lo adivino en su mirada que se esfuma.

¿Tan negro es el destino?

Mi cuerpo apagado cuelga de ocho brazos.

Los combatientes que traen las noticias de muertes visten igual con sus pantalones bombachos. Cruzan en su marcha hacia el lado izquierdo de una calle solitaria. Toman impulso y me colocan sobre los tablones de una carreta de ruedas altas, muy altas. Yo siento su crujido y espero, y aguzo las orejas, y me atrevo a sentir que me he ido de este mundo, y parezco impalpable, pero no moriré como todos los demás. Me niego a entrar a la Casa de Dios. Imagino la Sagrada Biblia en las lenguas de la antigüedad. Nombro el Corán y el *Libro de Kells*, y el Torah, y el Talmud, y los veinticuatro libros canónicos del judaísmo. La muerte no es más que un sueño.

No sé cuán largo tiempo habré pasado aquí, invocando al señor Cody. Le pido marcharnos antes de ponerse el sol. La lluvia es un embrujo. Percibo que el agua de las nubes se ha vuelto salada. Trae sabor a mejillones. Abro los ojos y miro a la mujer mágica que siempre adoré. Es mucho más grande de lo que imaginaba. Luce una saya que llega al suelo, y un corsé muy ceñido, y un blusón con escote, y una corona de hojas de laurel atada a su pelo encantador. Me ofrece una sonrisa, y me mira con dulzura.

Ella empuja suavemente la carreta donde estoy y empieza a cantar sus hermosos pregones. Es Molly Malone de nuevo. El señor Cody ya se encuentra a nuestro lado y James Joyce también, con su sombrero de fieltro, su fino bigote, y su parche en el ojo. Nos elevamos juntos, muy juntos los cuatro, pasando por encima de los árboles, y proseguimos el viaje

hacia la Torre Martello de Dublín, donde saldrá a recibirnos Stephen Dedalus, con su bastón de fresno y su ropa de lana antes del nuevo día. James Joyce ha dado ya esa orden. Él tiene la llave de la pesada puerta. En el aire, arriba, ha dejado de llover. En el llano, abajo, en el país del petróleo, se agita furiosamente la guerra de West River. Al principio fue el verbo, al final el mundo sin fin.

Óscar Lynch

Índice

Lejos de Dublín	7
West River Map	45
Wild West Show	75
Una larga conversación en la goleta <i>Yankee</i>	95
La isla de Jebu en la ruta del mar Dulce	121
Estación alemana	147
Las horas de la ira	175

Historia del señor Cody
se imprimió en el mes de julio de 2024
en los talleres de la Editorial Arte
estado Miranda, Venezuela
Son 1.000 ejemplares

• Colección CONTINENTES •

La guerra del petróleo ha sido tema recurrente en las narraciones de Benito Yrady. La presencia del capital extranjero en el llamado país del petróleo. Transculturación contra aculturación. Personajes de distintas culturas y paisajes que también cambian. El petróleo, siempre el petróleo desde las profundidades de las rocas madres. El país de las riquezas y de las miserias en total desequilibrio. América y Europa están aquí viajando de un siglo a otro. Un breve recorrido desde el mar Caribe al río Orinoco, que plasma en esta forma de escribir comparaciones extracontinentales guiadas en la voz de Oscar Lynch, y en infinitas voces de la historia.

BENITO YRADY (El Tigre, estado Anzoátegui, 1951). Benito Yrady (El Tigre, estado Anzoátegui, 1951). Narrador, periodista, investigador, documentalista. Los libros *Zona de tolerancia* (Talleres gráficos de la Universidad de Los Andes, 1978. Monte Ávila Ediciones Latinoamericana, 2019), *Fabulaciones* (Imprenta de la Universidad Central de Venezuela, 1990), *Jóvenes Narradores Anzoátegui, Sucre, Nueva Esparta* (Fundarte, 1979) y *La Dama de Bellalasonce* (Dirección General de Artesanía, Conac, 1997) dan a conocer parte su obra narrativa, difundida en numerosas antologías. Escritor homenajeado en la Filven 2024, nuestra casa editora publica, además de esta obra, *La caja de los truenos, Un siglo con María Magdalena Rodríguez* y *El libro de Cruz Quinal* (Fundarte, 2021). Ha obtenido catorce premios literarios, incluido el Premio Nacional de Cuento Breve (1987) y el Premio Nacional Stefania Mosca (2021). Desde 1969 ha ejercido la gerencia cultural en diversos lugares del país, destacando en el estudio de las tradiciones populares. Actualmente preside la Fundación Centro de la Diversidad Cultural y representa al Estado venezolano ante la Unesco.



IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA


MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

 Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura


[2022 - 2030]